
3 1761 09373016 6







HUYENDO DE UNA MUJER

GALERÍA LITERARIA.—MURCIA Y MARTÍ, EDITORES.

HUYENDO DE UNA MUJER

NOVELA DE COSTUMBRES ANDALUZAS

ORIGINAL DE

DON ANTONIO DE SAN MARTIN

MADRID
ADMINISTRACION DE LA GALERÍA LITERARIA
Tabernillas, 2, principal.
1879

Imp. de Montegrifo y Comp.ª, Humilladero, 20 y 24.

Á MI QUERIDO AMIGO Y PAISANO,

ÉL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO SANZ Y RIOBÓ

A. DE SAN MARTIN.

CAPITULO PRIMERO

El terror de Andalucía.

Hace algunos años, siete solamente, Andalucía estaba aterrada.

Los *secuestradores*, envalentonados con la impunidad de sus crímenes, eran audaces hasta el punto de cometer estos dentro de las poblaciones más importantes y populosas.

Una sombra de desconfianza, de disgusto, se echaba de ver en todos los semblantes.

Las gentes honradas, los ricos, especialmente, temian ser secuestrados, y solo con grandes precauciones se atrevian á alejarse algunos pasos de sus casas.

Por aquel tiempo se afirmó, no sabemos con qué fundamento, que los secuestradores contaban con protectores poderosos, que entorpecian la accion de la justicia.

Contaban además, y en esto sí que no cabe la

menor duda, con guaridas misteriosas para ocultar á sus víctimas.

Los capitalistas, los propietarios, estaban aterrados.

Sobre la fértil y risueña Andalucía, se extendia un velo de tristeza.

Hízose la consternacion general, y los secuestros, los robos, y los incendios de cortijos, se sucedieron con espantosa rapidez.

De dia en dia, creció la desconfianza.

El amante, desconfiaba de su amada; el amigo, de su amigo.

La terrible fama de los secuestradores andaluces, traspasó nuestras fronteras, y se extendió por el extranjero.

Por aquel tiempo se nos tenia por caribes, ó poco ménos, en Francia é Inglaterra.

Pensó el gobierno que ya era tiempo de tomar medidas enérgicas, y envió á Andalucía autoridades celosas, cuya voluntad de hierro no podian vencer el temor ni las seducciones de ningun género.

Entonces tuvieron lugar numerosas prisiones, y tremendos castigos, y muchos de los principales culpables purgaron sus delitos.

Al fin los secuestros fueron haciéndose cada vez más raros, y la gente honrada y de dinero, respiró.

Creemos escusado decir que la nunca bien ponderada Guardia civil; esa apreciable institucion, terror de asesinos y ladrones, contribuyó á estirpar el mal funesto que amenazaba convertir á Andalucía en un desierto páramo.

Durante la época en que más aterrada estaba la florida tierra de María Santísima, tuvieron lugar los sucesos que vamos á referir, y los cuales aun recuerdan infinidad de personas.

Casi pudiéramos llamar *historia* y no *novela*, al presente libro.

Los acontecimientos políticos que en la época de que vamos á hablar, tenian inquieta á España, contribuian poderosamente á aumentar el número de los *secuestradores*, y por consiguiente tambien el de los *secuestrados*.

¡Desdichada época fué aquella para Andalucía, ó más bien para nuestra amada patria!...

Pudiéramos llamar á la tal época *el reinado de la locura* pues si bien se considera, España era entonces una inmensa jaula de locos, que con sus gritos tenia inquieto y asombrado al mundo.

Se habló mucho entonces, y lo recordarán probablemente nuestros lectores, de una intervencion extranjera, que iba á venir á ponernos en paz, apoyada en la fuerza bruta de las bayonetas.

Por fortuna de los extranjeros, y decimos esto por que hubieran sufrido un rudo desengaño, *la intervencion* no tuvo lugar.

Pero concretándonos á los secuestradores, diremos que aquellos malvados se habian enseñoreado de Andalucía, y que sus inicuos planes eran llevados á cabo con la más asombrosa audacia; con una sangre fria extraordinaria.

Los hombres más acaudalados, desaparecian, é inmediatamente sus familias recibian una carta en demanda de su rescate, con la amenaza de que si este no tenia lugar en el término marcado, los secuestrados sufririan la muerte.

¡Tal amenaza, no era una amenaza vana!

Si el rescate no llegaba á poder de los bandidos en el término prefijado, veinticuatro horas despues el prisionero era cadáver.

Tanta atrocidad, tanta barbárie, digna de crueles salvajes y no de hombres civilizados, era llevada á cabo con horrible crueldad. Despues la cabeza ó el cadáver del infeliz prisionero, era conducido audazmente por los secuestradores, á las puertas mismas de su casa, y un nuevo secuestro, ó una nueva barbárie, hacia olvidar al público los detalles de la anterior tragedia.

¡Jamás bandidos en lucha terrible con la sociedad, han inspirado tanto terror, como los secuestradores de Andalucía!

¡Aquello era espantoso!

¡No podia conjurarse el mal, porque el mayor misterio protegia á los malhechores!

Se presentia á estos, se sabia positivamente que existian, pero no podia designarse á determinadas personas para que la justicia humana hiciese con ellas un ejemplar y provechoso castigo.

¡Ay! ¡los disturbios políticos, la tremenda y sanguinaria guerra civil, eran una especie de escudo, trás el cual se conceptuaban seguros los malvados!...

CAPITULO II

En la casa del Mengue.

Era una noche hermosa y templada del mes de Setiembre, y la blanda brisa rizaba apenas las aguas del Guadalquivir.

Las doce habian sonado ya, y de Sevilla apenas se elevaban algunos rumores, prueba evidente de que los sevillanos se entregaban al descanso.

Sin embargo, no todos dormian, ni todo era silencio en la hermosa ciudad del rey Santo.

En el barrio de Triana, y en un antiguo caseron conocido con el nombre de la casa del *Mengue*, sonaban alegres cantos y alegres carcajadas.

Celebrábase en aquella casa la boda de Curro Rendones, con Paca Melindres.

Curro Rendones era *peluquero de perros*,

como él decia, ó llámese *esquilador*: Paca Melindres, hermosa muchacha de poco más de veinte años de edad, tenia el oficio de cigarrera. Ambos formaban una linda pareja, porque Curro era tambien un arrogante mozo.

Asistian á la boda muchas personas del barrio de Triana, entre ellas el viejo tio Trifulcas, contrabandista desde su más tierna edad y hombre de alegre carácter y valeroso hasta el punto de ser capaz de hacer él solo frente á todos los carabineros del reino.

No crean nuestros lectores, que en la *Casa del Mengue*, se reunian aquella noche gentes malvadas, pues el mismo tio Trifulcas á pesar de su aficion á burlar al resguardo, era un hombre incapaz de cometer un crímen.

No conceptuaba como tal el contrabando, y siempre que se le presentaba ocasion para ello, solia decir:

—No hay un solo español, que no haya burlado más ó ménos á los carabineros. ¿Quién no *ha pasado* sin pagar derechos, una *bota de vino* ó una pieza de tela?...

*
* *

El tio Trifulcas tenia una hija, hermosa como

una rosa de Mayo: tambien se llamaba Rosa, y por el delicado color de su rostro habian dado en llamarla *Rosa la Pálida.*

La hija del tio Trifulcas, tenia el rostro más lindo que puede imaginarse, y un gracejo en el decir, y una mirada tan irresistible, que más de un opulento cortijero, y tambien más de un opulento negociante de *manzanilla* y de aceite, habian pretendido apoderarse del corazon de la jóven.

Pero ésta todavía no habia sentido el aguijon del amor, y se burlaba de sus apasionados pretendientes, con esa gracia inimitable que es peculiar de las mujeres andaluzas.

Rosa era la alegría de su padre, viudo hacia muchos años. Por Rosa, el tio Trifulcas, era ambicioso. ¿Qué padre no lo es?...

Cuando el buen viejo hablaba de su hija, y solia hablar de ella con mucha frecuencia, exclamaba alborozado:

—¡Parece la emperatriz de *Transilvánia*!...

Nosotros no llamaremos *emperatriz* á Rosa, pero sí *La perla de Sevilla*, ciudad en donde abundan las muchachas bonitas; las mujeres capaces de enloquecer al filósofo *más filósofo* del mundo.

Primero faltaria el sol; primero se olvidaria el tio Trifulcas del modo de andar, antes que ol-

vidase dos cosas, despues de haber hecho *un alijo.*

La primera era mandar encender un par de *candelas* á Nuestra Señora de las Angustias, y la segunda comprar alguna alhaja de valor á su Rosa, que siempre iba lujosamente vestida, gastando más ella sola que todas las muchachas del barrio de Triana.

Completaremos el imperfecto retrato del tio Trifulcas y de su hija, diciendo que los dos eran caritativos, *limosneros*, é incapaces de dejar de socorrer al necesitado que imploraba su caridad.

Público y notorio era, al ménos así lo creian todos, que si el tio Trifulcas hubiese querido armar un motin, todo el barrio de Triana se hubiera alzado en armas, al escuchar su voz.

Más el *Tio* era hombre pacífico, y sin *su profesion*, que justamente castigan las leyes, casi, casi pudiera decirse de él que no tenia un solo defecto.

Decimos esto porque jamás *tiraba de la navaja*, ni promovia riñas, aun cuando como buen andaluz era muy aficionado á las *cañitas* de manzanilla.

*
* *

Conforme hemos dicho ya, la boda de Paca

Melindres y de Curro Rendones, iba á celebrarse dignamente en *la casa del Mengue*, que pertenecia á un honrado industrial. Este alquilaba su casa, ó mejor dicho el jardin de su casa, que era espacioso y muy á propósito para una *juelga*. Explicaremos esta palabra, antes de pasar adelante.

Llámase *juelga* entre los andaluces, á una broma, á una diversion, en la cual el baile, el canto, y la manzanilla, desempeñan los primeros papeles.

El padrino de la boda, hombre rico y rumboso, queria que no escasease el *néctar andaluz*, y la diversion debia durar hasta el amanecer, quizá con grande y mal disimulado enojo de los novios.

No sabemos si estos estaban sinceramente conformes con el programa de la fiesta.

Empezó esta con *una ronda de cañas*. El jardin estaba profusamente alumbrado por farolillos de colores.

Iba á empezar el baile

*
* *

—Un momento, caballeros,—dijo el tio Trifulcas, reclamando el silencio.

Este se restableció en parte.

—Ruego á ustedes,—prosiguió el padre de Rosa,—que moderen *sus ímpetus danzaores*, hasta que vengan dos amigos que he convidado á la boda.

—¿Dos amigos?—preguntó un curioso.—¿Quienes son?

—Sí,—añadió el viejo contrabandista.—El uno es *andaluz del poniente*, quiero decir, gallego, y el otro es *un inguilis manguilis*. Ya vereis.

—¿Un inglés?—preguntó otro curioso.

—Cabales: un inglés que tiene más oro que el que puede mover un terremoto, y que se llama sir *Jamas* ó sir James. El inglés es el amo, y el gallego una especie de camarero suyo y persona de toda su confianza. Ya no deben tardar porque los ingleses son exactos como un *calderómetro.*

El tio Trifulcas, sin duda queria decir como un *cronómetro.*

En efecto, pocos momentos despues, llegaron las dos personas anunciadas.

El inglés era un caballero jóven, de grave, pero de agradable aspecto; uno de esos hombres en los cuales una sonrisa equivale á una carcajada.

Nadie hubiera creido que sir James Brigton, que así se llamaba el caballero británico, fuese

tan rico como habia ponderado el tio Trifulcas. Llevaba puesto un traje sencillo, que no por eso dejaba de sentarle á las mil maravillas. Sin embargo, un grueso *solitario* que brillaba en uno de sus dedos, anunciaba al hombre *adinerado.*

Luego diremos cómo el tio Trifulcas habia hecho conocimiento con el inglés y su ayuda de cámara, *el andaluz del poniente.*

Este era un hombre de mediana edad, robusto al parecer, y cuyas facciones respiraban bondad y alegría.

Llamábase Timoteo Robles, y era natural de Verin, villa que baña el rio Támega, y en la cual, por más señas, existieron ricas minas de estaño.

*
* *

Tan luego como el tio Trifulcas, hombre muy entendido en política, hizo las necesarias, las imprescindibles presentaciones, empezó la fiesta con todo su *esplendor*; con el ruido consiguiente del *guitarreo*, baile, canto, y acompañamiento indispensable de carcajadas y dichos picantes.

En el capítulo siguiente, describiremos aquella fiesta, célebre entre todas las que tuvieron lugar en *la casa del Mengue*, por una circunstancia imprevista que *aguó* la diversion.

CAPÍTULO III

Un tiro, que interrumpe la fiesta de la boda.

El ingles, á fuer de hombre de buen gusto, tomó asiento al lado de Rosa *la Pálida*. Esta, habia cojido ya la guitarra, y se disponia á cantar.

Tambien estaba dispuesto para el baile, el tio Trifulcas, á pesar de sus años. Paca Melindres la recien casada, era su pareja.

Despues de algunos momentos de espera, Rosa cantó en voz dulcísima, la siguiente seguidilla:

«Al mejor de los hombres,
tentó el demonio;
ojo á las tentaciones
de San Antonio,
que es la más fuerte
ver sobre medias blancas
dos ligas verdes.»

—¡Ole!

—¡Venga de ahi!

—¡Bien por la *cantaora*!

Gritaron infinidad de voces.

Sir James, á espaldas del cual se habia colocado Timoteo Robles, se volvió hácia éste y le dijo.

—*¡Brava hembra!*

Timoteo comprendió que hablaba de Rosa, y exclamó tan gravemente como pudiera haberlo hecho su amo:

—¡Yés!

Prosiguió el baile, y Rosa volvió á cantar.

Perdónennos nuestros amables lectores, que no resistamos á la fuerte tentacion de darle á conocer la segunda seguidilla.

Decia de este modo:

«La mujer cuando es niña
le hace arrumacos,
á todos los muñecos
de palo y trapo;
pero al ser grande,
más le gustan *los nénes*
de hueso y carne.»

Nuevas y entusiastas aclamaciones estallaron.

Canciones tan picarescas, cantadas por una

muchacha tan linda como Rosa *la Pálida*, precisamente habian de producir entusiasmo.

No es nuestro ánimo, ni podríamos, aunque cuando quisiéramos, repetir los dichos agudos; las palabras de doble sentido; los chistes que *estallaban* aquí y allá en el jardin de la casa del Mengue. La manzanilla, que circulaba en gran abundancia, aumentaba la natural alegría de los concurrentes á la fiesta.

Los novios se lanzaban con mucha frecuencia miradas rápidas, *asesinas*, y cuentan que Paco Rendones, se acercó al oido de su mujer, y le dijo en voz baja:

—Todo esto es muy bueno, pero mucho mejor seria que pudiéramos escurrir el bulto. ¿No te parece?

Cuentan tambien que Rosa no contestó, pero que de sus rojos labios se escapó un débil suspiro.

*
* *

De nuevo sir James, le dirigió á su criado la palabra en estos términos:

—¡Oh! ¡qué brava hembra!... ¡Yo quisiera saber bailar el fandango!

Al decir esto, miraba tímidamente á Rosa.

que le sonreia con disimulo, y con no poca complacencia.

—Lo que bailan, señor,—replicó Timoteo,—no es fandango; es otra cosa.

—Bien, lo que sea;—añadió sir James.

*
* *

—¿Se habrá enamorado mi amo?... pensó el ayuda de cámara. Nada tendria de estraño, por que la hija del tio Trifulcas es la muchacha más linda que he visto.

Pero ella es honrada, y como mi amo no camine por buen sendero, me parece que va á quedarse en ayunas.

¡Tendria que ver que este buen señor se enamorase al cabo.

Casi, casi, me alegraria de ello.

Hemos recorrido la mitad del mundo, y parte tambien de la otra mitad, y en todos lados le he oido decir que las mujeres con quienes tropezábamos eran feas.

¡Feas! ¡Válgame Dios! ¡Mujeres hemos visto por esos mundos, capaces de armar un motin!

Muy descontentadizo fué mi amo hasta ahora.

No le impresionaron las francesas, ni las italianas, ni las rusas.

¡Es frio como el mármol!

En Turquía quiso ver mujeres de aquel país, y lo consiguió, á pesar de lo difícil que es hacerles enseñar el rostro á las turcas.

Tampoco le gustaron las turcas.

De Turqía partimos para América, y las americanas... ¡Dios nos asista!... Las americanas, ó más bien, á una americana, se le metió en la cabeza que habia de casarse con mi señor.

¡Qué antojadizas son las mujeres!...

Cuanto más queria la americana á mi amo, más se hacia éste de rogar; más torcia el gesto.

Salimos de América, y desde entonces, esa mujer, que es más terca que un aragonés, nos sigue á todas partes.

¡Quiera el cielo que haya perdido nuestra pista, pues á decir verdad, la tengo más miedo que á una partida de bandidos!

Es hermosa, y, sin embargo, tiene en su mirada algo que me aterra; algo de las serpientes de su país.

Aquí llegaba el buen *andaluz del poniente* en sus reflexiones, cuando vió que sir James abandonaba su asiento, y que empezaba á pasear por el jardin.

Siguió al inglés á cierta distancia, y vió tambien que un muchacho le entregaba á sir James un billete, alejándose despues con paso rápido.

¿Quién podia escribirle?...

Timoteo Robles no era curioso, pero sin embargo, reflexionó de nuevo, no pudiendo adivinar quien le dirigia aquella misiva á su señor: hacia muy pocos dias que habian llegado á Sevilla, y sir James Brigton á nadie habia visitado, más que á don Cándido Orduña y Loja, banquero de la ciudad, contra el cual traia una letra por valor de veinticinco mil libras esterlinas.

*
* *

Púsose sir James á leer la carta, á la luz de uno de los faroles que alumbraban el jardin, y Timoteo se detuvo á corta distancia de su señor.

No estará demás el decir que éste entendia perfectamente nuestro idioma, y que sabia leer, aun cuando fuese letra de pluma, el castellano.

Como para nuestros lectores no debe haber secreto alguno, respecto á todo lo que haga referencia á la obra que vamos escribiendo, les daremos á conocer la carta, que era sumamente lacónica.

Decia así:

«Al caballero sir James Brigton.

»Si es usted valiente, si en su pecho late un

»corazon, esforzado, salga usted al punto, pero,
»solo, absolutamente solo.

»De lo contrario, no sabrá usted jamás quien
»le ha escrito esta carta.»

*
* *

Dejó de leer sir James, luego que se hubo enterado del contenido del papel que acababa de recibir, y despues de haberlo roto en menudos pedazos, dió un paso hácia la puerta del jardin.

Observando que Timoteo Robles le seguia, se volvió hácia él y le dijo con gravedad inglesa, é imperativo acento:

—Espárame aquí.

Y salió.

En aquel momento la fiesta habia llegado á su mayor grado de bullicio, y nadie se habia apercibido de la salida del inglés.

El tio Trifulcas, que á cada momento remojaba con manzanilla la garganta, decia á grito pelado que ya que no habia podido ser el padrino de la boda, tendria en la pila bautismal *al primer fruto* del amor de Paca Melindres, y de Curro Rendones.

La primera continuaba mirando á su esposo y se ruborizaba.

Curro refunfuñaba en voz baja, pronunciando no sabemos qué palabras.

Probablemente maldecia la prolongacion de la fiesta.

*
* *

Pensativo se habia quedado Timoteo.

No se determinaba á desobedecer á su amo, siguiendo sus pasos, y por otra parte esperimentaba una vaga inquietud.

De qué procedia esta, ni él mismo hubiera podido explicárselo.

Hay presentimientos, esto no admite duda alguna, y mediante ellos, casi se puede adivinar cuando vá á acontecer un suceso próspero ó adverso.

De este último género era el acontecimiento que iba á tener lugar.

Por eso quizá, por sus presentimientos, el corazon de Timoteo Robles, que era un corazon agradecido y amante de su señor, latia con estremada violencia.

*
* *

Sonó el estampido de un arma de fuego.

Timoteo Robles lanzó un grito terrible, y se

lanzó hácia la calle, que era el lugar en donde acababa de sonar el tiro.

El baile, las alegres carcajadas, las canciones cesaron casi instantáneamente, reemplazando al bullicio un gran silencio.

Turbó éste la voz del tio Trifulcas, que estaba un si es no es *calamocano*, diciendo:

—¡Ahí están!... ¡A ellos, muchachos!...

—¿Quiénes están, ahí, padre?—preguntó Rosa *la Pálida* con más curiosidad que temor.

—¡Los del resguardo!—respondió sin vacilar el viejo contrabandista, para quien no habia más enemigos que los carabineros, ni más peligros que los que emanaban de las persecuciones de los guardianes de puertas.

En aquel momento se oyó á Timoteo, que desde la calle gritaba desesperadamente:

—¡A mí!... ¡Socorro, que roban á mi amo!...

. . . .

CAPÍTULO IV

Consejo de guerra.

Muchos de los concurrentes á la fiesta, entre ellos el tio Trifulcas, salieron á la calle.

Aquí y allá, los vecinos habian abierto algunas ventanas.

Se cruzaban las preguntas.

Excepto los sordos, todos los vecinos de la calle en donde estaba situada la casa del Mengue, habian oido la detonacion.

Pero todos, incluso el mismo Timoteo Robles, ignoraban lo que acababa de suceder.

El honrado ayuda de cámara continuaba desesperado, pronunciando palabras incoherentes, mesándose los cabellos.

Tranquilizóse algun tanto merced á las reflexiones que se le hicieron, y despues de haber exhalado un profundísimo gemido, que proba-

ba su pesar, respondió á las multiplicadas preguntas que le dirigian:

—¡Han robado á mi amo!—dijo.—¡Acababa de recibir una carta cuyo contenido ignoro; una carta que tampoco sé por quién ha sido escrita.

¡Lo que no ignoro, porque el corazon me lo anuncia, es que han secuestrado á mi amo!

¡Mi amo es muy rico, y en mal hora hemos asistido á esta boda!

En el momento de salir á la calle, despues de haber oido el tiro, oí asimismo sordo rumor de pasos que se alejaban con precipitacion.

¡Más nos hubiera valido no haber venido á Sevilla, ó no haber salido esta noche del gran Hotel de Inglaterra, en donde se hospeda mi amo!

¡Pobre de mí!

¿Qué habrá sido de mi amo?...

¡Andalucía es un país de bandoleros!...

—¡Poquito á poco, señor *andaluz del poniente!*—replicó el tio Trifulcas, el cual tenia en aquel momento toda la gravedad que exigian las circunstancias. — No niego que en esta tierra de bendicion y de hermosura hay mucho solemne pillo, muchos bribones dignos de la horca, pero tambien es necesario confesar que aquí se cuentan á millares los hombres de bien: yo soy uno de ellos.

Entremos en el jardin, remojemos la palabra, y tomaremos un buen acuerdo.

Entraron de nuevo en el jardin de la casa del Mengue, y empezó una especie de consejo de guerra, como le llamaba el tio Trifulcas.

*
* *

Despues de *remojar la palabra*, el padre de Rosa, creciendo en gravedad, dijo:

—El asunto es sério.

Todo el barrio de Triana está interesado en salvar á ese inglés.

Y lo salvaremos, ¡voto á un millon de carabineros, sin soltar los ochavos!

Antes de una hora sabré á dónde lo han llevado, como asimismo sabré tambien quiénes han sido los que acaban de echarle el guante.

¡Animo, muchachos!

Vamos á entrar en campaña.

Por de pronto, arrincónense las guitarras, arrincónense las botellas de lo bueno, apáguense las luces y suspéndanse todos los demás festejos de la boda.

Paca Melindres lanzó un suspiro que parecia un gemido, y el pela-perros, el peluquero de los *canes* sevillanos, clavó en el cielo una mirada de cómica desesperacion.

Aquellos de nuestros lectores que se hayan visto en caso igual ó parecido al de nuestros recien casados, comprenderán perfectamente la gran contrariedad que éstos experimentaban en aquel momento.

—Yo,—prosiguió el tio Trifulcas,—me nombro, porque puedo y porque quiero, general en jefe de la expedicion.

No me asustan las balas, y más de una vez me han hecho aire, lo mismo que si fueran abanicos de damas.

Todos los hombres que me escuchan, en campaña, para...

—¡Y las mujeres tambien!—exclamó resueltamente Rosa *la Pálida*, interrumpiendo á su padre.—¡Pues no faltaba más!—añadió la hermosa.—Las mujeres tomaremos tambien parte en la jarana, porque las hembras de este barrio, lo mismo valen para figurar en un baile que para andar á tiros!

—¡Me la comeria!—gritó el tio Trifulcas con indisculpable entusiasmo paternal.

Rosa prosiguió:

—Yo siempre me habia figurado que todos los ingleses eran rubios como los *salmonetes*, y si he de decir lo que siento, me ha sido simpático ese señor inglés, que aun cuando rubio, *es rubio oscuro* como Dios manda.

Haré cuanto esté de mi parte para salvarle, y sin perjuicio de mandar encender un par de velas rizadas á Nuestra Señora de los Dolores, tomaré un fusil como cada quisque, y cada *quisca*: Creo que me explico claramente.

—Todo cuanto dinero sea necesario,—se apresuró á añadir Timoteo,—yo lo facilitaré.

Tengo á mi disposicion una infinidad de talegas que mi pobre amo cobró ayer mismo en casa de su banquero.

Por dinero que no quede. Ya lo saben ustedes.

—Para este negocio,—replicó el tio Trifulcas,—no es menester dinero, al ménos por ahora.

—Si fuese necesario, ya acudiremos á la bolsa del inglés, puesto que en beneficio suyo se harán los gastos.

Lo que conviene, lo más oportuno, es emplear la astucia y el valor: la astucia para saber en donde se encuentra el secuestrado, y el valor para arrancarlo de manos de esos pillos que le han echado la zarpa casi delante de nuestras mismas barbas.

Vuelvo á decir que antes de una hora, hemos de saber en donde se encuentra...

—Ahora mismo,—afirmó un hombre que habia entrado pocos momentos antes en el jardin. —puede usted saberlo, señor Trifulcas.

—¡Habla! ¡dí!—gritó el tio Trifulcas.—¿En poder de quién se encuentra el inglés?

—¡En poder de Mala-sangre!—respondió el interpelado.

—¡Ah!

—Caminito va, en compañía de los que le han robado, del pueblo de Santi-Ponce.

Yo lo sé, porque lo sé, y no me será difícil saber tambien en qué gazapera van á encerrar á ese hombre.

—Prometo á usted,—afirmó Timoteo,—dos mil duros si nos pone al corriente de lo que deseamos saber.

—En habiendo *Juan Platero*,—dijo sentenciosamente el recien llegado,—todos los caminos, aun los más ásperos, se allanan con facilidad. Haré, hasta imposibles, por ganar con honradez esos *ochavos*.

—Abrevia, Roque Terrones;—dijo frunciendo el entrecejo el tió Trifulcas,—ó en vez de dinero prometo *santiguarte*.

Sonrióse benévolamente aquel á quien acababa de llamar Roque Terrones el viejo contrabandista, y con flemática calma añadió:

—Puede usted, tio Trifulcas, decirme todo cuanto quiera. Si otro que no fuera usted me hubiera dicho que iba á *santiguarme*, en este momento ya estaría en el otro barrio. Pero us-

ted, repito, puede injuriarme, decirme todas cuantas perrerías, se le ocurran. Por la edad, puede usted ser mi padre, y además no he olvidado aun que cuando estuve tan gravemente enfermo, socorrió usted generoramente á la que me habia parido, y en santa gloria esté.

—Bien, hombre, bien. No se trata ahora de eso.

—Es que yo, soy así: agradecido como el perro, pues como dijo el otro *el que no es agradecido no es bien nacido.*

Creo que usted no se opondrá á que me embolse esos *moscos* que acaban de ofrecerme.

—No me opongo.

—El dinero hace falta para vivir, y uno tiene sus necesidades; pero si usted se opone, no hay nada de lo dicho.

—No seas pesado, Roque: repito que no me opongo. Eres un buen muchacho, y me alegraré en el alma verte forrado en cobre.

Mas por el Santo Cristo de las Carmelitas te ruego, que prescindas de reflexiones. (Al grano, y deja la paja para las bestias.)

—Pues bien: *al grano voy*, y en este mismo momento parto en pos de Mala-sangre.

Ya sabe usted, tio Trifulcas, que para la caza no necesito perro, y más de una liebre he levantado por esos montes.

—Lo que tú levantas, son fardos de contrabando.

—Lo mismo dá... Antes de que luzca el sol, sabrán ustedes en donde se halla el inglés, y mañana podrán continuar las fiestas de la boda.

—¡Dios lo quiera!—exclamó Timoteo.

—¡Dios lo quiera!—repitió Curro Rendones que se hallaba aburrido, y se le importaba muy poco que sir James continuase ó no en poder de los secuestradores.

*
* *

Partió Roque Terrones, y el barrio de Triana quedó sílencioso como una tumba.

Los faroles que alumbraban el jardin de la casa del Mengue, se apagaron instantáneamente, y pocos momentos despues supo con asombro Sevilla, que habian secuestrado á un inglés riquísimo dentro de la misma ciudad.

Encerráronse los medrosos en sus casas, no creyéndose aun en ellas enteramente seguros, y la poblacion entera puso el grito en el cielo, pidiendo justicia.

No podia ser mayor la audacia de los secuestradores. Ya no se contentaban con ejercer su

criminal y espantosa industria en las cercanías de las ciudades, sino que tambien estas eran el teatro de sus hazañas bandálicas.

Tanta audacia, era motivo suficiente para desesperarse y temblar al mismo tiempo.

CAPITULO V

La triste suerte de Itálica.—Un almuerzo campestre, y una comida de fonda.

Antes de referir las verídicas escenas de la obra que vamos relatando; las escenas que siguieron al secuestro de sir James Brigton, nos parece conveniente decir cómo éste y su ayuda de cámara habian hecho conocimiento con el tio Trifulcas.

*
* *

Una mañana, dos dias despues de su llegada á Sevilla, el caballero inglés, que era un hombre curioso é instruido, se hallaba en compañía de Timoteo Robles, en las ruinas de Itálica.

Estas ruinas, como no ignoran nuestros que-

ridos lectores, se hallan situadas á una legua de Sevilla. Patria de Trajano, Adriano y Teodorico, Itálica es una ciudad bética que debe su fundacion á Escipion el grande.

Se ignora el motivo, el cataclismo que soterró á Itálica, de la cual no hay desenterradas más que algunas ruinas, la principal de las cuales es un anfiteatro destruido más bien por la mano del hombre que por el tiempo.

En un olivar cercano al anfiteatro se encuentran á cada instante mosáicos, restos de columnas colosales, y trozos de estatuas.

El dueño del olivar, temiendo, y con razon, que le destruyan su plantacion para desenterrar objetos curiosos, y que despues no le indemnicen por los desperfectos ocasionados, siempre que se descubre algun resto de edificio, algun trozo de estatua, algun precioso mosáico, etc., etc., se guarda muy bien de dar parte del descubrimiento.

Esto, y la natural indiferencia con que la mayor parte de los españoles miran los grandiosos recuerdos que la madre patria conserva de otros pueblos, de otras edades, son causa de que Itálica no haya sido desenterrada, como lo fueron Pompeya y Herculano.

Sábese que Itálica era una ciudad importante, en tiempo de los emperadores romanos que he-

mos citado, pero no se conocen sus restos mutilados Dios sabe por qué horrible desgracia.

Si Itálica estuviera en tierra de Francia, ó si perteneciera á los ingleses, que son los hombres más artísticos del mundo, entonces Itálica hace ya mucho tiempo que hubiera sido descubierta.

Pero Itálica pertenece á España y por lo tanto está condenada á permanecer constantemente en su tumba.

¡Triste cosa es tener que decir esto, pero la verdad debe confesarse siempre!

*
* *

Sir James y Timoteo Robles, se hallaban en el anfiteatro de Itálica.

El primero, á fuer de hombre más instruido, explicaba al segundo el objeto para que habia sido construido el anfiteatro.

Horrorizábase Timoteo al saber que allí, en los tiempos semi-bárbaros en que no imperaba el cristianismo, habian combatido hombres y fieras, para recrear á un pueblo cruel y sanguinario.

—¡Vámonos de aquí, señor!—exclamaba Timoteo Robles. ¡Me parece que escucho los rugidos de los leones y las panteras, y á cada momento

creo que esos animales feroces van á presentarse en la arena para despedazarnos!

¡Qué horror!...

Sonreíase sir James y continuaba sus instructivas esplicaciones.

De pronto, fué interrumpido por unas alegres carcajadas, que sonaban no lejos de allí.

Timoteo, mucho más curioso que su señor, salió del anfiteatro para ver quiénes eran los que turbaban con su estrepitosa alegria la triste soledad de las ruinas.

No tuvo que andar mucho.

A muy corta distancia del anfiteatro, y bajo unos árboles, ó mejor dicho á la sombra de unos árboles, que el otoño empezaba á despojar de su verde follaje, vió á algunos hombres que almorzaban opíparamente: uno de aquellos hombres era el tio Trifulcas.

El aire fresco de la mañana, los manjares, excitaron de un modo extrardinario el apetito de Timoteo.

En la rápida mirada que el *andaluz del poniento*, dirigió á los platos, que exhalaban para él un aroma mucho más delicioso que el de las más preciadas flores, el tio Trifulcas debió conocer que de muy buena gana tomaría parte Timoteo en el almuerzo.

Los andaluces, son por lo general los hom-

bres más francos, más expansivos, y más hospitalarios del mundo.

Reunia el tio Trifulcas estas buenas cualidades, y despues de haber saludado con mucha política á Timoteo Robles, le invitó á que tomase parte en el festin.

No aceptó Timoteo, y entonces el tio Trifulcas, quieras que no quieras, agarró al ayuda de cámara por un brazo, y le obligó á sentarse frente á la improvisada mesa.

En aquel momento compareció sir James, y lo mismo que su servidor fué invitado cortesmente á participar del almuerzo.

El inglés no se hizo de rogar, y se sentó al lado del tio Trifulcas, que empezó á servirle de los mejores platos que habia en aquel festin matinal y campestre.

Daba el festin un compadre del tio Trifulcas, para celebrar dignamente los dias de su santo: el compadre, se llamaba Nicolás, y por sobrenombre *Campanillas*.

Era ya viejo, y debia el apodo con que lo habian bautizado, á haber sido en sus mocedades sacristan de un convento de monjas. *Campanillas*, pertenecia entonces al *gremio* de contrabandistas, y no sabemos si en el almuerzo se celebraban únicamente los dias de su santo, ó algun *alijo* importante.

Despues de invitados sir Jámes y su ayuda de cámara, el padre de Rosa le dijo á *Campanillas*:

—Compadre, ha de perdonarme usted, si me he tomado la libertad de convidar á estos caballeros.

—Pues no faltaba más;—se apresuró á decir *Campanillas*.—Ya sabe usted, compadre, que todo lo mio es de usted. Por consiguiente, muy bien venidos sean estos señores, y buen provecho les haga el almuerzo. *Echemos una ronda* á su salud.

Llenáronse las *cañas* de olorosa *manzanilla* y todos brindaron por sir James y por Timoteo Robles.

El almuerzo fué alegre, sumamente alegre, y hasta el mismo inglés olvidó en parte su gravedad británica.

Muy tarde ya, el caballero se despidió del tio Trifulcas y de los que acompañaban á éste, y al despedirse invitó á todos para que al siguiente dia le acompañasen á comer, en el gran Hotel de Inglaterra en donde se hospedaba.

Creemos escusado decir que ninguno despreció la invitacion.

La comida fué magnífica, espléndida: una verdadera comida de Lúculo.

Los más sabrosos manjares, los vinos más esquisitos figuraban en ella.

El tio Trifulcas se hizo durante el festin gran amigo de sir James, y Campanillas, que habia bebido con esceso, recordando sus buenos tiempos se empeñó en cantar en alta voz la Letanía.

Necesario fué permitirle que cantase.



Sir James era un caballero, en toda la acepcion de la palabra, y caballero generoso. Como tal se portó, regalando al tio Trifulcas una soberbia escopeta de dos cañones, con incrustaciones de oro y plata; un bolsillo bien repleto de brillantes libras esterlinas á *Campanillas*; bolsillo que éste no queria aceptar, pero que al cabo aceptó, y á las demás personas á quienes habia invitado á comer, hizo tambien otros regalos importantes.

Desde aquel dia, sir James Brigton podia contar en Sevilla con amigos decididos y entusiastas, que por él hubieran emprendido cualquier aventura peligrosa.

Por eso no estrañarán nuestros lectores que el tio Trifulcas tuviese tanto empeño en arrancar al inglés de las manos de los que le habian secuestrado.

Queria demostrarle su gratitud, queria darle

una prueba de que sus amistosos ofrecimientos no eran una oferta vana.

Necesario es decir tambien, en honor de la verdad, que al viejo contrabandista no le impulsaba ningun móvil poco digno. Queria salvar á sir James y en este deseo no entraba para nada la esperanza de una buena recompensa.

CAPITULO VI

Los secuestradores y el secuestrado.

Así que sir James hubo salido del jardin de la casa del Mengue, despues de haber leido la carta que hemos copiado, un hombre se acercó á él, y con marcado acento andaluz, le preguntó:

—¿Es su merced, sir James Brigton?

—¿Y usted,—preguntó á su vez el caballero,—es la persona que acaba de dirigirme una carta?

—Esa persona,—respondió el interpelado,—aguarda cerca de aquí. Tenga su merced la bondad de seguirme.

Hechó á andar, dicho esto, y sir James le siguió sin haber concebido la menor sospecha.

El desconocido revolvió una esquina, y al-

gunos hombres que allí habia apostados, se lanzaron bruscamente sobre sir James.

Defendióse éste con valor, á puñetazos, y durante algunos momentos, logró tener á raya á sus acometedores. Era *boxeador*, como buen inglés, y lo probó en aquella ocasion, derribando á dos de sus contrarios.

Pero tuvo que ceder al número, no sin haber disparado antes su rewolver.

El disparo, era como si dijéramos la voz de alarma.

Los acometedores, sin perder un solo instante, envolvieron la cabeza del inglés en una manta que sin duda llevaban prevenida para aquel objeto, y cargando con él desaparecieron en el intrincado laberinto de las calles del barrio de Triana.

Aquellas calles, estaban solitarias en aquel momento.

Marchando con veloz paso, antes de un cuarto de hora estuvieron en el campo, en el cual, aquí y allá se veian algunas casas diseminadas.

Detuviéronse entonces.

El que parecia mandar á aquellos hombres, dijo cortesmente á sir James.

—Señor inglés: si dá usted su palabra de caballero, de no intentar la resistencia (que seria inútil;) de no gritar; de no disparar de nuevo

contra nosotros; de no fugarse, entonces le libraremos de esa manta que debe sofocarle. ¿Acepta usted?

—Sí,—respondió sir James con voz ahogada.

Inmediatamente le quitaron la manta, y el inglés respiró con fuerza.

El número de sus raptores, se habia aumentado.

Cuatro hombres más, que tenian de las riendas nada ménos que ocho caballos, se hallaban cerca de él.

El que ya le habia dirigido la palabra, le habló de nuevo en estos términos:

—Ya es usted libre, caballero; libre de poder respirar con entera libertad, y de hablar... en voz baja.

Primeramente, es necesario que me dé usted su rewolver.

Sir James le entregó el arma, sin pronunciar palabra..

El desconocido prosiguió:

—Ahora, tenga usted la bondad de montar á caballo.

Uno de los cuatro hombres le presentó un caballo enjaezado á la andaluza.

Puso Sir James un pié en el estribo, y antes de montar, preguntó:

—¿Estoy entre los secuestradores andaluces,

de quienes tanto he oido hablar?... Si es así, si ustedes son secuestradores, evítenme la molestia de tener que hacer un viaje, y aquí mismo firmaré en una hoja de mi cartera, un recibo por el valor que ustedes mismos designen.

No sean ustedes parcos en marcar cantidad. Tengo doscientos mil *dollars* (1) de renta, y hago poco aprecio del dinero.

Despues de una corta pausa, durante la cual los secuestradores de sir James se miraron unos á otros, el hombre que ya dos veces le habia dirigido la palabra, le dijo de nuevo:

—Tanta fé tenemos en la palabra de usted, que si en nosotros solos consistiera, nos contentaríamos con la garantía que nos ofrece; pero otra persona, y no nosotros, es la que ha de señalar su rescate, y por lo tanto ruego á usted que monte á caballo en seguida.

Encogióse de hombros sir James y montó.

Siete hombres más hicieron la mismo, y rodeando al inglés, partieron á escape.

No volvió á desplegar los lábios sir James, durante el camino, que duró una hora escasa.

Iba reflexionando en la aventura que acababa de sucederle, y la encontraba bastante estraña.

---

(1) Duros.

Conforme habia dicho, habia oido hablar largamente de los secuestradores de Andalucía.

No le extrañaba que se hubiesen apoderado de su persona. Lo que le extrañaba era que no hubiesen tomado con él las medidas de costumbre. No le habian vendado los ojos para que no viese los lugares por donde caminaba; ni le habian amordazado para que no gritase. Su palabra de honor, debia tener mucho valimiento para con aquellos hombres. Esto no dejaba de halagar su amor propio, y se proponia satisfacer el rescate que le exigiesen, y no dar parte á la justicia del secuestro de que acababa de ser víctima.

Observó que caminaban á traves de campos bien cultivados, y de raquíticos olivares, que estendian sus ramas á corta distancia del suelo.

Pudo observar tambien que á su derecha, se estendia, cual anchurosa cinta de plata, el camino real.

Una luz que brillaba á lo lejos, le distrajo de sus pensamientos.

Caminaban hácia aquella luz, que debia ser el faro que guiaba á los secuestradores.

Al ménos, él lo pensó así, y no se equivocó.

La luz brillaba en la ventana de una casa de campo, y frente á la casa se detuvieron.

Un hombre les salió al encuentro.

Hecharon pié á tierra, y sir James fué invitado á entrar en la casa.

Condujéronlo á un aposento confortablemente amueblado, y le preguntaron si gustaba cenar.

Sir James contestó negativamente, y entonces lo dejaron solo, cerrando la puerta de su estancia.

Alumbrada ésta por una lámpara moderna de bronce, el secuestrado pudo ver que su prision tenia un lecho magnífico; butacas; una pequeña mesa de escritorio, con libros y recado de escribir; alfombra de brillantes colores, y una rica bata y pantuflas; la primera colocada sobre el respaldo de una silla, y las segundas delante de la cama.

Nada al parecer se habia olvidado para hacerle más llevadera su prision.

Vió igualmente que la estancia tenia una ventana, estrecha, y como de media vara en cuadro, la cual daba al campo.

Despues de ver todo esto, empezó á desnudarse tranquilamente, y echando mano á un libro, colocó la lámpara sobre la mesilla de noche, y se metió en el lecho.

El libro, cuyo título ignoramos, estaba escri-

to en castellano, pero ya hemos dicho que sir James leia perfectamente el español.

Leyendo estaba, cuando una voz varonil, acompañándose con una guitarra, llegó hasta él.

Entonaba la voz una cancion andaluza, y aun cuando era un tanto bronca, no por eso dejaba de tener una gran dulzura; un encanto inesplicable.

Las canciones andaluzas, resto á no dudarlo de la dominacion árabe en aquel país, tienen una poesía una sombra melancólica, digámoslo así, que difícilmente pueden escucharse, sin que el que la escucha deje de sentirse más ó ménos conmovido.

No era sir James hombre que se conmoviese fácilmente, y sin embargo esperimentó una dulce melancolía.

Acordóse entonces de su patria, y se acordó tambien de Timoteo Robles, que tantas pruebas le habia dado de fidelidad y de cariño.

Si hubiera tenido costumbre de llorar, ó mejor dicho, si su sensibilidad fuese muy esquisita, hubiera llorado en aquel momento.

Pero no lloró; lo que hizo fué cerrar el libro, apagar la luz, y quedarse profundamente dormido, al arrullo de aquella cancion.

Era lo mejor que podia hacer.

Las lágrimas escaldan las mejillas y enturbian la vista, y no hubieran mejorado ni mucho ni poco, la situacion en que la suerte habia colocado á sir James.

CAPÍTULO VII

Un pájaro que no quiere salir de su jaula.

Vino el dia, y sir James despertó.

Un tibio rayo de sol, de ese sol hermoso de Andalucía, penetraba en su habitacion, llegando hasta los piés de su cama.

Sobre la mesilla de noche habia un timbre, y sir James lo hizo sonar.

Una llave giró inmediatamente en la cerradura, y la puerta del aposento se abrió, dando paso á un hombre que llevaba puesta una venda negra sobre el ojo izquierdo.

—A la órden de su merced,—dijo aquel hombre.

—Tengo la costumbre,—afirmó sir James,—de desayunarme con té.

¿Puede usted hacer que me sirvan una taza de té?

—Sí puedo, señor, —respondió el hombre de la venda. — Ya sabíamos que su merced tenia esa costumbre, y la *tisana* está preparada. Cuando usted guste...

—¿La tisana?

—El té he querido decir: yo le llamo tisana al té... Va su merced á ser servido en seguida.

En efecto, sir James no tardó en saborear un aromático té de la China, servido en una tacilla de porcelana.

—Son unos bandidos muy galantes y muy bien educados, — pensaba sir James, en tanto que saboreaba el té.

El hombre de la venda negra permanecia respetuosamente á los piés de la cama esperando á que terminase el desayuno.

Sir James le dirigia de cuando en cuando una mirada, y pudo observar que hacia gestos y que llevaba con frecuencia una mano al ojo que tenia vendado.

—¿Padece usted de la vista?—le preguntó.

—¡Ah! ¡señor! — respondió el hombre de la venda suspirando dolorosamente.

¡Padezco desde ayer noche! ¡Antes no padecia!

¡De ello, y ha hecho su merced muy bien,

porque la defensa es permitida, su merced tiene la culpa!

—¡Yo!...

—¡Sí, señor! ¡Cuando le acometimos para apoderarnos de su persona, su merced me arrimó en este ojo un tremendo puñetazo, que me hizo ver todas las estrellas del firmamento!

Parecióme entonces que la bóveda celeste se desplomaba sobre mi cabeza, y en toda mi vida experimenté un dolor más agudo.

¡Creí que habia quedado tuerto!...

—¡Pobre hombre!—exclamó sir James, compadecido sinceramente.

—¡Oh!—añadió el de la venda.—¡Repito que ha hecho muy bien su merced!

¿Quién me manda meterme en aventuras peligrosas!

¡Bien empleado me está!

¿Para qué soy ambicioso?

¡Si me hubiera contentado con lo que legítimamente poseo, no me sucederian ahora esta y otras malas aventuras! Además, que el dia de mañana, el dia ménos pensado, puedo caer en manos de algun *venga-delitos*, y entonces...

—¡Vaya! ¡consuélese usted, hombre!

—Consolado estoy... Pero, ¿no me guarda su merced rencor?... ¡Parece mentira!

—No tal,—afirmó sir James, acabando de to-

mar el té. Prueba de ello es que voy á darle á usted un objeto de valor, para que se acuerde del inglés á quien ha servido una taza de té.

Esto diciendo cogió su chaleco, que estaba al alcance de su mano, sobre una silla, y desenganchando del ojal la cadena del reloj, entregó reloj y cadena al hombre de la venda negra.

Ambos objetos eran magníficos.

—¡Dios se lo premie á su merced!—exclamó el hombre agarrando afanosamente el reloj, en tanto que el ojo único que tenia descubierto brillaba cual si fuese un carbon encendido.

Sir James se sonrió con disimulo, adivinando que tenia delante de sí á un hombre ambicioso, *interesado*, como decirse suele comunmente.

*
* *

El de la venda fué hácia la puerta, miró hácia fuera, y despues, con gran misterio, se acercó de nuevo al lecho de sir James, y le dijo á éste en voz baja:

—Señor caballero: ha de saber su merced, que soy hombre agradecido al bien que me hacen. El regalo de su merced, me ha comprado la voluntad, y deseo... Vamos, deseo que su merced me ocupe en su servicio.

—Gracias.

—No hay gracias que valgan.

Yo soy aquí el amo.

Esta casa me pertenece, y como es mia, todo cuanto hay en ella está á mi disposicion y á la de mis amigos.

Yo quiero que su merced me considere como amigo suyo, pues aun cuando soy un pobre, no por eso dejo de tener como cada cual, mi alma en mi armario.

La gente, como dijo el otro, hablando se entiende...

Quiero que sepa su merced, que yo me llamo Andrés, y que soy dueño de un pobre cortijo; de la casa en que estamos. Me conocen con el nombre de Andrés *el Cortijero*, y si tomo parte en *ciertos negocios*, es porque la pobreza me obliga á ello.

Bien á mi pesar lo hago, porque soy tan hombre de bien, como el que más.

No dejó de conocer Sir James, que Andrés *el Cortijero* (y le llamaremos así, puesto que sabemos ya que este era el nombre del de la venda,) era un solemne bribon; pero disimuló la repugnancia que le costaba tener que soportar la presencia de aquel pillo, y aguardó tranquilamente á que éste concluyese de manifestar su pensamiento.

—Mis deseos,—continuó Andrés,—bien sabe Dios cuales son.

¡Deseos de hombre honrado!

El cortijo me produce tan poco, casi nada, y no me importará un comino que me lo quemen, si por servir á su merced hago traicion á los que me han encomendado la custodia de su merced. Quiere decir, que su merced me protejerá despues.

Por consiguiente, y hablando en plata, tan pronto como cierre la noche nos fugaremos. Tendré preparados dos caballos...

—¡Gracias!—dijo Sir James con acento glacial.—He dado mi palabra de honor, de no fugarme, y un caballero jamás falta á su palabra.

—¡ Demonio! . . . —exclamó Andrés asombrado.

—Lo que deseo—prosiguió Sir James,—es que ustedes determinen pronto la cantidad que he de dar por mi rescate.

Pronto, ¿lo entiende usted?...

Con una carta mia, mi ayuda de cámara dará á ustedes la suma que se me exija. Esta es mi determinacion, y es inútil que hablemos más acerca del particular.

—¡Su merced, perdone! ¡Yo creí!...

—No hay de qué.

—A la órden de su merced. ¡Cuanto siento haberme equivocado!...

—Vaya usted con Dios.

*
* *

Andrés *el Cortijero* hizo una profunda reverencia, y salió del aposento de sir James cerrando la puerta con llave.

El inglés, que estaba incorporado en la cama, se acostó de nuevo, y volvió á quedar sosegadamente dormido.

*
* *

—¡Jamás he visto cosa igual!—iba pensando Andrés.

¡Bien dicen que los ingleses, son los hombres más estravagantes del mundo!

Solo á un inglés se le puede ocurrir, lo que acaba de ocurrirsele á ese buen señor.

¡Lléveme el diablo si se encuentra otro *pájaro*, al cual le abran la puerta de la jaula, y que no quiera volar!...

En fin, allá se las componga como pueda y quiera, y que gaste su dinero ya que tanto empeño tiene en tirarle por la ventana.

¡Lo que siento, es haber perdido la ocasion de haber hecho un bonito negocio!

¡Que lástima!...

Pero, ¡como ha de ser! Por de pronto he *pescado* un reloj y una cadena, objetos que bien valdrán cuatrocientos ó quinientos duros.

....

—

CAPITULO VIII

Historia de un amor no correspondido. Una cacería de tigres.

La una de la tarde seria cuando sir James, despues de haberse levantado y almorzado con excelente apetito, se arrellenó en una butaca y se puso á leer: en algo habia de pasar el tiempo.

Toda su atencion estaba fija en la lectura, cuando Andres *el Cortijero* entró para anunciarle una visita.

Creyó sir James que se trataba de un jefe de los secuestradores, y continuó leyendo sin dar importancia alguna al anuncio.

Pero alzó con vivacidad la cabeza, al sentir el crujido de una falda de seda: una mujer acababa de entrar en su habitacion.

Al verla, se puso en pié y una exclamacion partió de sus labios.

La recien venida hizo una seña imperiosa á Andres *el Cortijero*, para que la dejase sola con sir James, y Andres se retiró.

El inglés, con los ojos extremadamente abiertos, el rostro un tanto pálido, y apretados los dientes, tenia clavados los ojos en la recien llegada.

El observador ménos profundo hubiera adivinado en seguida, que entre él y aquella mujer mediaba un conocimiento antiguo, como así mismo que por parte de sir James, habia hácia ella algo parecido al odio.

Sentóse la desconocida en una butaca, que estaba frente á la que habia ocupado el inglés, y á su vez se puso á mirar de hito en hito á sir James.

Este apartó de ella los ojos, y en su semblante apareció una sombra de mal estar y de disgusto.

Ambos guardaban un completo silencio.

Aprovechemos este para hacer brevemente el retrato de la desconocida.

Era alta, jóven, esbelta, y vestia con esquisita elegancia.

Sus ojos, de un negro brillante, eran negros y rasgados.

Sombreábanlos además dos arqueadas pestañas negras tambien y sedosas.

La expresion de sus ojos era más bien dura que dulce. Grandes pasiones se adivinaban en ellos, y se comprendia que, cuando la cólera brotase en el pecho de la desconocida, debian brotar igualmente en aquellos hermosos ojos chispas semi-fosforescentes.

El rostro de la desconocida era pálido, oval y sus labios de un corte purísimo, encantador. Sin ser precisamente lo que se llama una perfecta hermosura, aquella mujer reunia suficientes encantos para hacerse amar del hombre más descontentadizo y apático.

Seno turgente, garganta torneada, piés y manos de formas irreprochables, anchas caderas, y una cintura de abispa (permítasenos esta comparacion tan usada), completaban las gracias de la mujer que tenia delante de sí sir James.

Rompió el inglés al cabo el silencio, diciendo:

Era una mujer admirable.

—¿Qué viene usted á hacer aquí, mis Elena Baltimore?...

Movió de alto abajo la cabeza la jóven, y una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

Como no contestase á la pregunta de sir James, éste prosiguió:

—Cansado estoy ya, señora, de la persecucion de que usted me hace víctima.

Por huir de usted, he salido de *Colombia* (1), punto ménos que huyendo, sin visitar el *Chimborazo* (2), conforme tenia pensado.

¡La presencia de usted me horroriza, me es repulsiva!

¿Qué se promete usted de mí, señora?...

—¡Tiene usted mal corazon, sir James!—exclamó la jóven, ó llamémosla mis Elena Baltimore, ahogando un suspiro.

—¿Mal corazon?

—¡Sí, lo repito!

—Ni mal corazon,—replicó el inglés,—ni mala memoria.

Oiga usted...

Pronto se cumplirán dos años, época fatal para mí, en que tuve la desgracia de conocer á sir Arturo Harrison, rico banquero del departamento de Cundinamarca.

Sir Arturo Harrison, hombre confiado, anciano respetabilísimo, era esposo de usted.

¿Qué ha hecho usted de sir Arturo, mis Elena?...

No contestó la jóven á esta interrogacion,

---

(1) Estados Unidos de Colombia.

(2) Monte que se eleva 23.500 píes sobre el nivel del mar.

pero la natural palidez de su rostro aumentó de un modo notable.

—Voy á continuar probando á usted,—prosiguió sir James,—que tengo una excelente memoria:

Sir Arturo Harrison me franqueó su casa, me brindó con su amistad, amistad sincera, que yo acepté con profundo reconocimiento.

Lejos de mí (primero me hubiera carbonizado un rayo), el pensamiento de haber hecho traicion á la franca hospitalidad que sir Arturo me concedió en su morada.

Aquella morada era un verdadero paraíso, en el cual no faltaba una serpiente: ¡la serpiente era usted, señora!...

Instalado en casa de sir Arturo, tuve la desgracia, la espantosa desgracia, de agradar á usted. ¡Mal haya el dia en que usted puso en mí los ojos!...

Un dia prescindió usted del pudor tan natural en la mujer, y sin inmutarse, como si se tratase del asunto más sencillo é inocente del mundo, me reveló usted que su corazon latia por mí.

—¡Ah! ¿por qué este corazon maldito no se ha petrificado?...—dijo mis Elena llevando ambas manos al pecho, y elevando al cielo una mirada de reto, de sorda amenaza.

—Prosigo,—añadió sir James.—Al oir la revelacion de usted, me extremecí. Presentí algo horrible, algo espantoso; presentia parte de la tragedia espeluznante que habia de tener lugar *en el paraiso.*

¡Bien sabe Dios que millares de veces me arrepentí de haber ido á Cundinamarca.

*
* *

—Pintóme usted su pasion con caractéres de fuego, y bajo la aparente tranquilidad de usted, presentó un fuego más devorador que el de los volcanes de Colombia.

—¡Oh! ¡sí!—exclamó mis Elena.—¡Es verdad!

—Al presentirlo, la sangre se heló en mis venas. Era usted hermosa, mucho más hermosa que ahora, y á pesar de su hermosura habia algo que me alejaba de usted, que me era repulsivo.

Además, aun cuando mi corazon se hubiera inclinado á corresponder al criminal amor que usted me ofrecia, la nobleza de mi alma jamás me hubiera permitido pagar con negra ingratitud la inapreciable amistad de sir Arturo Harrison.

Hice á usted cien reflexiones, procuré despertar en su pecho nobles y levantados sentimientos,

y por último declaré terminantemente que jamás cometeria la infamia de deshonrar las venerables canas de sir Arturo.

Cuatro dias despues de haber tenido lugar la declaracion de usted, y mi repulsa, asistimos ambos á una cacería de tigres.

—¡Me debe usted la vida, sir James!

—A eso voy, señora...

Como iba diciendo, asistíamos ambos á una cacería de tigres.

Macho y hembra eran los tigres que queriamos matar, y las fieras tenian su guarida en lo más espeso de un bosque casi vírgen.

Yo montaba un caballo de magnífica estampa, pero espantadizo, y no muy á propósito para aquella cacería.

Nos acompañaban seis indios *maipures, domesticados*, digámoslo así, por el buen trato que recibian en casa de sir Arturo, y nos acompañaba tambien el cajero de éste, hombre valeroso como tuve ocasion de ver entonces.

Imprudentemente, y sin hacer caso de las prudentes advertencias del cajero, me aventuré en el bosque.

Usted me seguia sin que yo me hubiese apercibido de ello.

De repente, el caballo que montaba se extremeció, y encabritándose faltó muy poco para

que me lanzase á tierra, tan grande fué el bote que su espanto le obligó á dar.

Me afirmé en los estribos, y en vano procuré obligar al caballo á que abanzase.

Añosos árboles me rodeaban y sus frondosas ramas producian una semi-oscuridad, muy parecida á la que precede al crepúsculo vespertino.

Creí que entre las altas yerbas se escondia alguna de esas monstruosas serpientes de América, pero me sacó de mi error un rugido cavernoso que sonó á corta distancia mia: habia dado con la madriguera de los tigres.

Una de las dos fieras, la hembra, dió un salto enorme y con garras y dientes se agarró al cuello de mi caballo.

Pero no era el caballo, síno yo, quien habia excitado el furor y los carnívoros instintos de la fiera.

Una rápida ojeada me hizo conocer el peligro que corria mi vida.

Mi carabina de dos cañones era inútil en aquella ocasion y arrojé el arma, desnudando en cambio el cuchillo de monte que llevaba al cinto.

Tampoco me hubiera servido el cuchillo; la tigre rugía cada vez más enfürecida y sus ojos chispeaban.

Sentia en el rostro su abrasador aliento, y

una de sus barras desgarró mi pantalon de ante.

Entonces, ¡oh! entonces...

—Entonces,—dijo mis Elena,—mandé á mi corazon, que latia atropelladamente, que dejase de latir. Necesitaba de la mayor sangre fria, para salvarle á usted la vida.

El corazon obedeció y quedé tranquila, indiferente, lo mismo que si la existencia de usted no fuese mi existencia; del mismo modo que si usted no fuese amado por mí, como no lo ha sido jamás hombre alguno...

Apunté con mi carabina á la cabeza de la fiera é hice fuego.

—Justamente, señora, hizo usted fuego.

—Y la fiera rodó por el suelo agonizante, próxima á espirar.

Volvió usted la cabeza, y en aquel momento ví brillar en sus ojos un relámpago de amor.

—De amor, no; de reconocimiento;—replicó sir James.—Del hombre agradecido al hombre enamorado, hay una distancia inmensa.

—No discutiré—continuó mis Elena.—He dicho una mirada de amor, porque de amor la creí. Conozco que hice mal, que he padecido una equivocacion lamentable, pues hay hombres que no tienen alma: ¡usted es uno de ellos, sir James!

CAPÍTULO IX

Continuacion del anterior capítulo.

Mis Elena habia inclinado la cabeza sobre el pecho.

En aquellos momentos, la dureza de su mirada; la casi fiera espresion de su rostro, habian desaparecido.

La jóven, entonces, era la mujer, tal cual suele ser esa bella mitad del género humano; la mujer, con su ternura, con sus delicados sentimientos, con su esquisita sensibilidad.

Pero semejante estado, no era el estado normal de mis Elena.

Aquella jóven no habia nacido para suplicar, para gemir, para doblegarse á la voluntad del

hombre. Habia nacido para imponerse para avasallar, para no verse jamás contrariada.

Las contrariedades la irritaban.

Ponia tenaz empeño en vencerlas.

Para vencer una contrariedad, un obstáculo, no reparaba en el crímen, como veremos muy pronto.

*
* *

Alzó la hermosa cabeza, y una respiracion fuerte, no un suspiro amargo, elevó su turgente seno.

Luego, con una voz perfectamente tranquila en la apariencia, dijo:

—Prosiga usted, sir James Brigton.

—Proseguiré,—añadió el inglés,—y quiera Dios que este sea el último diálogo que medie entre nosotros...

Muerta la tigue, se nos reunieron el cajero de sir Arturo, y los seis indios *maipúres*.

Nos amenazaba un nuevo peligro.

El tigre, que habia oido los rugidos de su compañera, abrió violentamente con su abultada cabeza la cortina de verdura que le separaba de nosotros, y feroz, amenazador, terrible, se preparó para lanzarse sobre el cajero de sir Arturo.

No tembló aquel hombre, no se acobardó, y lo mismo que usted tuvo la fortuna de hacer rodar por el suelo á la fiera, herida de muerte.

*
* *

Regresamos á casa de sir Arturo que aplaudió nuestro triunfo, ó mejor dicho el triunfo de usted y del cajero.

Recuerdo, y no olvidaré jamás, que el noble anciano, despues de celebrar tanto valor, reprendió á usted con la dulce ternura de un padre.

—No quiero, amada Elena, dijo; que vuelvas á esponerte á una de esas terribles y peligrosas cacerías.

¡Considera cuan grande sería mi dolor, si hubiese sucedido una desgracia!

¡Ni aún pensarlo quiero!

Eres valiente Elena mia, eres valiente, pero es necesario que no vuelvas á esponer tu existencia, para mí tan preciosa, esterminando alimañas feroces.

Si mis achaques no me lo hubieran impedido, hubiera ido tambien al bosque, porque la inquietud, el temor de perderte, me causaban un mal estar indescriptible. ¡Oh! ¡Qué momentos tan horibles!

—No se conmovió usted—prosiguió sir James,—y ví asomar á sus labios una sonrisa desdeñosa.

Trascurrió algun tiempo, y creí que usted habia olvidado ya sus culpables pretensiones; que me despreciaba.

¡Cuanto me hubiera alegrado de ello!

Pero no era así: usted continuaba...

—¡Amando á usted con delirio!—exclamó brusca é impetuosamente mis Elena, interrumpiendo á sir James, y clavando en éste una mirada fulminante.

—¡Fatal amor!—dijo el inglés con acento apesarado.—¡Amor fatal que debia abrir la tumba á un ser digno de mejor suerte!...

Tiempo hacia que usted no me dirigia la palabra más que lo estrictamente necesario.

Creí, repito, que me despreciaba usted.

Evitaba mi presencia, al ménos tal me parecia, y...

—No se engañaba usted;—afirmó mis Elena. —Luchaba con mi pasion, queria dominarla, y cuanto humanamente es posible hacer para arrancar del alma un recuerdo, eso hacia yo entonces.

Mi orgullo me decia: «¡Ese hombre te ha despreciado, rechazó un amor que hubiera sido la felicidad de cualquier otro hombre, porque tú

eres hermosa, y á su vez debes tambien despreciarle, vengarte, si te es posible!...» En vano, ¡ay! ¡de mí! ¡mi orgullo de mujer me repetia á cada instante estas palabras!

Cuando el amor se apodera de un corazon como el mio, ya no suelta su presa.

¡Luché, pero luché inútilmente!

Convencíme pronto de que amaba á usted cada vez más, y al saber que iba á partir usted en breve, para visitar las principales montañas de los Andes, sentí que mi alma se cubria de amargura; que mi corazon se hacia pedazos, próximo á salir por los ojos, deshecho en llanto!

¡Cuando usted hubiese partido, cuando triste y solitaria recordase su estancia en la casa de mi esposo, entonces debia ser muy infeliz!

¡No me engañaban mis presentimientos!

¡He sufrido despues lo que es indecible!

—¡Lo comprendo! ¡El remordimiento!...—exclamó sir James con sarcástica amargura.

*
* *

Lanzóle mis Elena una mirada fulminante, mirada emenazadora, terrible, ante la cual otro hombre ménos valeroso que sir James, hubiera temblado.

Pero sir James despues de haberse encogido de hombros, prosiguió en estos términos:

—Una mañana, sir Arturo Harrison, no pudo abandonar el lecho.

Se lo impedia una enfermedad extraña, una de esas enfermedades capaces de desesperar al hombre de ciencia más cachazudo.

Se creyó que la enfermedad desapareceria, pero no fué así: la enfermedad se agrabó de un modo notable, alarmante.

Le llamé *extraña*, porque los facultativos no sabian darle nombre, ni encontraban remedios para ella. Una languidez extremada se habia apoderado del anciano, y semejante languidez precipitaba el fin de sus dias.

En vano la ciencia empleó con él todos sus recursos para combatir enfermedad tan rara.

Esta avanzaba, avanzaba siempre, y al cabo, desesperando los médicos de salvar al enfermo, declararon que solo le restaban algunos dias de vida.

Usted, mis Elena, aparentaba á la perfeccion el dolor más vivo. ¡Es usted una gran actriz de la comedia humana, mis Elena!

No se apartaba usted del lecho de sir Arturo, y las lágrimas asomaban á cada instante á sus ojos.

¡Pobre anciano!

¡Sir Arturo creyendo sincero aquel dolor, rogaba á usted á cada instante que moderase su afliccion!

Espiró al cabo, habiéndola nombrado á usted antes universal heredera de su inmensa fortuna.

Calientes aún sus cenizas, antes de ser sepultado, vino usted á mi encuentro. ¡Aún me horrorizo al recordarlo! — «Mi esposo, me dijo usted, era un obstáculo para mi felicidad, porque motivaba sus escrúpulos! Ahora mi esposo ya no existe; ¿quiere usted reemplazarle, sir James?»...

El espanto me dejó mudo.

Habia concebido no sé qué vagas sospechas, y éstas crecieron en mi imaginacion.

Ya no era usted únicamente á mis ojos la mujer torpe y viciosa, sino tambien la mujer criminal; la mujer merecedora de un ejemplar castigo. Si hubiera sido juez, no hubiera vacilado en condenar á usted á muerte.

Encomendé el castigo á la Providencia, que jamás deja impune el delito, y huí de usted horrorizado, no concibiendo cómo podia haber en el mundo semejantes mónstruos de maldad; no concibiendo, en fin, cómo las seductoras apariencias de usted podian ocultar un alma tan criminal, tan negra, tan perversa.

Desde entonces, siempre que veo á usted, su vista me causa el mismo efecto que pudiera causarme un reptil. No le he ocultado á usted nunca la aversion, el horror que me inspira.

¡Oh! ¡no!...

Hubiera podido compadecerla, me hubiera apresurado á ofrecer á usted mi amistad, si no viera como veo la sombra del delito retratada en su frente. No me cansaré de repetir á usted, que solo me inspira un invencible horror, horror que me obliga á huir de los lugares en donde usted se presenta: si fuese libre no hubiera tenido lugar entre los dos una conversacion tan larga, pues ya me hubiera alejado de usted.

—¡Mucho siento,—exclamó sir Elena dominándose de un modo admirable,—verle á usted contrariado.

Una palabra todavía antes de terminar esta entrevista.

Dígame usted, sir James: ¿es irrevocable su determinacion? ¿No podrá usted amarme algun dia, venciendo el horror que le inspiro?

—¡Jamás!—gritó el inglés impetuosamente.—¡Por mi fé de caballero, por la memoria de mis padres, por Dios sacramentado y por todos los santos del cielo (ya sabe usted que soy católico), juro que siempre me inspirará usted el mismo horror, la misma profunda aversion.

A mi vez voy á hacer tambien una pregunta...

Responda usted, mis Elena: ¿de qué infernal brebaje, de qué veneno se ha servido usted para hacer desaparecer de la escena del mundo á sir Arturo Harrison?...

¿No responde usted?...

¡Ah! ¡ya lo adivino!

Los indios que usted tenia á su servicio poseerian, como todos los de su nacion, secretos infernales, contra los que es impotente la medicina! ¡Venenos de esos que causan la muerte y que no dejan huella del crímen!...

¿Me he equivocado, mis Elena?...

¡El silencio de usted, su invencible turbacion, me dicen que no me he equivocado!...

¡Infeliz! ¡infeliz sir Arturo!

¡Descendió al sepulcro sin saber que una víbora infernal causaba su muerte!

¡Y pretendia usted que yo la amase! ¿Queria usted que uniese mi destino al suyo?...

Si eso hiciera, el dia ménos pensado me administraria usted un veneno tan mortífero y activo como el que administró á sir Arturo.

¡Aparte usted de mí, señora! ¡Líbreme usted de su presencia! ¡No puedo dominar la aversion que siento!...

El rostro de mis Elena se descompuso; sus

regulares facciones se cubrieron de una lividez extremada: sus ojos parecia que querian saltarse de las órbitas.

Excitada de aquel modo por el furor que las palabras de sir James le habian producido, estaba espantosa, horrible.

Se comprendia que en aquel momento era capaz de cometer los crímenes más abominables.

CAPITULO X

Contra el ódio, el desprecio.

Sir James se paseaba á grandes pasos por la estancia.

Su natural indiferentismo, su intranquilidad natural, habian desaparecido.

Parecia otro hombre distinto.

Por su parte, mis Elena, en fuerza de una gran voluntad sobre sí misma, consiguió dominarse de nuevo: su rostro volvió á recobrar su aparente calma, y sus ojos brillaron como carbunclos.

Lo único que quedaba de su desmedido furor, era una palidez más grande que de costumbre, estendida por su mejillas.

*
* *

—Bien está, sir James,—dijo, con espresion un

tanto melancólica.—Acaba usted de manifestarme su modo de pensar, con una franqueza que alabo. A la vez voy á decir cual es mi determinacion: tambien yo soy tenaz en mis propósitos.

Hubiéramos podido ser felices ambos, porque lo repito, nunca, amor como el mio ha existido en el mundo. Pero usted lo rechaza, y prometo solemnemente que jamás saldrá de mis lábios una sola palabra que haga referencia á este amor desventurado, amor que maldigo!

Pero soy mujer, y mujer nacida bajo el ardiente sol de América, y como tal, es para mí una necesidad el vengar los agravios. Hé aquí á lo que se reducirá mi venganza.

Como usted sabe muy bien, no muy lejos de Sevilla está Córdoba. Cerca de Córdoba, se halla situada Sierra-Morena.

¡Mucho le he amado á usted, sir Jámes, pero el ódio va á reemplazar al amor!

—Prefiero eso,—afirmó el inglés.

—¡Lo odiaré á usted,—prosiguió mis Elena,—más aún de lo que le he querido!...

Decia, que cerca de Córdoba está Sierra-Morena.

En esta sierra inmensa, existen cavernas naturales, solo conocidas de los hombres á quienes mi oro ha comprado.

Pasará usted la vida en una de esas caver-

nas, y yo misma tendré el honor de ser su carcelera.

—Prefiero eso,—repitió sir James.

—Ni un rayo de sol,—añadió la jóven;—ni un ténue soplo de la brisa, visitarán el encierro de usted.

Previendo que usted habia de continuar despreciándome, he tomado perfectamente mis medidas.

La caverna está ya dispuesta para recibir á usted, y partiremos muy en breve.

Sus amigos, sus criados, buscarán á usted, y no le encontrarán: gota de agua que ha caido en el Occéano, arena perdida en medio de la inmensidad de arenas del desierto, usted tambien estará perdido para el mundo.

Como he dicho ya, yo seré su carcelera, y usted tendrá el disgusto de verme diariamente.

¿Qué le va pareciendo á usted mi venganza?...

¡A su realizacion voy á consagrar mi juventud, mi existencia, mi fortuna toda entera!

¡Lo juro!

¡Es el único consuelo que me resta, y disfrutaré de él ampliamente!

Cuando alguno de los dos haya dejado de existir, entonces el otro aparecerá de nuevo en el mundo. Hasta tanto, ódio por parte de usted,

ódio por parte mia: dos ódios que se estrellarán constantemente el uno contra el otro.

Será en vano, sir Jámes, que dé usted entrada en su pecho á la esperanza: para usted no la habrá, porque mi voluntad es de hierro. Creo haberlo probado ya.

Para que usted acabe de convencerse de ello, le diré lo que he hecho desde la muerte.... de mi marido.

Libre enteramente, y dueña de una fortuna inmensa, realicé esta y me dediqué á adquirir noticias de usted; de usted que habia partido creyéndome la mujer más abominable de la tierra; la más digna de desprecio.

Con oro se puede mucho; y además, una dichosa casualidad vino en mi auxilio.

Supe que usted se habia embarcado para la isla de Cuba.

Tambien abandoné á Cundinamarca y seguí las huellas de usted.

Una febril impaciencia me dominaba; pero yo conseguí dominar á mi impaciencia. Al recobrar la calma, al ser dueña de mí misma, la travesía se me hizo ménos corta.

Todavía no sabe usted bien, sir Jámes, de lo que soy capaz. Ahora que nada espero, ahora que la suerte me ha marcado el camino que debo seguir, desafío al más profundo observador

á que advierta en mí la menor señal de intranquilidad.... ¿Nada espero, he dicho?... ¡Oh! ¡sí tal! ¡Espero mi venganza!

Los ojos de mis Elena se cerraron, despues que la jóven hubo pronunciado estas palabras. Parecia que saboreaba ya aquella venganza, *placer de los dioses*, segun decian los antiguos, pero placer que produce amarguísimos frutos.

Algunos instantes duró su silencio.

Luego volvió á abrir los ojos, y con la más perfecta tranquilidad, prosiguió:

—Nos vimos en la Habana.

Usted, al verme, palideció.

Ví perfectamente retratados en su rostro, el espanto y el aborrecimiento. Ya vé usted, que no me hacia ilusiones: usted me aborrecia, por que me creia asesina; sentia hácia mí esa aversion que esperimenta toda persona honrada hácia el ser á quien cree criminal y perverso. No procuraré sincerarme, porque ya es inútil....

Pude convencerme de que usted huia de mí.

El esforzado, el imperturbable sir James Brigton, huia con espanto de una mujer.

—Como se huye de la víbora á la cual el asco no nos permite aplastar con el pié;—dijo el inglés:—como se huye de todo aquello que nos es fuertemente repulsivo.

—Si no es usted galante,—dijo mis Elena,—es

al menos franco: esa franqueza, un tanto brutal, me agrada.

—Jamás he dicho lo contrario de lo que sentia.

—Prosigo...

Huyó usted tambien de la Habana, y de nuevo le seguí...

Creo inútil nómbrar los paises que hemos recorrido ambos, yo siempre persiguiendo lo que creia mi felicidad; felicidad que no habia de alcanzar nunca, y usted espantándose de contínuo al verme.

Por fin, llegamos á Cádiz; usted, tres dias antes que yo, y desde Cádiz partimos para Sevilla.

Díjeme á mí misma que ya era tiempo de tomar una determinacion.

Habia oido hablar mucho de los secuestradores andaluces, y sin duda el diablo iluminó mi espíritu. Determiné valerme de los bandidos cuya fama habia salvado las fronteras de España. No diré á usted, porque eso á nada conduce, los medios de que me he valido para poner de mi parte á *Mala-sangre*, al más terrible de los secuestradores: el oro, no es el solo móvil que le convierte en esclavo mio. Sus rápidas miradas, sus palabras, me han demostrado que experimenta por mí el sentimiento, que un dia temí poder inspirar á usted, sir James.

Mala-sangre me sirve sin reflexion, sin discusion ejecuta mis mandatos.

—¡Bellísima pareja! ¡excelente pareja!—exclamó sir James.—¡Ese terrible secuestrador, ese bandido, es la media-naranja de usted, mis Elena! ¡Una envenenadora y un secuestrador!... Me ofrezco, por la singularidad del caso, á ser el padrino de una boda tan igual: cásese usted con *Mala-sangre*, mis Elena, porque repito; harán ustedes una bellísima, una excelente pareja!

De semejante union deben resultar, no *tigres humanos*, sinó tigres reales y verdaderos!

Estas palabras, estas frases de amarga ironía, se estrellaron en la glacial tranquilidad de que se habia revestido la jóven americana; parecía que no era á ella á quien iban dirigidas, ó que no les habia oido.

Disponiéndose para marcharse, dijo:

—Esta misma noche, patiremos para Sierra-Morena.

Entre tanto, puede usted despedirse del sol que penetra por esa ventana.

Despedirse, sí, porque ¡juro por el gran amor que usted me habia inspirado, que ese sol será el último que verán sus ojos!

Hasta muy pronto, sir James.

Más tarde, podré decir á usted:

Ya no nos separaremos, hasta tanto que la muerte ponga entre los dos una tumba.

Dicho esto, salió con tranquilo paso de la estancia, sin que sir James se dignase añadir una palabra más á las que habia pronunciado.

Nuestro inglés volvió á arrellanarse en su butaca.

De nuevo cogió el libro que leia, en el momento en que fué interrumpido por la llegada de mis Elena, y consagró toda su atencion á la lectura. Si mis Elena habia llegado á aborrecer á sir James Brigton, éste despreciaba á la jóven americana.

CAPITULO XI

Los amigos de sir James Brigton.

Llegó la noche.

Millares de estrellas centellearon en el cielo, y la dulce calma de la naturaleza convidaba al descanso y á la meditacion.

Sir James meditaba.

Una voz melosa que sonó á la puerta de su estancia, puerta que no habia oido abrir, le arrancó bruscamente de sus meditaciones.

La voz habia demandado licencia para entrar.

—Adelante,—dijo sir James.

Entró un hombre.

Aquel hombre era Andrés *el Cortijero.*

—Santas y buenas noches nos de Dios,—dijo Andrés con acento meloso.

— Muy buenas,—añadió lacónicamente sir James.

—Si su merced quiere,—prosiguió *el Cortijero,*—puede comer cuando guste en la estancia inmediata: la sopa, está ya servida.

—Vamos allá.

Salió sir James, siguióle Andrés, y el primero se sentó á una mesa espledídamente servida.

Empezó á comer el inglés con escelente apetito.

—Hay muy buen cocinero en este cortijo—afirmó despues de haber gustado un sabroso plato de calamares, que nadaban en apetitosa salsa blanca.

—Escelente, señor;—dijo Andrés;—pero no es cocinero; es cocinera: la señora Isidra Morales.

—Lo mismo dá. Esa señora Isidra, es mujer que lo entiende.

—Ya lo creo: durante veinte años, ha servido en casa del marqués del Olivar, que tenia fama de ser hombre de buen diente. Ahora está á las órdenes de.... José.

—¿Quien es ese José?—preguntó sir James, que continuaba haciendo honor al plato de calamares.

—José,—respondió Andrés,— es el jefe: José *Mala-sangre* como han dado en llamarle por ahí.

—Ya: Mala-sagre, debe ser tambien aficionado á los buenos bocados.

—Sí, señor: lo es y mucho.

Prosiguió sir James haciendo honor á la comida, y Andrés *el Cortijero* guardó silencio, al ver que el inglés no abria ya la boca más que para comer.

Se nos habia olvidado decir, que un hombre entraba los platos en el improvisado comedor, y que Andrés servia á la mesa.

*
* *

Terminada la comida, y despues de recogidos los manteles, el dueño del cortijo fué hácia la puerta y cerró esta por la parte de adentro.

Luego se acercó á sir James.

—¡Señor caballero!—le dijo bajando la voz.—¡Esta noche, es la última vez que tendré la honra de servir á su merced!

¡Dentro de algunas horas, todo se habrá concluido!

¡Dios sabe si volveremos á vernos más en este mundo!

—Sí; ya sé que debo emprender un viaje: me lo han anunciado ya.

—¡Lo ignoraba, señor!... Pero supuesto que

sabe eso su merced, supongo que no tendrá muchas ganas de ir á podrirse en una cueva.

¡Por los clavos de Cristo, señor! ¡Por los clavos de Cristo, ruego á su merced que sea razonable!

La libertad, está ahí;—añadió señalando á una ventana que habia en el fondo de la habitacion.—¡Yo, el encargado de guardar á su merced, le ruego, juntas las manos, y casi con lágrimas en los ojos, que se deje convencer!

Sir James movió de un lado á otro la cabeza.

—¡Terco, como buen inglés!—exclamó *el Cortijero* elevando los ojos al cielo, y clavando las uñas en las palmas de las manos.—¡Terco, y cien veces terco!...

Pero reflexione su merced—prosiguió,—que trascurrirán los dias, los meses y los años y su merced no tendrá más porvenir que una espantosa cueva.

¡Eso hace erizar los cabellos!

¡Ya que su meced lo sabe todo, debe tener lástima de sí mismo!

¡Entrará su merced jóven y con el pelo negro, en su encierro, y si sale de él, que lo dudo mucho, saldrá viejo y con los cabellos blancos!

Su merced ha dado su palabra de honor, es cierto, y tambien lo es que la palabra de un caballero debe ser sagrada.

Mas, ¡por el Santo Cristo de los Afligidos! sagrada debe ser tambien la vida, sagrado el aire respirable, sagrada la libertad del hombre: ¡la libertad, dón que no tiene precio!

El mismo Dios, manda que conservemos la vida, y su merced perderá la vida ¡oh! !si! ¡la perderá en las cuevas de Sierra-Morena!

—No comprendo,—dijo sir James,—el interés que usted se toma por mí.

—¿Quiere su merced saberlo?

—No deseo otra cosa: hable usted.

—Pues bien: basta ya de ruegos, y cada cosa en su puesto.

Tengo interés en salvar á su merced, á pesar suyo, en primer lugar porque su meced me inspira compasion, y despues porque me vá en ello la felicidad de toda mi vida.

Soy un pobre, casi un pordiosero, y se me presenta la ocasion de adquirir una regular fortuna.

No quiero desperdiciar esa ocasion.

Además, tampoco quiero continuar exponiéndome á ir á presidio por toda la vida, ó á que me aprieten el cuello con *un corbatin* de hierro.

Eso puede sucederme fácilmente si continúo perteneciendo á la *partida*.

Segun mis noticias, van á nombrar un juez

y un gobernador civil con el solo objeto de que nos cacen como si fuéramos perros rabiosos.

¡Hacen bien, perfectamente!

Quiero, por lo tanto, retirarme á tiempo, antes de que me suceda una desgracia de esas que no tienen remedio humano.

Bastantes veces he expuesto ya la piel, y hace ya mucho tiempo que tengo vivísimos deseos de volver á ser hombre honrado.

Estoy decidido...

—¿A qué? ¿A ser hombre honrado?...

Hará usted perfectamente.

—A ser hombre honrado y á salvar á su merced.

No hay que mover la cabeza diciendo *nones*, porque Andrés *el Cortijero* tambien es terco como cualquier inglés, y si dice *sí* nadie le hace cambiar de rumbo.

Y, ¡sépalo su merced, porque no es necesario andar con rodeos!

Los amigos de su merced (y tiene muchos, y de los buenos), á estas horas rodean ya el cortijo, y solo esperan una señal para entrar.

Esa señal voy á hacerla inmediatamente.

Llegó el momento decisivo, y esta noche va á haber aquí toros y cañas.

Así diciendo, abrió la ventana y miró ávidamente hácia el campo.

Un minuto ó poco más duró su observacion.

Algo debió ver que le causó satisfaccion, porque lanzó una exclamacion gozosa.

Despues fué hácia la mesa, cogió la lámpara que sobre ella alumbraba, y asomó la luz á la ventana.

—Ahí están los amigos de su merced,—añadió un instante despues, volviendo á colocar la luz sobre la mesa.—¡Excelentes amigos! ¡son exactos!...

Sir James, sin pronunciar palabra, se dirigió hácia la puerta del aposento.

Sin duda Andrés *el Cortijero* adivinó su intencion, porque se adelantó á él, dió dos vueltas á la llave y arrojó ésta por la ventana.

—No irá su merced en busca de sus enemigos,—dijo.

Sir James volvió á sentarse, y Andrés se asomó de nuevo á la ventana.

—Andrés,—dijo una voz varonil desde abajo.

—*Presente*,—respondió *el Cortijero*.

Dos garfios de hierro, unidos á una fuerte escala de cuerda, cayeron dentro de la habitacion.

Andrés sujetó los garfios al alfeizar de la ventana.

Un hombre subió por la escala, y saltó dentro del aposento.

Aquel hombre era Timoteo Robles, el ayuda de cámara de sir James.

Timoteo corrió hácia su amo, le agarró ambas manos y se las llevó á los labios.

—¡Amo mio! ¡Amo de mi alma!—exclamó con enternecimiento.

—¡Fiel servidor!—añadió el inglés, procurando dominar su emocion.—¡Bien venido seas!... Me ayudarás á desbaratar los proyectos de ese hombre.

Al decir eso, señalaba á Andrés *el Cortijero.*

—¿Que proyectos, señor?. .

—¿Los de evasion?...

—¡Ni pensarlo!...

Puede mandarme usted que me arroje á un precipicio; que me estrelle la cabeza contra un peñasco. Obedeceré, porque obedecer es mi obligacion. Pero contribuir á que usted permanezca un solo instante más entre bandidos, eso, ni pensarlo.

—¡Timoteo!

—Ni pensarlo, señor.

¿Sabe usted cual fué mi pena, cuando lo secuestraron á usted?...

Desde entonces, hasta este momento, puedo jurar que no he tenido paz ni sosiego.

Mientras tenia lugar este corto diálogo entre amo y criado, algunos otros hombres más ha-

bian ido entrando uno tras otro por la ventana. Entre ellos, figuraban el nunca bien ponderado tio Trifulcas, Curro Rendones, y Roque Terrones, el que habia prometido en la casa *del Mengue,* descubrir el paradero de sir James.

Este, fosco el semblante, y chispeante la mirada, miraba á sus libertadores que no se atrevian á dirigirle la palabra.

El tio Trifulcas, únicamente, se acercó á él y le dijo con acento alegre y afectuoso:

—Muy buenas noches, caballero.

Sir James hizo un leve movimiento de cabeza, contestando al saludo, y clavó sus miradas en la ventana.

De repente, las nubes que se habian amontonado en su rostro, desaparecieron.

A la expresion casi feroz que en su rostro habia, sucedió una dulce sonrisa, y á las miradas centelleantes, suaves y tiernas miradas.

Una mujer acababa de aparecer en la ventana.

Aquella mujer de rostro hermoso y agraciado, era Rosa *la Pálida,* la preciosa hija del tio Trifulcas.

CAPITULO XII

Pantera contra leona.

Rosa se mantuvo un momento indecisa, antes de saltar dentro de la habitacion.

Su rostro bello y expresivo, resplandecia de gozo. Se echaba de ver que á aquella jóven, no le causaban temor alguno las empresas arriesgadas.

*
* *

Sir James fué hácia la ventana, llevando en la mano la silla en donde habia estado sentado.

Arrimó la silla á la pared, de manera que Rosa pudiera apoyar el pié en ella, y en seguida presentó la mano á la jóven, con la más esquisita galantería.

Rosa *la Pálida* se apoyó en la mano del inglés, y ligera como una corza, saltó dentro de la estancia.

En el momento de saltar, la falda de su vestido tropezó en el alfeizar de la ventana, dejando al descubierto un pié encorvado, pequeño, hechicero, y el nacimiento de una pierna preciosa.

Rosa *la Pálida* era lo que vulgarmente suele llamarse una tentacion; una de esas mujeres que parecen haber nacido para inspirar grandes pasiones; para que su recuerdo no se olvide jamás.

Las mujeres andaluzas, en su mayor parte, tienen sobre todas las demás mujeres, una gran ventaja: la gracia particular con que las ha dotado el cielo, ese encanto indescriptible que las distingue.

*
* *

—Aquí estamos todos, caballero;—dijo saludando al inglés, en tanto que una adorable sonrisa iluminaba sus facciones.

—¡Señorita!—exclamó sir James.—¡Doy á usted las gracias, y se las doy tambien á estos señores, por la molestia que por mí se han tomado!

Un gravísimo motivo me impide aprovecharme de sus buenos servicios: no puedo huir; he dado mi palabra, y estoy decidido, decidido; ¿lo comprenden ustedes?... á no faltar á ella.

—Las palabras,—replicó Rosa,—se les lleva el viento. ¡Vaya si se las lleva!

—Soy caballero, señorita!—exclamó el inglés con acento de reproche.

—¡Pero, señor!...

—Calla, niña;—dijo el tio Trifulcas.—Dejame á mí, que voy á decirle cuatro palabras á este caballero... Señor inglés,—añadió despues de una pequeña pausa, encarándose con sir James.—Hemos venido aquí, despues de haber combinado un plan sorprendente, y no pensamos volvernos, corridos como las monas.

¡Eso pasaría de castaño oscuro, caballero!

Ahora, bien: si buenamente no nos sigue usted, si no reflexiona que su negativa es una necedad (y perdóneme usted la palabra); si no considera que nosotros no hemos llegado aquí para irnos conforme habiamos venido, yo, el tio Trifulcas, hijo del señor Toribio *el Colérico*, juro á Dios y á Nuestra Señora, que cargo con usted á las espaldas, y lo saco por esa ventana, lo mismo que si fuera un fardo de contrabando (salva sea la comparacion).

Estas palabras pronunciadas rápidamente,

y con acento andaluz muy marcado, como debe suponerse, fueron comprendidas en parte por sir James.

Y decimos en parte, porque el inglés no entendió por completo todo lo que el tio Trifulcas le habia dicho. Si hubiera comprendido sus amenazas, es indudable que se hubiera enfurecido, á pesar de los bellos ojos de Rosa *la Pálida*, que tan viva emocion le causaba.

*
* *

—Vamos, señor caballero;—prosiguió el tio Trifulcas.—Dejémonos de tonterías, y *al avío.*

Bajo ésa ventana esperan algunos bravos muchachos.

Bravos como leones.

No les hagamos esperar mucho tiempo, por que la impaciencia seria capaz de hacerles cometer cualquiera locura.

¡Por la ventana, caballero, por la ventana!...

*
* *

Es más que probable que sir James iba á hacer nuevas objeciones, cuando en la puerta de la estancia sonaron dos fuertes golpes.

—¡Andrés! ¡Andrés!—exclamó luego una voz muy alterada.—¡Abre esta puerta!...

Andrés no contestó, y la voz volvió á decir:

—¡Andrés!... ¿Te has quedado dormido?...

¡Abre!...

—¿Qué hacemos?—preguntó Andrés *el Cortijero* al tio Trifulcas.

—Qué hemos de hacer,—respondió éste:—tomar *el portante*, y marcharnos con viento fresco como dicen los marineros del Guadalquivir... Basta ya de vacilaciones,—prosiguió hablando con sir James:—ó baja usted de buen grado, ó vuelvo á decir que descenderá usted del mismo modo que pudiera descender un fardo cuyo dueño no quisiera pagar derechos de introduccion.

Ni un momento más.

¡Por la ventana!

Sir James debió leer en las miradas del viejo contrabandista, una resolucion muy marcada.

—Cedo, — dijo con despecho; — ¡Cedo á la fuerza!

Y se encaminó hácia la ventana.

—¡Gracias á Dios!—murmuró Timoteo Robles siguiendo á su amo.

Bajó el inglés por la escala de cuerda, seguido del dueño del cortijo, y de tres hombres más.

Golpes furibundos continuaban sonando en la entrada de la habitacion.

—¡Echad la puerta al suelo! ordenó una voz de mujer, voz irritada, amenazadora.

No queremos hacer agravio á nuestros lectores, dudando que vacilen en adivinar el nombre de la persona que daba semejante órden: sí, amables lectores; la que mandaba derribar la puerta, era mis Elena Baltimore.

*
* *

Los golpes fueron cada vez mayores, y la cerradura no tardó en saltar, dejando franca la entrada.

Mis Elena se lanzó en el aposento, anhelante, inquieta.

Al ver en él á tantas personas que le eran completamente desconocidas, se detuvo.

—¡Traicion!—exclamó volviéndose hácia los que la seguian, entre los que se contaba *Malasangre*, personaje siniestro del que más adelanto haremos el retrato.

—En efecto;—afirmó el jefe de los secuestradores, dirigiendo miradas recelosas á los que habian obligado á sir James á que huyera. La traicion está patente: *el Cortijero* nos ha vendido. ¡Pícaro, infame!

—¡Oh, rabia!—gritó mis Elena, queriendo lan-

zarse hácia la ventana, y devorando á Rosa *la Pálida* con la vista.

Mala-sangre la detuvo, agarrándola con fuerza por un brazo.

*
* *

—Las situaciones, y el agua,—dijo el tio Trifulcas, cuanto más claras mejor; infinitamente mejor.

El caballero ya vuela por esos campos, libre de las uñas de ustedes.

Se resistia á fugarse, porque habia dado no se qué palabra, pero le obligamos á que tomara las de Villadiego.

Llegan ustedes ahora, y encuentran la jaula vacía.

No hay que desesperarse, ni mirarnos de un modo amenazador.

La razon, y la fuerza tambien, estan de nuestra parte.

Toda resistencia es inútil.

Un buen consejo, y concluyo.

Váyanse ustedes por donde han venido, y ya que ejercen el oficio de retener á las gentes contra su libre voluntad, otra vez sean ménos torpes.

—¡Tiene razon!...—afirmó *Mala-sangre*, cual

si hablara consigo mismo.—¡Torpes y cien veces torpes; yo sobre todo!...

Vamos, señora.

Estas palabras, como debe suponerse, iban dirigidas á mis Elena.

—¡Oh! ¡no!—replicó esta.—¡Yo no me iré!

¿Quien es esa mujer?

Esta pregunta iba dirigida á *Mala-sangre*, y hacia referencia á Rosa, cuya hermosura habia hecho nacer en su corazon unos rabiosos celos.

—Esta mujer,—dijo Rosa,—es una mujer honrada. Lo es, lo ha sido y lo será: ¿lo entiende usted?

¡No todas pueden decir otro tanto!

Mis Elena Baltimore se puso lívida.

Sus dientes rechinaron con furor y dió un paso hácia la bella jóven, logrando desprenderse del brazo de *Mala-sangre*, que habia continuado sujetándola.

—¡Poco á poco, señora!—dijo el tio Trifulcas, interponiéndose entre la americana y su hija. Soy hombre de paz, pero llegado el caso no hay quien pueda conmigo.

Cuidadito me llamo, *cuidadito*: no lo olvide usted.

—No hay miedo alguno, padre;—afirmó Rosa, que era una valiente jóven á la cual ni el mismo diablo hubiera intimidado.

Y apartando suavemente al tio Trifulcas, se quedó frente á frente de mis Elena.

Todos contemplaban con interés aquella escena.

Los hombres se miraban unos á otros, como diciendo:

«Estas dos mujeres, nos harán venir á las manos...»

Y mis Elena y Rosa *la Pálida* continuaban mirándose fijamente, adivinando la primera que en la encantadora jóven tenia una temible rival.

Su instinto de mujer, y de mujer enamorada, le causaba ese insoportable martirio, ese torcedor feroz, horroroso, que se llama *celos*.

La *leona* y la *pantera* estaban frente á frente.

Contamos con el perdon de nuestros *lectores* y especialmente de nuestras amables *lectoras*, por habernos atrevido á llamar *pantera* á mis Elena, y *leona* á Rosa *la Pálida*.

CAPITULO XIII

Continuacion de los sucesos que se relatan en las anteriores páginas.

Un rato bastante largo duró la muda y amenazadora contemplacion, la fiera insistencia con que se miraban Rosa y mis Elena.

La primera se encogió al cabo de hombros, y con ruda franqueza, y despues de haber hecho un gracioso mohin, preguntó á la americana:

—¿Tengo alguna danza de monos en el rostro?...

Me mira usted tanto, señora, que me hace sospechar que me encuentra usted fea.

Sin embargo, creo que no soy ninguna *fechoría.*

—¡Eres más bonita que el sol!—gritó el tio Trifulcas.—Pero, ¿qué digo?... ¡Eres andaluza, y eso basta!

—Soy hija de usted, y con eso está dicho todo.

—¡Ole, salero!... Pero aquí ya no hacemos nada, Rosa. Nuestros amigos estarán impacientes.

—Cierto, padre: vámonos.

—Andando, muchachos.

Pronunció el tio Trifulcas estas palabras, y empujando suavemente á Rosa, adelantó con ella hácia la ventana, camino que pensaba tomar, para salir del cortijo.

La Pantera, ó llamémosla mis Elena, lanzó un rugido.

No la temian, ó mejor dicho la despreciaban, despues de haberla arrebatado al hombre de quien queria vengarse tan cruelmente.

La rabia la ahogaba.

Si hubiera tenido poder para ello, en aquel momento hubiera destruido al mundo entero.

Pero estaba vencida, humillada, ella, que jamás habia podido soportar la menor contrariedad.

No le era posible acostumbrarse á la idea de perder á sir James, de que éste pudiera verse libre de la venganza, que habia preparado.

Además, la hermosura de Rosa, la encolerizaba.

Lo mismo una mujer que un hombre celoso, adelantan los sucesos, y muchas veces parece que tienen la facultad de leer en el misterioso libro del porvenir.

Mis Elena veia al inglés, enamorado de Rosa *la Pálida*; lo veia á los piés de aquella rival á quien odiaba ya con toda su alma, repitiéndole apasionadas frases de amor y de ternura; frases que ella jamás habia podido oir de la boca del que amaba.

Semejantes pensamientos encendian su sangre, la enloquecian, la asemejaban á una de las *fúrias* soñadas por la poética y creadora imaginacion de los antiguos.

Veia alejarse á su rival, y al desaparecer esta, desaparecia tambien su esperanza de volver á recobrar á sir James: éste, de allí en adelante, viviria con cautela, siendo punto ménos que imposible volver á apoderarse de él.

Ya el tio Trifulcas y su hija llegaban cerca de la ventana, cuando la cólera de mis Elena estalló al cabo.

Un grito espantoso, grito que nada tenia de humano, partió de lo más recóndito de su pecho.

Quiso lanzarse sobre Rosa, pero *Mala-sangre* que no la perdia de vista, volvió á agarrarla de

nuevo por un brazo, diciéndole al mismo tiempo friamente:

—¡Señora: hemos perdido la partida!

—¡Déjame!—gritó mis Elena, pugnando por desasirse.

—¿Está usted loca?

—¡Sí! ¡loca de ira! ¡Déjame, repito!

—Pues si está usted loca,—dijo Rosa *la Pálida* disponiéndose á salir por donde habia venido,—que la encierren. En Sevilla hay un facultativo que se dedica á la curacion de los dementes.

Dicho esto lanzó una sonora carcajada, y volvió la espalda á mis Elena.

Enfurecida ésta, intentó una vez más acometer á la que creia su rival. La mano de *Malasangre* continuaba sujetando su brazo y se lo impidió.

Mis Elena estaba ciega por la cólera.

—Vamos, señora,—dijo el secuestrador.

—No;—gritó la americana con voz ronca.

—¿Entonces, es decir que quiere usted que nos prendan, y que nos encarcelen?

—¡Quiero vengarme!

—¡Mala venganza, pobre venganza se puede tomar desde la cárcel!

Reflexiónelo usted, señora, y no cometa una imprudencia.

Aun estamos á tiempo de emprender la retirada: ¡luego; será tarde!

Estas palabras, pareció que hacian reflexionar á mis Elena.

La terrible americana, inclinó la cabeza sobre el pecho, y el exhaló uno de esos entrecortados suspiros, que son hijos del furor y que al salir abrasan los lábios y desgarran el pecho.

Luego volvió á alzar la cabeza, y murmuró estas palabras:

—¡Tiene razon!

—Y tanto que la tengo, afirmó *Mala-sangre*, que habia oido lo que acababa de decir mis Elena.

—Suélteme usted,—añadió ésta.

El secuestrador soltó el brazo de la jóven, la cual se pasó una mano por la frente, cual si quisiera borrar de ella los tumultuosos pensamientos que la asaltaban.

En la apariencia, la tranquilidad habia vuelto á tener entrada en su corazon.

—¡Gracias!—dijo mirando á *Mala-sangre.*

—¿Gracias, por qué, señora?—preguntó éste.

—Por haberme devuelto á tiempo la razon. ¡Estaba loca!...

La cólera no sirve para nada.

—Para nada, señora: la cólera, es mala consejera.

Yo, no recuerdo haberme encolerizado nunca.

Una persona colérica, no es dueña de sí misma.

Todo aquel que tenga enemigos, debe procurar que el furor no se apodere de su pecho, pues entonces la ira lo entregará á aquellos á quienes quiere destruir. Por eso, yo, siempre he pensado que la sangre fria, la reflexion, son una gran cosa.

—Lo que me ha sucedido hoy,—dijo mis Elena,—es poco comun en mí.

Yo soy reflexiva, yo rara vez dejo que los demás sepan cuales son mis verdaderos pensamientos.

En fin, *la tormenta* ya ha pasado, y ahora soy como de costumbre, mujer capaz de apreciar un buen consejo.

*
* *

Mientras tenia lugar el diálogo anterior, Rosa *la Pálida*, el tio Trifulcas, Curro Rendones, y las demás personas que habian quedado en el aposento en donde se habian realizado los sucesos que llevamos descritos, habian utilizado la escala de cuerda.

Uno tras otro, bajaron por ella, para reunirse á sus compañeros.

Cuando todos hubieron desaparecido, *Malasangre* se asomó cautelosamente á la ventana, y escuchó.

No tardó en oir pisadas de caballos, que se alejaban velozmente.

Acercóse de nuevo á mis Elena.

—Muchas veces,—dijo,—los presentimientos no engañan.

Algo habia en Andrés *el Cortijero*, que no me agradaba; que me hacia desconfiar de él. Y sin embargo, en esta ocasion, me dejé engañar lo mismo que si fuera un chiquillo, por ese tuno á quien prometo... *una buena recompensa*. Pero como lo que ha sucedido no tiene enmienda, al ménos por ahora, salgamos de aquí inmediatamente.

—Salgamos,—repitió mis Elena.—Tiene usted razon.

Salieron, y la luz de la lámpara quedó alumbrando los restos de la comida de sir James.

*
* *

Momentos despues, el cortijo ardia por sus cuatro costados.

Los secuestradores, por órden de *Mala-sangre*, habian pegado fuego al edificio, que ya era viejo y en algunas partes estaba ruinoso.

El fuego tardó muy poco en apoderarse de las maderas, que ardian, estallando al mismo tiempo.

Es un ladron el fuego, y la comparacion nos sea permitido, que nada respeta; que todo lo devora.

Cuando la luz del alba empezó á disipar las tinieblas de la noche, el techo del cortijo se habia desplomado ya, y delgadas columnas de humo se elevaban de las abrasadas ruinas.

Arruinado quedaba tambien Andrés *el Cortijero*, más, ¿qué le importaba si podia contar con la expléndida generosidad de sir James Brigton?...

Lo que debia tenerle con cuidado, inquieto, era el rencor de *Mala-sangre*, que procuraria vengarse de él.

En efecto, Andrés estaba intranquilo, aun cuando aparentaba lo contrario.

Conocia bien al jefe de los secuestradores que se habian apoderado del inglés y sabia que *Mala-sangre* procuraba por todos los medios imaginables, hacerse merecedor del sobrenombre con que era conocido.

No ignoraba que no le perdonaria jamás la mala partida que le habia jugado.

Porque *Mala-sangre* era muy vengativo, cruel, terrible, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIV

Historia de un aprendiz de sastre, de un enamorado, de un licenciado de ejército y de una mujer lijera de cascos.

Hemos ofrecido dar á conocer más completamente al jefe de los secuestradores, y la ocasion nos parece oportuna para cumplir nuestra promesa.

El verdadero nombre de *Mala-sangre*, era Manuel y su apellido Romero.

Manuel Romero habia nacido en Sevilla.

Hijo de padres muy pobres, pero sumamente honrados, desde su más tierna edad manifestó una gran ambicion y una firmeza de carácter poco comun.

Los padres de Manuel habian dedicado á éste al oficio de sastre.

Manuel cosia, pero cosia con disgusto; como si digéremos á la fuerza.

En tanto que daba puntadas, su pensamiento vagaba libremente, soñando con riquezas, con placeres, con poder.

Manuel era poco comunicativo.

Carecia de esa franca alegría, tan natural en los jóvenes de la edad que tenia entonces; catorce años.

Contínuamente estaba distraido y taciturno.

Dificil era adivinar en qué pensaba.

—¡Harás un mal sastre!...—solia decirle su maestro, moviendo de un lado á otro la cabeza, y haciendo gestos.

Una sonrisa amarga vagaba de vez en cuando por los labios de Manuel.

*
* *

Un dia, por uno de los frecuentes descuidos de que se hacia culpable, el maestro le dió una soberbia bofetada: una bofetada tremenda.

El rostro de Manuel Romero palideció, y sus labios se pusieron blancos como la nieve.

Toda la sangre del jóven habia afluido á su corazon.

Manuel nada dijo, y momentos despues estaba tranquilo y taciturno, como de costumbre.

¿Qué tenebrosos pensamientos cruzaban entonces por su espíritu?...

Difícil, imposible mejor dicho, hubiera sido adivinarlo.

Ni una queja habia partido de sus labios, ni una lágrima se habia desprendido de sus ojos, ni un suspiro habia entreabierto sus labios, pálidos por el furor que se escondia en lo más recóndito de su pecho.

*
* *

—Este niño,—(dijo el maestro un tanto arrepentido ya del bofeton que habia dado al jóven),—es holgazan, desaplicado, pero en cambio tiene la humildad del perro, que lame la mano del que lo castiga.

Vamos, Manuel,—añadió.—No me guardes rencor, y toma ese par de reales para que esta noche puedas ir al teatro de San Fernando.

Manuel Roméro tomó la pequeña moneda que le ofrecia su maestro, y se sonrió tristemente.

*
* *

Trascurrió algun tiempo, dos meses, y una noche los vecinos de la calle de..., sintieron un grito desgarrador, seguido de estas palabras:

—¡Vírgen Santísima!... ¡Me han muertó!..

Habian dado ya las dos de la madrugada, y á semejante hora la calle de... estaba desierta, como debe suponerse.

Aquí y allá se abrieron algunas ventanas, y á pesar de la lobreguez de la noche, y á pesar de que tambien los faroles estaban ya apagados, los curiosos pudieron ver que habia un hombre tendido sobre las losas de la calle.

Nunca faltan almas caritativas.

Esto es un consuelo.

Algunos vecinos bajaron a la calle.

El hombre que estaba en ella tendido era ya cadáver.

En el pecho, hacia el lado del corazon, tenia una terrible puñalada, por la cual derramaba un torrente de sangre.

¡Desgraciado!

Uno de los compasivos curiosos conoció al muerto.

—¡Es el maestro sastre que tenia su establecimiento en la calle de Trajáno!—dijo.

—¿No se llamaba José Fuentes?—preguntó un segundo curioso.

—Justamente,—respondió el primero.—José Fuentes, pero tambien se le conocia por *El pelado.*

¡Pobre hombre!

¡Háyale perdonado Dios, porque exceptuando su extremada aficion á las mujeres, el señor Fuentes era un hombre de bien y un excelente maestro sastre! Una levita tengo cortada por él, que es *la mejor prenda* que se pasea por Sevilla!...

¡La conservo como oro en paño!

Los curiosos rezaron un Padre nuestro por el alma del difunto, y éste fué *levantado* por la justicia.

*
* *

Instruyóse la correspondiente sumaria.

El juez instructor empezó las averiguaciones con celo extraordinario: el asesinato habia hecho mucho *ruido.*

La opinion pública, las simpatías más bien, estaban en favor del pobre sastre.

He aquí el resultado de las averiguaciones de la justicia.

Súpose que José Fuentes era soltero, y que

tenia una encantadora querida llamada Dolores.

Dolores era cigarrera.

Graciosa y coqueta como buena andaluza, gustaba de que la requebrasen, y no era un modelo de fidelidad, falta que ignoraba el maestro sastre.

Fuentes la adoraba.

Todos sus afanes, todas sus ganancias, que eran considerables, le parecian pocas para su Dolores.

Cien y cien veces habia rogado á ésta que dejase la fábrica de cigarros y que se casase con él.

Ni una cosa ni otra queria Dolores: en la fábrica pasaba agradablemente el rato, y por nada de este mundo estaba dispuesta á perder su libertad. Decia que las mujeres casadas son esclavas de sus maridos, y que éstos se convertian en tiranos tan luego como los echaban las bendiciones.

En parte, y prescindiendo de la moral, no dejaba de tener razon.

*
* *

Fuentes era celoso como buen enamorado.

A cada momento salia de su obrador para expiar á Dolores.

Pasaba una gran parte de la noche en casa de ésta, y muchas veces entre ambos amantes habian tenido lugar escenas desagradables, á las cuales daban motivo los celos que sentia José Fuentes. ¡Estaba el infeliz tan enamorado, tan ciego de amor por Dolores, que la jóven cigarrera, cun cuando el sastre tuviese razon, siempre quedaba *vencedora*, *dominando* al pobre maestro, que concluia por caer á los pies de la artificiosa jóven exclamando: «¡Tienes razon, vida mia!...»

Dolores no le amaba, pero le convenía conservar á su amante, porque éste satisfacia todos sus caprichos, que eran bastante costosos.

El mayor fundamento de los celos del enamorado Fuentes, el hombre que más intranquilo le habia tenido siempre, era un moceton, licenciado del ejército, que era vecino de Dolores

Ha dicho no se quien, y hoy está muy admitido el dicho, que los celosos ven elevadas montañas allí en donde no hay más que granos de arena.

Fuentes vió una *montaña*, es decir, vió un dia al moceton departiendo mano á mano con Dolores.

Esto no tenia nada de particular, pero el sastre vió tambien que el licenciado acariciaba sua-

vemente las mejillas de Dolores, y que le llamaba *prenda*. Dolores se dejaba acariciar.

Ya no quiso ver ni escuchar más: estaba escondido y salió de su escondrijo, arrojando llamas por los ojos.

Aplicóle al licenciado un soberbio puntapié, lo cual obligó á que el *moceton* volviese rápidamente la cabeza, lanzando al propio tiempo una horrible blasfemia, y rascando *la parte* dolorida.

*
* *

Una tremenda cachetina, digna de ser cantada per el mismo Homero, llenó de cardenales á los dos individuos.

Cuando separaron á éstos las gentes que acudieron á los gritos de Dolores, el *moceton*, mirando fieramente al sastre, le dijo rechinando los dientes:

—¡Le he de comer á usted las entrañas!

Estas palabras, dignas de un caníbal, fueron la perdicion del pobre muchacho.

La justicia humana está sujeta á errores (dicho sea con perdon de los dignos magistrados), lo mismo que todo lo que es humano, perecedero, deleznable.

Engañados los jueces por las apariencias, pues es de advertir que Dolores *se burlaba* del

pobre sastre, que *habia visto montañas*, *allí en donde no habia más que granos de arena*, condenaron al licenciado, creyendo á pies juntillos que habia sido el asesino de José Fuentes.

El mocetòn no pudo probar la *coartada*, y de nada le valió poner al cielo por testigo de su inocencia, y jurando que compadecia al sastre, más bien que aborrecerle.

Fué condenado, repetimos; condenado á un crecido número de años de presidio.

Y Dolores, ¿fué condenada tambien?...

No tal: Dolores continuó tan fresca, tan linda, tan coqueta como siempre, asistiendo diariamente á la fábrica de cigarros.

Creemos, con perdon del bello sexo sea dicho, que el código penal debia tener un artículo destinado á castigar á las mujeres *coquetas*, ó más bien á las mujeres *lijeras de cascos*, á las...

De ese modo se evitarian grandes males y muchos crímenes que son el espanto de los nacidos.

*
* *

Apeló *el moceton* de la sentencia del juzgado de primera instancia, y la causa siguió su curso en el tribunal superior.

Este aprobó al cabo la sentencia del juez, y

el moceton tuvo que viajar, *por cuenta del estado*, camino de Ceuta.

Cuando esto sucedió ya la pérfida Dolores tenia *otros dos*, uno para el *gasto* y otro para el *gusto* de engañar al primero.

Nuestros lectores desearán saber si el licenciado era ó no culpable...

No, no lo era.

El asesinato de José Fuentes no habia sido obra del moceton, sino de Manuel Romero. El aprendiz de sastre habia jurado vengarse de su maestro y habia cumplido su juramento.

A esta criminal hazaña del jovenzuelo, debian seguir otras muchas por el estilo.

Manuel Romero estaba cortado de la misma madera de que se forman los asesinos célebres; esos monstruos que figuran en la lista inconmensurable de la gaceta de los tribunales, y que suelen terminar sus hazañas en un patíbulo.

Pero era cauto, prudente, astuto como una sierpe, y siempre se ponia á cubierto del castigo.

Sin embargo, las gentes dieron en olvidar su verdadero nombre y en llamarle *Mala-sangre*, á causa de su bárbara crueldad, demostrada en cien ocasiones.

Mala-sangre era tanto mas temible, cuanto que su astucia corria parejas con la audacia quo

empleaba en todos sus hechos de bandido y de asesino.

Su oficio, si merece tal nombre, era el de ladron; pero si creia necesario asesinar, asesinaba, aun cuando la venganza no fuese el móvil que le obligase á derramar sangre humana.

La justicia, como suele decirse, tenia *puestos los ojos en él.*

Creia que más tarde ó más temprano aquel hombre debia caer en sus manos.

Pero la justicia humana no está facultada para condenar por presunciones, por sospechas, y necesita *pruebas plenas.*

CAPITULO XV

Un bribon de tomo y lomo.

Mala-sangre (y continuaremos llamándole así), ya no volvió á dar más puntadas: no habia nacido para el honroso y lucrativo oficio de vestir á los hombres.

Fué creciendo en edad y en picardías, ó más bien en infamias.

Las tiendas de vinos eran los lugares que frecuentaba con más agrado.

En ellos *triunfaba* y gastaba con largueza.

La opinion pública le habia señalado ya como ladron y asesino.

Pero, ¿qué vale la opinion pública en ciertas ocasiones?...

*
* *

Los padres de *Mala-sangre*, personas honradísimas como llevamos dicho, murieron de dolor y de vergüenza al ver recorrer á su hijo la senda de los vicios y del crímen: el padre murió primero; la madre, pocos dias más tarde.

El dia mismo que enterraban á la infeliz madre, *Mala-sangre* estaba de *juelga* (1) en compañía de varios *amigos* y *amigas* suyas, tan buenas alhajas como él.

Aquel hijo perverso no habia dado señal alguna de dolor, y esto habia sido uno de los motivos, quizá el más poderoso, para que los sevillanos empezasen á llamarle *Mala-sangre*.

El infame estaba orgulloso de su sobrenombre.

Acostumbraba decir que más vale tener *sangre mala* que sangre de horchata.

Tambien decia que en esta vida no hay más que dos caminos: uno en donde se reciben palos, y otro donde se dan.

Segun él, más vale pegar que ser pegado.

Fácil hubiera sido poder probarle algunos de sus crimenes, pero todos le temian más que al diablo.

---

(1) De broma.

*
* *

Cuando empezaron á organizarse las terribles partidas de secuestradores andaluces, *Mala-sangre,* que tenia grandes deseos de mandar, de ser jefe de malhechores, organizó tambien una partida.

Pronto el malvado se hizo temible, y no pocas personas de buena posicion, pero tímidas, procuraron hacerse amigas suyas para ponerse á cubierto de sus criminales artificios.

Hombres honradísimos y pundonorosos habia en Sevilla, que no se desdeñaban de estrechar públicamente la mano de *Mala-sangre.*

Sabia éste lo que significaba aquel honor que le dispensaban, y como sabia tambien que en el momento que dejasen de temerle era perdido, procuraba inspirar cada vez mayor espanto.

Se contaban de él hechos abominables, horrorosos.

Una vez secuestró á un jovencillo, heredero de una gran casa.

El conde de Ramos, que así se llamaba el jovencillo, escribió á sus padres diciéndoles que si querian volver á verlo con vida, enviasen mil onzas para su rescate.

Al final de la carta, *Mala-sangre* añadió estas palabras:

«Si dentro de tres dias, á contar desde el de »la fecha, no están los diez y seis mil duros en »el lugar indicado, enviaré á ustedes las orejas »del señor conde.»

*
* *

Los padres del jóven reunieron apresuradamente las mil onzas, y por una persona de toda su confianza remitieron al secuestrador la crecida suma.

Pero la persona *de confianza* era un villano, un malvado, y el dinero no llegó á manos de *Mala-sangre*.

Furioso el bandido cumplió su promesa, enviando á los padres del conde las tiernas orejas de su hijo, acompañadas de otra carta, en la cual, despues de terribles amenazas, añadia estas palabras:

«Se conoce que aman ustedes poco á su hijo, »cuando han dado lugar á que quedase desore»jado.

»Ya han visto ustedes que no soy hombre »que prometo en valde, y por última vez les »digo, que si en el improrogable plazo de otros

»tres dias no me remiten los consabidos diez »y seis mil duros, recibirán la cabeza de su »hijo.»

*
* *

Los padres del conde quedaron aterrados.

Averiguaron que el individuo que debia entregar las mil onzas á *Mala-sangre* habia desaparecido.

Entonces volvieron á reunir, aun cuando con gran trabajo, otra suma igual á la que ya habian remitido, y el padre del secuestrado, no fiándose ya de nadie, fué en persona á llevar el dinero.

Durante el camino, el pobre padre rogaba al cielo que no le aconteciese alguno de esos incidentes imprevistos, que le impidieran llegar al punto en donde debian entregarle á su amado hijo, á cambio del dinero exigido por el secuestrador.

Por fortuna suya, esta vez no hubo el más pequeño tropiezo.

La persona á quien *Mala-sangre* habia comisionado para recibir los cuartos, contó escrupulosamente la suma, miró con minuciosidad moneda tras moneda, y satisfecho de su buena ley dió un silbido.

Presentóse otro hombre, ó mejor dicho otros dos hombres, uno de los cuales era el jóven conde.

*
* *

Un instante despues, el pobre desorejado, estaba en los brazos del autor de sus dias.

Contó que habia sido tratado perfectamente y con mucha cortesía por parte de los secuestradores.

Pero, ¡ay! ¡sus orejas ya no estaban en el sitio en donde debieran estar!...

El infame comisionado que habia dado lugar á la crueldad de *Mala-sangre*, segun se averiguó despues habia partido para los Estados-Unidos, llevando consigo, como debe suponerse, los diez y seis mil duros que le habian confiado.

Pero no pudo, como tambien se supo más tarde, disfrutar de aquella cantidad que habia robado: una enfermedad mortal le sorprendió en el camino, cuando ya estaba cerca del lugar á donde se dirigia.

Muerto ya, y despues de haber confesado su crímen, su cadáver fué arrojado al mar.

Era el capitan del buque un hombre honra-

do, y los padres del conde de Ramos recobraron las mil onzas que les habian sido robadas.

*
* *

Mala-sangre se paseaba por Sevilla, sin que nadie le inquietase, con la tranquilidad del hombre honrado.

La impunidad de que disfrutaba le daba cada dia mayor audacia. Sabia que era temido, que solo su nombre inspiraba un involuntario terror, y se aprovechaba de este para cometer nuevas y criminales fechorías.

Decia con cínico descaro que *sus negocios* iban bien, y que no tardaria en retirarse á la buena vida.

Otro rasgo de bárbara crueldad se contaba de él: era un bandido atroz, sanguinario, cuyo pecho estaba cerrado á todo noble sentimiento, á toda idea humanitaria.

*
* *

Seis meses antes de haber sido secuestrado sir James, *Mala-sangre* asistia á una comida dada en casa de uno de sus amigos, el cual indudablemente era cómplice suyo.

Despues de la comida hubo baile, el cual animaban con su presencia graciosas y lindas

mujeres. Entre estas se encontraba una preciosa muchacha llamada Soledad.

Soledad era novia ó querida (en esto no estamos bien enterados), del jefe de los secuestradores.

Soledad no era de carácter triste: su nombre y su franca y encantadora alegría estaban reñidos.

Bailó Soledad dos veces seguidas con un mismo hombre, el cual empezó á galantearla.

Mala-sangre se acercó á la jóven y la dijo á media voz:

—Te prohibo que vuelvas á bailar con ese mequetrefe. *Te lo prohibo*, ¿me entiendes?.. No des lugar á que vuelva á hacerte una nueva advertencia.

Soledad se encogió desdeñosamente de hombros, hizo una mueca graciosísima á su amante, y se burló de la prohibicion volviendo á bailar con la misma persona que habia disgustado á *Mala-sangre*.

No volvió á hacer éste advertencia alguna á Soledad.

Terminado el baile, la acompañó hasta su casa.

Al llegar á la puerta de esta, dijo con aterradora calma:

—¡Soledad! ¡Te hice una amistosa advertencia, y te has burlado de mí!

No soy hombre del cual pueda burlarse nadie impunemente, y por lo tanto voy á castigarte.

—¡Manuel, por favor!...—exclamó la jóven, extremeciéndose de piés á cabeza.—¿Qué vas á hacer?

—Ya lo verás,—respondió el bandido, con aterrradora sangre fria.

Sacó al decir esto una pequeña navaja del bolsillo, y sin que Soledad pudiera evitarlo, la cruzó la cara con ella.

Soledad lanzó un grito horroroso.

Mala-sangre guardó tranquilamente su navaja, y llamó á la puerta de la casa de su amada.

Bajó á abrir la madre de ésta, y el bandido la dijo:

—Suba usted á su hija, y al lecho con ella (Soledad se habia desmayado.) Ha bailado tanto esta noche, que sin duda el cansancio acaba de hacerla perder el conocimiento. El sueño reparará sus fuerzas. Ahí tiene usted ese par de onzas por si hace falta comprar una medicina. Buenas noches.

Dijo, y despues de haber dado dos onzas á la madre de Soledad, se alejó entonando á media voz una cancion andaluza.

La madre de la jóven tenia una luz en la

mano: aproximó la luz al rostro de su hija, y un agudo grito partió de sus lábios: el rostro de Soledad estaba surcado por una línea de color sanguinolento, que cruzaba como una banda, la mejilla izquierda, los lábios, y parte tambien de la otra mejilla de la desventurada muchacha.



No era la herida de gran consideracion, pero el rostro graciosísimo de Soledad, quedó lastimosamento desfigurado para siempre.

Mala-sangre no volvió á ver á su amada, y... (¡cosa rara! ¡incomprensible!) la muchacha amó como no habia amado nunca al bandido, y languideció de amor por él.

Loca de amor siguió sus pasos noche y dia, suspiró á sus plantas, rogó, derramó lágrimas, pero todo fué inútil. El empedernido corazon de *Mala-sangre* no se conmovió.

¿Será verdad lo que muchos afirman?...

Dicen infinidad de hombres que creen haber estudiado bien á las mujeres en general, que la hermosa mitad del género humano quiere con idolatría á los hijos de Adan que se parecen á *Mala-sangre*.

Sin atrevernos á decir que esto sea ó no cierto, podemos afirmar que hemos visto á muchos

hombres que trataban duramente á sus amadas. Cuanto más sufrian éstas, cuanto más grandes eran los desprecios que les hacian, más queridos eran sus martirizadores.

En cambio tambien hemos tenido ocasion de observar que muchos maridos y amantes, amables con exceso, apasionados hasta lo indecible, eran objeto de un mal disimulado desprecio, por parte de las prendas de su mal premiado amor.

*
* *

Antes de terminar este capítulo, diremos que mis Elena y *Mala-sangre* se entendieron fácilmente.

La primera dejo entrever su alma perversa, y el segundo quedó encantado.

Jamás *Mala-sangre* habia sentido una sensacion semejante á la que experimentó al ver á mis Elena.

No hay mujer, por poco astuta que sea, que no conozca inmediatamente la impresion que causan sus gracias. La americana observó en seguida que el bandido clavaba en ella una mirada avara, afanosa, hambrienta.

—Este hombre,—pensó,—será esclavo mio si yo quiero.

Propúsose utilizar el amor naciente del bandido, en provecho de la venganza.

Más adelante veremos hasta qué punto podia contar con *Mala-sangre*.

CAPÍTULO XVI

Perdon que concedió sir James á su criado, gracias á haber intercedido por él una buena moza.—Un meteoro que desconsuela á Andrés el cortijero.

Cuando sir James estuvo en libertad, se vió rodeado por infinidad de personas, que le demostraban una gran solicitud.

Sir James estaba grave, taciturno y aun pudiéramos decir que disgustado.

Es necesario haber estudiado el carácter inglés, para venir en conocimiento de su disgusto: nuestro buen caballero habia sido contrariado, obligado contra su voluntad á recobrar una libertad que tenia en ménos que la palabra empeñada.

Sin embargo, sus libertadores no trataban con un ingrato.

El primero á quien dirigió la palabra para demostrarle su agradecimiento, fué al tio Trifulcas.

—Amigo mio,—le dijo:—aun cuando usted y estas buenas gentes se han opuesto á mi determinacion, no puedo por ménos de reconocer la buena voluntad que les obligó á desobedecerme: todos ustedes serán recompensados.

—¡Viva mi amo!—gritó Timoteo Robles, cuya alegría era extremada.

Volvióse sir James hácia su ayuda de cámara, y con airado acento le dijo:

—Respecto á tí, la desobediencia es indisculpable.

Ya puedes buscar otro amo desde este momento.

Una exclamacion, que más bien era un sollozo, salió de los lábios del honrado mozo.

—¡Dios mio!—exclamó.—¿Habré oido mal?

—¡No, no has oido mal!

—Pero, ¡eso no puede ser! ¡es imposible!

—Eso será, porque yo lo mando.

—¡Castígueme usted, señor!—prosiguió Timoteo, á punto de dar rienda suelta á las lágrimas que asomaban á sus ojos. ¡Castígueme usted, pero no me arroje de su lado!...

¡Dios de misericordia!

¿Qué sería de mí ya, acostumbrado como estoy á vivir en su compañía?

Vuelvo á rogar á usted que me imponga un castigo, pero no ese... ¡Oiga usted, señor! coja un buen baston y pégueme con él hasta cansarse. No me quejaré, y á cada golpe que me aplique, me diré á mí mismo: «Lo tengo merecido; mi señor hace bien en castigarme, *moliéndome* las costillas.

—Aun cuando no pertenezco á la sociedad protectora de animales,—dijo sir James,—no te castigaré de ese modo.

Por última vez te digo, que puedes buscar otro amo.

*
* *

Cubrióse Timoteo el rostro con las manos, y empezó á sollozar amargamente.

Todos guardaban silencio, todos compadecian al fiel criado.

Rosa *la Pálida*, cuyo excelente corazon estaba conmovido en aquel momento, no pudo contenerse por más tiempo.

—¡Por Dios, señor caballero!—exclamó la jóven.—¡Si de algo valen para usted mis ruegos, me atrevo á suplicarle que conceda á Timoteo un generoso perdon!

Si ha podido ofender á usted lo ha hecho con un fin laudable; en ello no cabe duda alguna.

¿Cómo queria usted que pudiendo hacerlo, no lo arrancase de manos de aquellos pícaros?...

¡Todo hombre honrado hubiera hecho lo mismo!

Habia de ver usted al pobre Timoteo cuando acababan de secuestrar á usted: lloraba, se arrancaba los cabellos á puñados, y parecia que el dolor le habia vuelto loco.

Perdónele usted, pues, y no se hable más del asunto.

—¡Oh! ¡sí!... ¡Perdóneme usted!—dijo Timoteo Robles, arrodillándose humildemente delante de sir James.

Hizo éste un esfuerzo para no manifestarse conmovido, para no dar á conocer la emocion que sentia, y casi lo consiguió.

A pesar de esto, no pudo evitar que su acento fuese trémulo, cuando le dijo á Timoteo:

—Dá gracias á esta señorita por haber intercedido por tí: á ella le deberás el haber vuelto á mi servicio.

Lanzó Timoteo una exclamacion de alegria, y despues de haber besado las manos de su amo corrió hacia Rosa y tartamudeó estas palabras:

—¡Si algun dia necesita usted de la vida de un

hombre, aquí estoy yo!... ¡Viva usted mil años, y que el cielo le dé la felicidad que merece!

Luego, arrojando al aire su sombrero, empezó á bailar y á cantar al mismo tiempo, demostrando de este modo el gozo que bullia en su pecho.

Sir James se sonrió imperceptiblemente, y el tio Trifulcas exclamó:

—¡Vamos!... ¡Yo no sirvo para estas cosas!... Que se me pongan delante treinta carabineros del reino, y no se me alterará la voz ni me temblará el pulso; pero tales escenas me conmueven, me ponen confuso, y me excitan los *niervios*.

—Los *nervios* querrá usted decir, padre mio;—añadió Rosa.

—*Niervos* ó *nervios*,—prosiguió el contrabandista,—para el caso es igual.

Soy de parecer que no volvamos á ocuparnos de cosas desagradables, porque hoy es dia de grande alegría

—Tiene razon.

—Dice bien.

—Hoy es dia de alegría.

Gritaron varias voces.

—Por lo tanto, propongo al caballero que nos acompañe, á fin de celebrar las bodas de Curro Rendones y de Paca Melindres, bodas que, como

todo el mundo sabe, fueron interrumpidas por el secuestro de su merced.

—Acepto,—dijo sir James.

—Todos estamos reunidos,—prosiguió el tio Trifulcas.

Curro montará á caballo, é irá á Sevilla en busca de su mujer y de las demás amigas que habian asistido al casamiento.

¿Le parece eso bien á su merced?

—Muy bien.

—Las guitarras volverán á sonar, habrá canto y baile, y la manzanilla correrá de nuevo.

Cerca de aquí está la quinta de los Rosales.

El dueño de la quinta es un noble caballero, íntimo amigo mio, y nos cederá su casa.

Pero, ¿qué te sucede, Andrés?.

Esta pregunta iba dirigida á Andrés *el Cortijero*, que acababa de prorumpir en dolorosas exclamaciones.

Andrés miraba fijamente hácia un punto determinado, y tendia los brazos hácia él con trájico ademan.

Todos dirigieron la vista hácia aquel sitio, y vieron...

Pero antes de proseguir, diremos que el diálogo anterior tenia lugar á no poca distancia del cortijo de Andrés, y al pié de una colina cubierta de olivos.

Allí habian hecho alto algunos momentos antes, sir James, el dueño del cortijo y todos los que tan denodadamente se habian reunido para poner en libertad al prisionero.

Dicho esto, prosigamos.

*
* *

El punto hácia donde miraba Andrés, empezaba á iluminarse con un resplandor rojizo, muy semejante á una aurora boreal.

—¿Y eso te acongoja?...—preguntó el tio Trifulcas despues de haber dirigido la vista como todos los demás hácia aquel punto —Tranquilízate, muchacho: eso, segun dicen, es un meteoro ó *meteplata* muy inofensivo.

Si no fueras ignorante sabrias que ese resplandor procede de *una aurora nocturna*.

Andrés *el Cortijero* movió de un lado á otro la cabeza.

El tio Trifulcas continuó:

—En mis mocedades (lo recuerdo bien), hubo otra aurora mucho más grande que esa, y los mentecatos como tú se atemorizaron tanto, que Sevilla parecia un mar de lágrimas.

Abrieron las iglesias y la gente acudió á ellas confesando en alta voz sus faltas.

Yo estaba tranquilo como lo estoy en este

momento, porque sabia que *la cosa* no tenia malicia alguna.

En efecto, *la aurora nocturna* se fué por donde habia venido, y no sucedió nada malo.

—¡Eso no es una aurora!—gimió Andrés *el Cortijero*.

—¿Pues qué demonios es entonces, espíritu cobarde?

—¡Mi pobre cortijo que está ardiendo por los cuatro costados.

—¡Ah! ¡Bien pudiera suceder!...

—¡Sí, tio Trifulcas! ¡Por no haber querido guardar á este señor inglés, los bribones han incendiado mi casa!

¡Ay! ¡he quedado más pobre que las ratas!...

¡Bien se vengan los malditos!

—No se desconsuele usted,—dijo sir James, compadecido de Andrés *el Cortijero*.

—¡Hé ahí,—añadió sentenciosamente el tio Trifulcas,—lo que trae consigo la amistad con los pícaros! ¡Desgraciado de aquel que á ellos se une!...

CAPÍTULO XVII

Cuatro mil libras esterlinas.—Un diálogo interrumpido en su parte más interesante.

El compungido Andrés no apartaba sus ojos del resplandor del incendio.

—No se desconsuele usted,—repitió sir James. —Por mi causa ha tenido lugar ese desastre, y deber mio es reparar el daño causado.

Yo le daré á usted cuatro mil libras, y si esto no fuere bastante, yo le daré á usted más.

—¡Cuatro mil *libras*!...—pensó el tio Trifulcas.—Si son de carne, hace Andrés un bonito negocio, porque su cortijo estaba cayéndose de viejo, y no valia arriba de tres pesetas.

Siempre he dicho, y nadie me apea de mi burro, que todos los pícaros tienen mucha fortuna.

La promesa de las cuatro mil libras no pareció hacer impresion alguna en el ánimo de Andrés.

El dueño del cortijo incendiado miró á sir James distraidamente, en tanto que desgarraban su pecho tristes y amargos suspiros.

Quizá conoció sir James que Andrés no le habia comprendido bien, porque añadió recalcando mucho las palabras:

—Cuatro mil libras esterlinas, son veinte mil duros.

—¡Demonio! ¡demonio!—gritó el tio Trifulcas dando un salto.—¡Veinte mil duros!

—¿Es verdad eso, señor?...—preguntó Andrés con voz balbuciente.

—Yo no miento: al llegar á Sevilla, recibirá usted veinte mil duros en oro.

—¡En oro!

—Yo mismo contaré las monedas;—añadió Timoteo alegremente.

—Entonces,—preguntó Andrés,—¿quiere decir que soy un potentado?...

¡Veinte mil duros! ¡Veinte talegas!...

¡Con esa suma, soy capaz de hacer bailar al mundo!

¡Bendita sea la hora en que me pasé *con armas y bagajes*, al bando de usted, tio Trifulcas!

Sin tan juiciosa determinacion, toda la vida hubiera sido un *forra-gaitas*, espuesto de contínuo á caer en manos de algun *endereza entuertos*, ó llámese juez.

¡Cien años viva yo, otros tantos el tio Trifulcas, y ciento y uno el señor inglés, caballero generoso que ha venido á salvarme de la ruina!

—¡Gracias!—dijo sir James.

—¡Gracias!—repitió el tio Trifulcas con cómica gravedad.

*
* *

Pusiéronse todos en camino para la quinta de los Rosales, lugar indicado por el tio Trifulcas, para acabar de celebrar la boda de Paca Melindres y Curro Rendones.

La noche estaba deliciosa, aun cuando muy oscura.

Es la campiña de Sevilla el lugar en donde afirman muchos andaluces que estuvo situado *el Paraiso terrenal*.

No diremos que sí ni que no: pero lo que

sí diremos es que la tal campiña es encantadora.

* * *

Habia montado á caballo sir James y servia de caballero á Rosa *la Pálida*, que tambien caminaba *sobre piés agenos*, conforme ella decia.

Deseaba el inglés entablar conversacion con la bella andaluza.

Lo deseaba con toda su alma, pero no sabia como empezar el diálogo.

En un hombre tímido, en un jovenzuelo poco acostumbrado al trato social, esto es muy disculpable; pero en un hombre de mundo, la timidez con las mujeres no tiene más disculpa que el amor.

En efecto, sir James se habia enamorado.

Ni él mismo se daba cuenta de ello, y sin embargo, amaba á Rosa con todas las fuerzas de su corazon; vírgen de verdaderos amores.

Por la primera vez de su vida, experimentaba ese sentimiento universal tan dulce para unos, tan amargo para los que nacen bajo el influjo de una menguada y contraria estrella.

Rosa habia adivinado que no le era indiferente al caballero inglés, y aun cuando la jóven no tenia nada de ambiciosa, se regocijaba sin embargo, al ver el efecto que su hermosura ha-

bia causado en el ánimo del opulento sir James.

Creemos haberlo dicho ya, y si no lo hemos dicho, lo decimos ahora, que el caballero tenia una arrogante figura; una figura simpática.

Pocas mujeres, aun cuando no lo demuestran, dejan de agradecer el amor que inspiran, máxime si este amor es sincero, profundo, respetuoso.

Comparaba Rosa á sir James, con los hombres á cuyo trato estaba acostumbrada, y la comparacion resultaba en favor del noble inglés. A Rosa le agradaban los hombres de maneras distinguidas, elegantes.

*
* *

Hemos hecho hace algun tiempo una observacion, y es que á las andaluzas, generalmente hablando, le agradan poco los hombres de su país.

No sabremos decir en qué consiste esto, pero el hecho existe; es innegable. Díganlo sino, las bellas y graciosas hijas de la tierra de María Santísima.

*
* *

Silencioso caminaba sir James al lado de la encantadora jóven.

Esta no estaba dispuesta á romper el silencio, y para distraerse, sin duda, cantaba á media voz un aire melancólico y dulce, como lo son casi todos los aires de la inolvidable Andalucía.

Sir James estaba embelesado, y cuando la jóven dejó de cantar, exclamó con acento conmovido.

—¡Oh! ¡qué dulce cancion!

—Pues no tiene *azúcar, ni miel*;—replicó Rosa.

—¡Si tal, señorita!—replicó el inglés.—¡Tienen la miel que destilan los lábios de usted!...

Tales palabras, aun cuando pertenecen á una galantería bastante vulgar, son casi siempre favorablemente acogidas por las mujeres.

Rosa, como todas las hijas de Eva, gustaba de las frases lisonjeras.

Encontró encantadoras y de buen gusto las palabras del inglés, y contestó á ellas con una inclinacion de cabeza, y con un ¡*gracias*! pronunciado con voz pura y armoniosa.

* * *

—Quizá me tache usted de indiscreto,—prosiguió sir James despues de algunos momentos más de silencio,—pero deseo saber...

—¿Por qué se detiene usted?... ¿Qué es lo que desea usted saber?

—Deseo saber si el corazon de usted está libre; si yá no tiene retratada en él la imágen de algun hombre.

—No por cierto: mi corazon no tiene ninguna *fotografía*, y está perfectamente tranquilo.

—¡Respiro!

—¡Pobre de usted si no respirase, caballero! ¡Entonces estaria usted muerto!

—Doy entero crédito á sus palabras, y sin embargo, me parece imposible que usted no ame, que...

—¡Pues no he de amar!...

—¡Ah!

—Amo á mi padre, amo á la alegría, amo á las flores, y no me disgusta un lindo traje.

—¿Y á nadie más ama usted?

—¿Y á quién quiere usted que ame?... ¡Ah! ¡sí! Amo tambien á mis amigos.

—¡Bendita sea usted, señorita!

—Gracias.

—¡Bendita sea usted, porque acaba de hacer que nazca en mi pecho una esperanza consoladora, una esperanza de felicidad! . . . . .

. . . .

Si la lobreguez de la noche lo hubiera permitido, sir James hubiera visto que el rostro de

Rosa resplandecia con una hechicera sonrisa.

No diremos, porque esto no era verdad, que Rosa amase á sir James: pero sí que estaba predispuesta á amarle, á entregarle su corazon.

Desde que la jóven andaluza habia visto al inglés, habia experimentado por él una secreta simpatía.

Rosa habia de amar á sir James con toda la ternura de su corazon, con todas las fuerzas de su alma.

Pero no adelantemos los sucesos, por que no es necesario.

*
* *

—Quisiera saber,—preguntó á su vez la hija del tio Trifulcas,—por qué razon es usted feliz, sabiendo que yo no tengo amores. Me gusta abordar de frente las cuestiones, y no andar con rodeos.

No esperaba sir James semejante pregunta, y por lo tanto tardó algun tiempo en responder á ella.

—¿Ha enmudecido usted, caballero?—interrogó de nuevo la jóven.

—Ya que le agrada á usted la franqueza,—respondió sir James haciendo un poderoso es-

fuerzo sobre sí mismo,—voy á decir á usted por qué soy feliz, desde que sé que su corazon está enteramente libre.

Pocas palabras bastarán para esplicar mi pensamiento...

¡Soy feliz, porque la amo á usted!

—¿Se burla usted de mí, caballero?

—¡Dios me libre de ello!... ¿Cómo habia de burlarme yo de un ángel, de mi amable libertadora?...

¡Jamás mis lábios se han manchado con una mentira!

¡La mentira envilece!

¡Repito que amo á usted, como no he amado nunca, como ya no volveré á amar!

—Es necesario que usted tenga en cuenta,—dijo Rosa con una gravedad poco comun en ella,—que soy una mujer honrada.

—Lo creo,—afirmó sir Jamés:—sin esa circunstancia, no existiria mi amor hácia usted.

La mujer que ha de llevar mi nombre, la que ha de ser la compañera de toda mi vida, necesariamente ha de ser honrada.

—Pero, ¿habla usted formalmente?

—No me gusta malgastar el tiempo en palabras inútiles.

Ya que hemos entablado esta conversacion, necesito llevarla á feliz término.

Sentia por usted una viva impresion, pero mi amor dormia escondido en el fondo de mi alma.

El amor despierta al cabo, y despierta poderoso, grande, ardiente.

Usted puede labrar la felicidad de mi vida.

Soy rico, y llevo un nombre sin tacha: nombre y riquezas, los deposito á sus piés.

Encomiéndeme usted el cuidado de labrar su felicidad, autoríceme usted para ello, y antes de que luzca el sol del nuevo dia, pediré á su padre que me conceda la mano de usted.

—Mi padre,—dijo Rosa,—dirá que la peticion le honra mucho, pero no podrá por ménos de hacer una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Una muy sencilla, esta:

¿Qué derechos tiene sobre usted la señora que hemos visto todos entre los bandidos que le habian secuestrado?...

¿Esa mujer, es ó ha sido la amada de usted?

—Yo contestaré siempre,—respondió sir James sin vacilar,—lo que voy á decir en este momento...

¡Ningun derecho tiene sobre mí esa mujer, jamás ha sido mi amada!

Oigame usted con atencion, y sabrá la historia de esa infame.

Pronunciadas estas palabras, sir James refirió lo que saben ya nuestros lectores respecto á mis Elena.

Las exclamaciones de Rosa *la Pálida* interrumpieron al inglés más de una vez.

Sir James terminó su relato, con estas palabras, pronunciadas con el acento de la verdad:

—Dígame usted ahora si yo pude haber amado nunca á una mujer que está manchada con un crímen horrendo.

La detesto y la he mirado siempre con invencible aversion.

Me persigue sin tréguas, quizá porque yo huyo de ella, como pudiera huir del mismo diablo.

Al entrar en Sevilla, creí que le habia hecho perder la pista.

Me he convencido de lo contrario.

Es una mujer terrible, y *por huir de ella* me he enamorado de usted.

No estoy pesaroso, antes al contrario, doy gracias al cielo por que mi amor es la felicidad de mi corazon.

*
* *

Pensativa y silenciosa se quedó la hija del tio Trifulcas, despues que sir James hubo pronunciado las anteriores palabras.

Si la peticion del inglés hubiera sido mal acogida, Rosa no hubiera reflexionado.

Quizá en aquel momento la preciosa jóven hubiera pronunciado el *sí* que sir James apetecia, pero la voz del tio Trifulcas puso término á la conversacion de nuestros jóvenes.



El tio Trifulcas, que tambien iba á caballo, adelantó este hasta ponerlo cerca del que montaba el inglés, y señalando hácia un gran caseron que habia á la izquierda del camino, caseron medio escondido entre las ramas de una espesa arboleda, gritó alegremente:

—¡Alto la ronda!

Ya hemos dado vista á la quinta de los Rosales, y voy á adelantar á todos ustedes para prevenir á su dueño, que es amigo mio, como he dicho ya, de nuestra llegada.

¡Buena *nube* le va á caer encima al pobre señor!...

Vuelvo inmediatamente.

Dijo, y aplicando las espueslas á su caballo, encaminó éste á la quinta de los Rosales.

CAPITULO XVIII

El almuerzo.

Un cuarto de hora, ó poco ménos, tardó en volver á reunirse á los suyos el buen tio Trifulcas.

Volvia acompañado de un caballero ya entrado en años y de fisonomía simpática y distinguida.

—El señor don Baltasar de Rocamonte,—dijo presentando al caballero.

—Sean ustedes bien venidos á mi casa,—añadió don Baltasar con la esquisita finura del hombre del gran mundo.

Contestó sir James al saludo y echó pié á

tierra, dando despues la mano á Rosa, que saltó lijeramente de su caballo.

*
* *

Don Baltasar, á quien el tio Trifulcas habia enterado en pocas palabras de la aventura de que habia sido el héroe sir James, dió á éste la enhorabuena por haberse librado de los secuestradores.

—Es una verdadera calamidad,—añadió despues,—calamidad que pesa sobre la infeliz Andalucía, lo mismo que pesaron sobre el antiguo Egipto las célebres siete plagas.

Yo no temo á los bandidos porque soy pobre.

Por esta circunstancia quizá, me permiten continuar tranquilo en mi casa.

Si fuera rico ya hubieran atentado más de una vez á mi libertad.

*
* *

Encamináronse todos á la quinta, precedidos por don Baltasar.

La posesion de éste era una vieja y antigua casa, un semi-castillo, sobre cuyo porton no faltaba un enorme escudo de piedra berroqueña.

Los años habian estampado su sello indeleble sobre el edificio, ennegreciendo sus piedras y agrietando sus paredones.

A pesar de esto, *La quinta de los rosales*, llamada así porque don Baltasar era muy aficionado á las rosas y cultivaba crecido número de tan hermosas flores, no tenia nada de severo.

Su aspecto encantaba la vista y regocijaba el ánimo.

*
* *

Tenia la casa un gran salon en el piso bajo, y los libertadores de sir James se posesionaron de él.

Antes de entrar, el inglés habia pronunciado en voz baja algunas palabras al oido de su criado: Timoteo Robles salió sin despedirse de nadie, montó á caballo y partió á escape para Sevilla.

*
* *

—Siento mucho,—dijo don Baltasar de Rocamonte,—que mi casa no reuna comodidades bastantes. Han de dispensarme ustedes si...

—Señor don Baltasar,—repuso el tio Triful-

cas interrumpiendo al caballero:—el que ha de dispensar ha de ser usted, por mi atrevimiento en haber llamado á su puerta en hora tan intempestiva, acompañado de tan gran número de personas.

Ni áun la antigua amistad conque usted me honra puede disculpar mi atrevimiento; me reconozco culpable.

—No se hable más de ello,—añadió don Baltasar.—Ha hecho usted perfectamente.

En aquel momento, uno de los criados de la casa entró en el salon llevando una gran bandeja llena de dulces y una canastilla que contenia seis botellas de vino de Sanlúcar.

—Sírvanse ustedes,—dijo el señor de Rocamonte,—aceptar este pequeño refrigerio, íntcrin no mando preparar algo más nutritivo.

Y con el desembarazo que dá el frecuente trato de gentes, y ayudado por su criado, empezó á servir a sus huéspedes.

No creemos necesario decir que no escasearon los brindis, y que una franca y cordial alegría animó aquella reunion improvisada.

Las horas trascurrieron rápidamente, y ya empezaba á alborear el dia, cuando se sintió á lo lejos el ruido de un carruaje que se iba aproximando velozmente.

El carruaje hizo alto á la puerta de la quinta.

—¿Quien será?...—preguntó en alta voz don Baltasar, cual si hablara consigo mismo.

La respuesta se la dió el ayuda de cámara de sir James, que entró en el salon seguido de tres camareros del gran hotel de Inglaterra.

Lo mismo Timoteo que los tres camareros, iban materialmente cargados de canastas que contenian un abundante y expléndido almuerzo: el dinero obra milagros, y Timoteo, por encargo de su señor, habia hecho preparar en pocas horas un almuerzo esquisito para más de treinta personas.

Sir James pidió perdon á don Baltasar por su atrevimiento en haber enviado á Sevilla por municiones de boca, y el dueño de la quinta dijo:

—Ha hecho usted muy bien: grande es mi voluntad, peró mi escasez de recursos y la poca maña que se hubiera dado mi cocinero, no hubieran conseguido más que un almuerzo ménos que mediano. Siempre he sido de los que creen que no se debe mortificar al cuerpo, cuando la mortificacion no redunda en beneficio del prójimo.

*
* *

Estendieron los manteles, y al ver los apeti-

tosos manjares que los camareros colocaban sobre ellos, la alegría fué general.

Dieron principio al almuerzo en el momento en que un dorado rayo de sol empezó á alumbrar el salon.

Timoteo Robles servia á su amo, y éste á su vez servia á Rosa, que hacia honor al almuerzo.

Sobre la general alegría, sobre las voces más ó ménos armoniosas de los comensales, sobresalian la alegría y la voz del tio Trifulcas, que comia más que siete y hablaba hasta por los codos.

Don Baltasar de Rocamonte, á ruegos del tio Trifulcas, se habia sentado á la mesa y presidia aquella fiesta matinal y culinaria.

Para sazonar los manjares más groseros, no hay nada mejor que la alegría y un buen apetito. Júzguese lo que sucederia tratándose de viandas perfectamente condimentadas, salidas de manos de los inteligentes cocineros del gran hotel: los platos desaparecian, ó mejor dicho el contenido de los platos, y todos confesaban en alta voz que jamás habian disfrutado de un almuerzo tan excelente.

Timoteo Robles, á quien su señor felicitó por su prontitud y por el buen desempeño de la comision que le habia dado, estaba radiante de gozo: el buen ayuda de cámara habia hecho la

lista de los platos, y al escuchar las felicitaciones de su amo, no cabia en sí de gozo.

—Siéntate,—ordenó sir James,—y participa de tan suculentas viandas.

—¿En presencia de usted, señor?

—Siéntate, repito.

—Sé mi obligacion,—dijo Timoteo,—y sé tambien que no debo abusar de las bondades que se me dispensan.

Dicho esto puso una polla asada en un plato, echó mano á un panecillo y á una botella de vino de Burdeos, de la acreditada marca de *Chateau Laffitte* y fué á devorar su almuerzo en un rincon de la sala.

*
* *

No habia olvidado Timoteo el espumoso *Champagne*, y tan luego como el preciado vino rebosó en las copas, todos, excepto don Baltasar de Rocamonte, bebieron del preciado vino.

—Señor don Baltasar,—preguntó el tio Trifulcas:—¿no es usted aficionado al *nectar*?

Movió de un lado á otro la cabeza el interrogado, y rechazando la copa que le ofrecia el padre de Rosa, respondió:

—¡Aborrezco ese vino!

—¡Es extraño! Tiene un sabor esquisito y casi

me gusta tanto como la manzanilla. ¡Es un gran vino!

—No lo niego; pero lo detesto porque me recuerda un hecho espantoso.

Estas palabras excitaron la general curiosidad, y ya se disponia don Baltasar á referir el suceso que le habia hecho mirar con horror el *Champagne*, cuando Curro Rendones llegó con su mujer y cinco jóvenes más de las que habian asistido á su boda.

—¡Por vida del chápiro verde!...—exclamó el tio Trifulcas.—¿Pues no nos hemos olvidado de que Curro iba en busca de *su costilla* y de sus buenas amigas?...

Por fortuna,—añadió,—el almuerzo era abundantísimo y aún hay aquí vituallas para que almuercen veinte personas más.

Al *avío*, pues, y no hacerse de rogar.

No se hicieron de rogar los recien llegados, y *acometieron valerosamente* las sobras del almuerzo.

Instado de nuevo don Baltasar de Rocamonte, para que digese el motivo por qué no bebia el Champagne, refirió lo que diremos en las siguientes páginas.

CAPÍTULO XIX

La ciudad del juego.—El número dos y el hombre de piedra.

—Sepan ustedes,—dijo don Baltasar,—que durante mi juventud era muy aficionado á los viajes. Entonces era rico y tenia una sangre muy inquieta, que no me permitia permanecer mucho tiempo en un mismo punto.

Con pocos años, con mucho dinero, y dueño enteramente de mis acciones, recorria la Europa, satisfaciendo mi infatigable sed de novedades.

Si hubiese estudiado las costumbres, si mis viajes hubieran sido provechosos para mi espíritu, hoy aplaudiria aquel inquieto afan que me obligaba á pasar como un torbellino por las ca-

pitales más famosas del mundo; pero me arrastraba más el placer (lo confieso), que el deseo de estudiar las costnmbres de los pueblos que recorria.

Habia oido hablar mucho de una ciudad sostenida por el juego; de Baden-Baden, á la cual durante el verano suelen acudir jugadores de todas las partes del mundo.

El verano empezaba, y desde París me trasladé á Baden-Baden.

*
* *

Desde los primeros momentos de mi llegada, me causó asombro lo que allí ví. Los grandes viciosos del mundo, los grandes jugadores, las grandes meretrices y los grandes de la tierra; hasta príncipes soberanos, se habian reunido en Baden-Baden.

Baden-Baden es una pequeña y linda ciudad; una ciudad que parece edificada para el placer y para que se disfruten en ella de todas las comodidades de la tierra.

Situada á corta distancia de la frontera francesa, á la entrada de la *Selva Negra* y en el fondo de un ameno valle bañado por el *Oos*, en nada se asemeja á las demás poblaciones europeas.

En la capital del *negro* y del *rojo*, fascinadores colores del rey de los juegos de azar (1), no se vé la triste vivienda del pordiosero, amigablemente confundida con el opulento palacio del magnate.

Segun la feliz expresion de un escritor francés, Ernesto Feideau, en Baden-Baden no hay más pobres que *los pobres de espíritu*.

Grandes capitalistas, especuladores riquísimos, ansiosos de aumentar su peculio, han construido en Baden-Baden palacios dignos de un rey. Hoy, aquellos palacios pertenecen á opulentos señores rusos, á caprichosos ingleses, á ricos extranjeros, en fin, que van todos los años á habitarlos, porque saben que en Baden-Baden han de encontrar á casi todas las aristocracias de la tierra.

Los baños termales de Baden-Baden, gozan de fama universal, pero no son los baños los que llevan allí á tan considerable número de personas. El vicio del juego, vicio *dorado* en aquella ciudad, es el verdadero talisman que los atrae: los baños son su pretexto.

La amable diosa que se llama *Fortuna* arruina hoy al que ha favorecido ayer, y no es extraño que se levante la tapa de los sesos el que antes nadaba en la abundancia.

(1) La ruleta.

En los salones de la *Casa de la Conversacion*, en los paseos, en los bailes, en el teatro, no se habla más que del juego.

Y, ¡qué juego el de *Baden-Baden*, Dios mio!...

¡Es un juego infernal, ruinoso, terrible!

Allí todo parecé hablar del juego: hasta los irracionales y los objetos inanimados.

El amor y las demás grandes pasiones que esclavizan al corazon humano, ceden en *Baden-Baden* su puesto á esa tremenda pasion que se llama juego.

El juego todo lo domina, todo lo avasalla, todo lo corrompe, en la criminal ciudad del *punto*, del *pasa* ó *falta*, del *negro* y el *colorado*, del *caballo*, del *pleno*, etc., etc.

¡De cuántos crímenes abominables, de cuántas deshonras se ha hecho culpable Baden-Baden!

¡Ciudad maldita habitada por todas las cohortes del infierno!

*
* *

Imperfectamente he descrito á ustedes á Baden-Baden.

Terminaré mi descripcion diciendo que el enamorado habla allí á su amada, no de sus al-

hagüeñas esperanzas, de sus gratas ilusiones, sino de la emocion terrible que proporciona el juego. Las palpitantes alteraciones de perder ó de ganar, las ruinas irreparables, los suicidios, las veces que este ó el otro sugeto *han hecho saltar la banca*, son el objeto de todos los diálogos.

—¡Verdad es! — afirmó sir James. — ¡Yo he estado tambien en *Baden-Baden*, y he tenido ocasion de observar eso mismo!

Por buena providencia, creo que esa ciudad debiera ser reducida á escombros.

—¡Tiene usted razon! —exclamó don Baltasar.—¡Hoy no me veria reducido á los míseros restos de una cuantiosa fortuna, si *Baden-Baden* no hubiera existido!

Pero, ¡cómo ha de ser!

¡Me he conformado ya hace mucho tiempo con mi suerte, y demasiado benigno ha sido el cielo conmigo, cuando despues de una juventud tempestuosa y llena de vicios, me ha dejado lo suficiente para poder atender á las necesidades de la vida!

Prosigo mi relato...

*
* *

Al siguiente dia de mi llegada, ya habia he-

cho conocimiento con un caballero francés, llamado Ernesto de Brenonville.

Mr. Ernesto era un jóven de mi misma edad (yo tenia entonces veintiocho años). A una fisonomía simpática y distinguida, unia una instruccion nada vulgar.

El juego, y nada más que el juego, le llevaba á Baden-Baden.

Enamorado ciegamente de una jóven de la aristocracia de su país, su modesta fortuna se oponia á la felicidad con que habia soñado. El padre de su amada era opulento; casi pobre Ernesto, y éste no tenia esperanzas de obtener la mano de la que queria más que á su propia vida, á menos que la fortuna le fuese favorable.

Oyó hablar de Baden-Baden, supo que allí, siendo la suerte propicia, se podian obtener sumas fabulosas en pocos momentos, y seguro del amor del dueño de sus pensamientos, redujo á metálico su patrimonio, y partió.

Se me habia olvidado decir á ustedes que Ernesto era huérfano de padre y madre.

*
* *

Cuatro dias hacia que el señor de Brenonville, habia llegado á Baden-Baden.

Durante este tiempo habia jugado con timidez, temeroso de arruinarse.

¡El infeliz no pertenecia á esa clase de hombres impasibles que afrontan con serenidad las emociones terribles del juego.

Este habia favorecido al jóven, el cual, al confesarme su pasion, habia añadido:

—¡Si hubiera sido un hombre resuelto, si algo que hay en mí no me lo hubiese impedido, seria á estas horas dueño de una considerable fortuna, y con ella dueño tambien de la que amo!

¡Es necesario que domine el temblor que se apodera de mí al acercarme al tapete verde, que domine los latidos de mi corazon, para dominar despues el juego!

¡Quien sabe! ¡No supe aprovechar la fortuna, y esta voluble señora quizá me haya vuelto ya la espalda.

Animé al enamorado francés á que prosiguiese en su empresa, y aquel mismo dia, provisto cada cual de una fuerte suma, nos trasladamos á la casa de juego.

Habia gran animacion en la sala de la ruleta: un caballero escocés, alto, patilludo, y grave como un juez, habia fijado la atencion general, merced á lo considerable de sus puestas.

Nos colocamos frente al impasible jugador, que continuaba sin observar que todas las mi-

radas estaban fijas en él, ó importándosele muy poco semejante circunstancia.

Acababa de colocar un puñado de billetes de banco sobre el número diez y siete (lo recuerdo perfectamente). La bola continuó rodando y cayó en la casilla número veinte: el escocés habia perdido.

Un compatriota nuestro pronunció en voz baja y en idioma español, estas palabras al lado mio:

—Ese hombre lleva perdido, segun mis cálculos, un millon de francos lo ménos.

*
* *

El escocés sacó de su bolsillo interior de la levita una abultada cartera, y de esta un crecido número de billetes de banco, que colocó frente á sí.

Tomó de ellos una gran porcion, y sin contarlos, los puso á los impares.

De nuevo le fué contraria la suerte, pero en su rostro impasible no se echó de ver la más leve sensacion: no se habia contraido ningun músculo de aquel rostro.

Yo estaba asombrado.

La bola rodaba ya y estaba á punto de parar, cuando puso todo lo que le restaba, excepto un

billete, que sin duda por inadvertencia dejó frente á sí, al color negro.

Debia tener aquel hombre una suerte fatal, una suerte, que entonces tambien le fué contraria, pues la bola marcó el color encarnado; habia perdido una vez más.

Iba á levantarse, cuando vió el billete que habia quedado frente á él.

Hizo con el billete una bola y lo lanzó con desprecio sobre la mesa: despues apoyó sobre esta el codo, la mejilla en la palma de la mano, y fijó sus miradas en los números de la ruleta. El billete habia caido sobre el número dos.

—Bien está,—dijo en francés.

Un momento despues, uno de los dos banqueros decia con voz gangosa:

—*Dos, encarnado, pares;* hay un *pleno*.

El escocés habia hecho *pleno*; habia ganado una suma considerable, pero mucho más corta que la que llevaba perdida.

Aquel hombre impasible, continuaba en la misma postura, sin hacer el más leve movimiento, sin pestañear siquiera.

Los billetes y el oro que el banquero habia amontonado sobre el número dos, y que constituian la ganancia del escocés, permanecian allí: esto queria decir que el jugador queria arriesgarlos á una nueva jugada. Si como suele

acontecer, se repetia el número, *saltaria la banca.*

*
* *

El interés general, estaba cada vez más excitado, y las simpatias de los jugadores se inclinaban en favor del hombre que habia perdido, sin conmoverse, una verdadera fortuna; que habia ganado, sin demostrar alegría, otra fortuna que podia constituir la felicidad de muchas familias modestas.

Continuó el juego, y por una casualidad se repitió el número dos.

Los banqueros se miraron el uno al otro, y palidecieron.

Un murmullo de asombro circuló por entre los espectadores, de aquella especie de duelo á muerte, entre un jugador intrépido, y *la banca* más considerable del mundo. (1)

*
* *

Para todos aquellos que conozcan el juego de la ruleta, ese abominable juego que causó la

---

(1) La compañía que establecia el juego en *Badén-Baden* depositaba una cantidad de muchos millones de francos.

ruina de tantas y tantas familias, no será extraño lo que estoy refiriendo á ustedes.

Lo que era extraño, lo que causó una profunda admiracion, fué la tenaz inmovilidad del escocés: continuaba con la mejilla apoyada en la palma de la mano, y el codo como clavado en la mesa.

*
* *

Los banqueros habian amontonado sobre el número dos gran número de paquetes de billetes de Banco, y enormes rollos de luises de oro. Aquella suma era siete veces más, que la que el escocés habia perdido.

No se movió aquel hombre, no recogió su dinero.

Los banqueros suspendieron el juego.

Si continuaba este, si por una casualidad fatal para la banca, se repetia de nuevo el número dos entonces no habria en todo *Baden-Baden* bastante dinero para pagar *al hombre de piedra*, como los espectadores habian dado en llamar al escocés.

*
* *

—Caballero,—dijo uno de los banqueros, ha-

blando con aquel sér intrépido.—Usted me perdonará que le advierta, que la banca no puede responder; que no podria pagar aun cuando quisiera, un tercer pleno de una cantidad tan considerable como la que acabamos de satisfacer á usted.

Recoja usted por lo tanto su dinero, y prosigamos el juego.

—¡Tiene razon!—exclamaron algunas voces.

*
* *

Tampoco entoces hizo el escocés movimiento alguno: su inmovilidad era completa.

Sin sus ojos extraordinariamente abiertos, y de una fijeza inusitada, se hubiera creido que aquel hombre se habia quedado dormido.

Un silencio que nada turbaba, siguió á las palabras del banquero, y á las esclamaciones de aprobacion con que fueron acogidas sus frases.

Al lado del escocés, estaba sentado un jóven de rostro afeminado, y alegre mirada.

El jóven movió bruscamente al jugador impasible, y entonces éste cayó de bruces sobre la mesa, aplomado, con pesadez, cual masa inanimada.

*
* *

Era bastante extraño lo que estaba suce-

diendo, y comprendiéndolo así un médico que allí habia, se acercó al escocés, le tomó el pulso, le levantó la cabeza, y despues de una corta observacion, exclamó con voz lúgubre, que resonó de un modo fatídico en el salon de la ruleta:

—¡Este hombre, acaba de morir de un aneurisma!. . . . .
. . . .

CAPITULO XX

Suceso espeluznante, que refiere don Baltasar de Rocamonte.

—Dígame usted, señor don Baltasar,—preguntó el tio Trifulcas.—¿Qué es una *neurisma?*

—Una *neurisma*, ó *aneurisma*,—respondió don Baltasar es una especie de tumor formado por la dilatacion de una arteria, en un punto cualquiera de su extension, por la rotura de una ó dos de sus túnicas ó de todas ellas.

Llámase *aneurisma esterno*, cuando existe en la superficie de algunas de las principales cavidades del cuerpo, *interno*, cuando ocupa lo interior de alguna cavidad; *verdadero*, cuando hay simple dilatacion del vaso arterial y *falso*,

cuando el vaso á que afecta está roto, desgarrado ó dividido.

En fin, una *neurisma*, es una enfermedad terrible, espantosa, que mata rápidamente como el rayo, que no da tiempo para exhalar un suspiro, ni lanzar una queja, ni hacer el menor de los estremecimientos que preceden al no sér, en el momento en que el hombre lucha con la muerte.

—¡Dios nos asista, y nos libre de tan horrorosa enfermedad!

—¡Amen!

—¿Quiere usted hacer el favor de proseguir, señor don Baltasar?

—Con mucho gusto,—respondió éste.—Prosigo, pues...

El hombre de piedra, ya cadáver frio, fué depositado en un pequeño aposento cercano al salon de juego. En uno de los bolsillos de la levita del desventurado escocés, se encontró una carta y dentro de ella un billete de banco de cuatro mil francos.

La carta, estaba concebida en estos términos:

«Soy solo en el mundo, decia. He sido muy »desgraciado, y nada espero ya en esta vida. »Solo el juego me proporciona alguna emocion. »Juego, para distraerme, para olvidar... Preveo

»que voy á perder los restos de mi fortuna, que »era inmensa, y por si sucede esto, que sí suce- »derá, destino los adjuntos cuatro mil francos, »para los gastos de mi entierro.

»Prohibo que mutilen mi cadáver, á pretexto »de la autopsia.

»¡Cuando haya perdido todo lo que me resta, »pondré fin á mi existencia!...

»¡Que me perdone Dios, así como yo perdono »á los que han sido ingratos para conmigo, á »los que han destrozado mi corazon.

»¡Creo en un Dios justo y misericordioso!

»¡Que el Señor reciba mi alma!...

»Profeso la religion católica, apostólica, ro- »mana.

Sir Strangfort.»

*
* *

Tan extraordinario y lamentable suceso, produjo en Baden-Baden una gran sensacion.

¿Por qué el pobre sir Strangfort, estaba tan desesperado?

¿Qué acontecimientos, qué cúmulo de penas habian arrancado de su alma la esperanza y el consuelo?

Esto fué un misterio para todo el mundo, escepto quizá para el representante de Inglaterra,

que despues de haberse hecho cargo del cadáver, dijo que sir Strangfort era el último individuo de una noble y poderosa familia que se extinguia en él.

No se juzgó en Baden-Baden, durante el resto de aquel dia: era necesario respetar la memoria del escocés. Al dia siguiente, ya nadie se acordaba de sir Strangfort. ¡El mundo es egoista, y olvida con facilidad á los desventurados!...

* * *

Mr. Ernesto de Brenonville, y yo volviamos al salon de juego.

Este se hallaba más animado que nunca: sin duda los jugadores querian desquitarse de la corta tregua del dia anterior y los banqueros tambien.

Ernesto de Brenonville, animado con el funesto ejemplo que yo le daba, jugaba fuerte.

Pero, ¡ay! ¡Mi infortunado amigo, habia dicho bien al pensar que la fortuna le habia vuelto la espalda! ¡Cuánto más fuerte jugaba, más perdia!...

Es una necedad, una locura más bien, querer vencer á la fortuna.

Cuando esa buena señora nos abruma con sus desdenes, lo mejor que el hombre puede ha-

cer, es dejar que pase la tormenta que zumba sobre su cabeza.

En una sola *sesion*, como dicen los jugadores, Ernesto de Brenonville perdió todo cuanto habia ganado, y lo que era más lamentable todavía, perdió tambien su modesta fortuna.

Me causaba lástima ver su rostro horriblemente descompuesto por el dolor. Estaba pálido, tenia los ojos muy abiertos, y trémulos los lábios.

Puse mi bolsillo á su disposicion, y aceptó mi ofrecimiento. Continuó jugando y la suerte tambien continuó siéndole adversa.

Al cabo, mirándome con ojos desencajados, me dijo estas palabras que nunca olvidaré:

—¡Todo ha terminado ya!... ¡Marchemos!...

Insistí en que continuase jugando, pero con gesto imperioso, repitió:

—¡Marchemos!...

*
* *

Seguí sus pasos, hasta la casa en donde se aposentaba, que era el Hotel del Universo: yo tambien vivia allí.

De repente, el señor de Brenonville, pareció tranquilizarse.

Sus miradas no fueron ya vagas y casi fero-

ces, su frente se despejó, y una sonrisa melancólica, pero apacible, vagó por sus lábios.

Tendióme una mano que yo estreché entre las mias, y me dijo:

—Es necesario renunciar á Julia.

Este era el nombre de su amada.

Parecia haber tomado su determinacion, y parecia tambien que està era irrevocable.

Llegada que fué la hora de comer, nos sentamos á la mesa.

Brenonville estaba colocado frente á mí, entre dos caballeros rusos, uno de los cuales tenia una gran cicatriz que le surcaba la frente, y una condecoracion en el ojal del frac.

Ya entonces el idioma francés, era el idioma universal, y para hacernos entender nos valiamos de la lengua nacida allende los Pirineos.

Digo esto porque mi amigo sostuvo una amistosa discusion con el ruso de la cicatriz, el cual no queria convenir en la gran preponderancia que París tenia sobre todas las capitales del mundo.

¡Quién habia de creer que una tormenta espantosa rugia en el fondo del corazon de Ernesto de Brenonville.

¡Quién habia de adivinar la escena horrorosa que iba á suceder muy en breve!

¡Al recordarla, aun se me erizan los cabellos!. .

¡Desgraciado Ernesto!

*
* *

Estábamos á punto de terminar nuestra comida, cuando el señor de Brenonville se levantó de su asiento, y con una copa de *champagne* en la mano, paseó sus miradas por todos los que nos hallábamos sentados á la mesa.

Todos, y yo tambien, creimos que iba á brindar.

—Cuando uno va á emprender un largo viaje, —dijo,—suele experimentar pesadumbre por verse precisado á separarse de aquellos á quienes estima.

Yo tengo aquí personas á quienes estimo mucho,—añadió mirándome rápidamente,—y sin embargo no estoy apesadumbrado.

Esto consiste en que el viaje que voy á emprender, ha de proporcionarme una envidiable paz; una dicha...

—Detúvose sin acabar de expresar su pensamiento, y despues de haberse pasado la mano por la frente, prosiguió:

—Antes de emprender mi viaje, quiero despedirme de todos ustedes; de usted en particu-

lar, amigo mio,—añadió volviendo á mirarme con enternecimiento.—¡Adios, pues, *hasta la eternidad!*

Dijo, y sacó del bolsillo del pantalon, una pequeña pistola que tenia preparada.

Despues apuró de un solo sorbo su copa de champagne, aplicó la pistola á su sien derecha, y disparó.

Sucedió esto tan rápidamente, que nadie tuvo tiempo de evitarlo. Un grito de horror, partió de todos los lábios; grito que parecia ser el eco de la detonacion del arma de fuego, que acababa de poner fin á la vida del caballero francés.

¡Muerto, si!...

¡Habia pasado rápidamente de la vida á la muerte, tan rápidamente, que entre el ser y el no ser, solo habia mediado un pistoletazo!

*
* *

¡Tendido en tierra cuan largo era, con la frente destrozada, ensangrentado, horrible, su agonía debia haber sido de cortísima duracion.

¡Quizá no habia tenido agonia!...

—¡Caramba, con los señores jugadores!—exclamó el tio Trifulcas.—El perder mucho dinero

debe ser muy doloroso, pero más doloroso es perder la vida.

¡El dinero se puede recuperar, pero la vida no!

—¡Tiene usted razon!—prosiguió don Baltasar de Rocamonte.—¡Pero solo Dios sabe, las ideas que cruzan por la mente del desgraciado suicida, momentos antes de que atente á su existencia! ¡Quizá su razon no está cabal; quizá la vida le inspira un invencible aborrecimiento! .

. . . .

*
* *

El efecto que me produjo la muerte del señor de Brenonville, es indecible.

Cuando próximo á su cadáver, ví su rostro horriblemente mutilado, estuve á punto de caer desplomado en tierra.

Las sienes me zumbaban, turbábase mi vista, y la sangre se helaba en mis venas.

Fué preciso que me condujesen á mi aposento, y me fué necesario guardar cama durante tres dias.

*
* *

Desde entonces, veo con frecuencia la ensangrentada sombra de mi pobre amigo, y jamás bebo champagne.

¡Ay! ¡en el momento en que Brenonville disparaba la pistola, yo iba á acercar una copa de champagne á mis lábios!

¡La copa se escapó de mis manos, y se hizo pedazos!...

Soy anciano pero aun cuando llegase á vivir centenares de años, jamás olvidaria aquella escena desastrosa; la muerte del enamorado francés, víctima de una sorda desesperacion, que nadie, ni yo mismo habia podido adivinar!...

CAPITULO XXI

Dos diálogos de sumo interes y necesarios para el desenlace de esta verdadera historia.

Lo que acababa de contar el dueño de la quinta *de los Rosales*, habia producido entre sus oyentes una amarga tristeza.

Esta se esparcia por todos los semblantes, y hasta el mismo tio Trifulcas, que era la alegría personificada, participaba de ella.

Rosa, la hermosísima Rosa, habia inclinado la cabeza sobre el pecho.

—¿En qué piensa usted?—le preguntó en voz baja sir James, que estaba al lado suyo.

—Pienso,—respondió la jóven en el mismo tono,—en el pobre francés de la historia que acaba de contarnos el amigo de mi padre.

¡Cuánto no debió haber sufrido el infeliz para llegar hasta el punto de arrancarse la vida!...

¡Dios se haya compadecido de él!

—¡Tiene usted un hermoso corazon, Rosa!

Rosa dirigió una dulce mirada á sir James, y éste leyó en ella un interés muy marcado; una promesa de felicidad.

¡El inglés se creyó trasportado á los cielos!

¡Era amado, al ménos él lo pensó así, y ser amado y amar, es la dicha más grande que hay en este mundo!

—Mucho siento,—afirmó don Baltasar, que observó la impresion que su relato habia causado,—haber sido causa de la tristeza de ustedes.

—No le pese á usted, señor,—dijo Rosa,—porque las dos historias que nos ha referido, si bien son horribles tienen mucho interés.

—Falta todavía,—añadió don Baltasar,—referir un detalle que no debo dejar en olvido.

Tambien Ernesto de Brenonville, dejó escrita una carta.

Declaraba en ella serme deudor de una suma importante, y declaraba así mismo que no siéndole posible satisfacérmela, me nombraba su heredero.

Tuve que hacerme cargo de la herencia, de la cual me dió posesion el cónsul inglés. Consis-

tia en ropas riquísimas, y en algunas alhajas de valor.

Mandé vender las primeras, y distribuí su importe entre los pobres.

Las segundas, todavía las conservo.

*
* *

Muchos dias permanecí anonadado, bajo el peso de la lamentable desgracia que me privaba de un excelente amigo.

Al cabo, como nada es duradero en este mundo, mi pesar fué calmándose.

Volví á mis costumbres, entre las cuales se contaba una gran aficion á los juegos de azar.

La desgracia de los demás no me habia escarmentado.

Jugué diariamente, jugué á todas horas: en Baden-Baden, exceptuando las primeras horas de la mañana, se juega siempre.

Perdiendo unas veces, ganando otras, pero siendo más las ganancias que las pérdidas, me dí durante dos meses vida de príncipe. Tenia carruaje con dos caballos, el mejor aposento de la fonda, y disfrutaba de una mesa de Lúculo.

—Dígame usted, señor don Baltasar,—preguntó el tio Trifulcas,—y perdóneme que le interrumpa... ¿Quién es ese señor de *Lúculo*?

—Lúculo era un personaje de la antigüedad, un gran gastrónomo, que se hizo célebre por esta circunstancia.

—Quedo enterado.

—Entonces, continúo...

Al cabo sucedió lo que no podia por ménos de suceder: la suerte me fué enteramente adversa.

Dice el refran, que *de Enero á Enero el dinero es del banquero* y conmigo fué una verdad el tal refran.

No quise detenerme á tiempo en el camino de la ruina, y escribí á mis administradores pidiéndoles dinero.

Por órden mia, mis fincas fueron vendidas unas tras otras, y el producto de todas ellas pasó á aumentar los capitales de los banqueros de ruleta y del *treinta* y *cuarenta* de *Baden-Baden.*

Digo esto para vergüenza mia, como tambien que regresé pobremente á mi patria, con el corazon roido de pesares.

—Ya veo, señor don Baltasar,—dijo el tio Trifulcas,—que ha sido usted lo que se llama *un calavera.*

Sonrióse con benevolencia el señor de Rocamonte, y añadió:

—No lo niego: un calavera he sido, efectivamento, y calavera del peor género.

Desde entonces vegeto en esta quinta, milagrosamente salvada de mi total ruina, y compadezco con toda mi alma á los que son amigos del juego, que es uno de los peores vicios que pesan sobre la humanidad.

Però, basta ya de historias, y si á ustedes les parece, vamos á pasear por el jardin, que es grande y frondoso.

La proposicion fué acogida con alegría, y el jardin de la quinta de los Rosales no tardó en ser invadido por los alegres huéspedes de don Baltasar.

El tio Trifulcas y Timoteo Robles se pusieron á pasear juntos.

—Observo,—dijo el primero,—porque *yo cazo largo*, que el señor inglés se dedica á mi hija.

¿Creerá ese buen señor que Rosa es plaza *conquistable*?

—¡Mi amo es un caballero!

—No lo dudo, pero muchos caballeros he visto, que pasaban agradablemente el tiempo, dedicados á seducir muchachas honradas: las seducian, y por eso no dejaban de ser caballeros.

—Mi señor no pertenece á esa clase de hombres perjudiciales.

Tambien yo he observado que le agrada la bella Rosita, y me parece que ésta tambien gusta de mi amo.

—¡Señor calandria!...

—Toma, ¿y eso qué tiene de particular?...

Mi amo es un buen mozo, en toda la extension de la palabra, como á la vista está, y no tendria nada de extraño que la hija de usted llegase á ser esposa de sir James Brigton.

Yo lo celebraría con toda mi alma.

—Y yo tambien, pero eso no es posible.

—¿Por qué razon?

—¡Soy pobre, y no puedo dotar á mi hija!

—Lo que á mi amo sobra, es oro.

—Soy un pobre diablo; un hombre del pueblo.

—Mi señor es demócrata.

—¿Qué quiere decir eso?

—Demócrata, quiere decir el hombre que es partidario de la democracia, ó sea el que quiere el sistema de gobierno en que el pueblo ejerce la soberanía.

—Casi me he quedado tan *en ayunas* como estaba,—dijo el tio Trifulcas,—porque entiendo poco de *laitines*. Pero de lo que entiendo, mucho es de honradez, y por más que sea un pobrete y un *pela-gatos*, no permitiré que nadie pretenda burlarse de mi hija; de mi reina; de *la perla de Sevilla*.

¡Ni al mismo rey se lo consentiria!

—Hace usted muy bien: yo, padre de esa niña encantadora, tambien haria lo mismo.

—*¡Encantadora!...*—exclamó el tio Trifulcas alborozado.—¡Esa es la palabra!

¿Verdad que encanta? ¿verdad que da gozo el verla?...

Creo, sin pasion sea dicho, que no hay muchas hembras tan bonitas como mi Rosa.

¡Que hembra!...

Cuando pone el pié en el suelo brotan flores; cuando habla, los pájaros callan para poder escucharla mejor.

Me parece que no exagero al decir que es lo más hermoso que se ha visto ni verá. No digo yo mujer de un milord, sino reina puede ser, por su hermosura y por sus virtudes.

—Estamos conformes,— dijo Timoteo.— No tengo costumbre de embriagarme, pero el dia de la boda, prometo tomar *una chispa* soberana, de *órdago.*

—Pero, ¡hombre!...

—Mis razones tengo para hablar así, y á fuer de buen gallego, no me gusta soltar prendas á tontas y á locas.

He recorrido en compañía de mi señor, *las partes todas* del mundo.

En todos lados hemos visto mujeres hermosísimas, pero ninguna de ellas consiguió fijar, ni aun por poco tiempo, la atencion de sir James Brigton.

«La que consiga agradar á mi señor, pensaba yo, mucho ha de valer...»

Era necesario que una española, una hija de la tierra en donde el sol es más hermoso, y más hermosos los campos, operase el milagro de derretir la nieve.

El milagro ha tenido ya lugar, la nieve está derretida...

He ahí á mi buen señor, al hombre *inconquistable*, enamorado hasta la punta de las uñas. No hay más que verlo para comprender que está enamorado.

Antes de un mes repito que tendremos pan de boda.

—Bien pudiera suceder,—dijo el tio Trifulcas con tono pensativo.

—Boda, sí señor; boda, y suntuosa que ha de ser.

*
* *

Mi amo tiene un castillo en Inglaterra, castillo que fué de sus abuelos, y en el cual todo es grande, todo rico, todo digno de un emperador.

No falta en esa morada más que una dama tan hermosa como Rosita, y entonces el castillo será lo mejor que haya en Inglaterra.

Qué bien lo vamos á pasar en él; ya verá usted...

*
* *

En tanto que tenia lugar el anterior diálogo, en tanto que en el pecho del tio Trifulcas despertaban sueños de ambicion y de grandeza, Rosa y sir James tambien sostenian una conversacion sumamente animada.

Pero llegó un momento en que la jóven y hermosa andaluza, inclinó la vista al suelo, con no fingido rubor.

Sir James acababa de decirla, con todo el fuego de una verdadera pasion:

—¡Amo por la primera vez de mi vida!...

¡Mi amor es grande, puro é inextinguible, y conozco que ya no podré vivir sin usted!

Es indispensable, Rosa, que usted me diga si mi amor es correspondido: no quiero dilatar mi felicidad. Si usted corresponde á mi pasion, hoy mismo rogaré al padre de usted, que consienta en hacerme dichoso.

*
* *

Alzó lentamente Rosa su linda cabeza, y clavando en sir James una rápida mirada, dijo en voz apenas perceptible:

—Puede usted hablar á mi padre.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos del inglés.

Aquel hombe enamorado, se sentia el ser más venturoso de la tierra. Porque el amor ensancha el corazon, colma de inexplicables encantos la existencia, y hasta á los ingleses *más incasabes*, les hace ingresar en la santa cofradia.

CAPÍTULO XXII

A las puertas de la felicidad, y á las puertas de la muerte.

Han trascurrido seis dias.

Sir James y sus libertadores, han vuelto á Sevilla.

El primero no echó en olvido sus promesas, é hizo á sus amigos brillantes regalos: Andrés *el Cortijero*, recibió tambien las cuatro mil libras esterlinas prometidas, y al ver tanto dinero en poder suyo, lloró de alegría y quiso besar ambas manos al generoso inglés.

Sevilla entera se ocupó del secuestro de sir James, y de las circunstancias que habian mediado para su libertad.

Un poeta, ó mejor dicho un coplero *muy acreditado* entre los ciegos *cantadores* de romances, y vendedores de *milagros impresos*, escribió la historia del secuestro y libertad del caballero inglés, historia que obtuvo un éxito inmenso en Sevilla y pueblos comarcanos.

Mala-sangre el secuestrador habia alcanzado *demasiada celebridad*, y prudentemente dejó de presentarse en Sevilla, en donde con motivo del secuestro de sir James, no hubieran tardado en ponerlo *á la sombra.*

El bribon estaba bien escondido, como tambien sus principales compañeros de fechorias, y la justicia, para acallar algun tanto la pública indignacion, buscó inútilmente á aquellos desalmados bandidos, cuya audacia era ilimitada.

Tambien mis Elena Baltimore, habia desaparecido.

Sir James no confiaba mucho en su desaparicion, sabiendo que la americana habia quedado ansiosa de venganza, y que á toda costa procuraria satisfacerla.

*
* *

Un dia, los sevillanos quedaron sorprendidos con una noticia, que circuló rápidamente.

La noticia era de gran efecto, magnífica.

Se trataba del casamiento de sir James Brigton, con Rosa *la Pálida.*

Semejante boda, entusiasmaba á los sevillanos y hacia morir de envidia á muchas sevillanas. Los primeros sentian una especie de noble orgullo, al ver que el mérito personal de una hija del país, mujer de humilde clase, habia conquistado á un opulento señor extranjero, y las segundas sentian no encontrarse en el lugar de Rosa.

Si se tratase de un anciano lleno de achaques y de reumatismo, entonces el sentimiento no hubiera sido tan grande; pero sir James era jóven, y además de jóven, buen mozo y estas dos circunstancias reunidas excitaban la envidia de todas aquellas que eran susceptibles de sentir tan mezquina enfermedad del alma.

* * *

No se hablaba más que de las galas, de los trajes riquísimos que para Rosa habia hecho sir James venir de París.

Decian tambien los que conocian al tio Trifulcas, que éste se habia brindado á hacer entrar en Sevilla, sin pagar los correspondientes derechos de aduanas, los tales trajes; pero que el

inglés se habia negado á ello, rogando con encarecimiento á su futuro suegro, que dejase para siempre el arriesgado y poco decoroso oficio de contrabandista.

Era un acontecimiento en Sevilla, la tal boda.

Acontecimiento inesperado.

Se exageraba la riqueza de sir James, haciéndosela subir á muchos millones de libras esterlinas.

Sir James habia llegado á la altura de los grandes hombres.

Tambien se exageraba la nobleza de su nacimiento.

Decian que era *baronet*, y descendiente de aquel Ricardo *Corazon de leon*, que habia abandonado su reino para alcanzar alto nombre en Palestina.

¡Tantas cosas se decian, que las gentes se hacian eco de cien absurdas y extravagantes noticias.

*
* *

Llegó la víspera del dia de la boda.

Esta debia tener lugar al amanecer, en una de las capillas de la catedral.

Sir James esperaba con impaciencia el momento en que Rosa fuera suya.

Cuanto más corria el tiempo, mayor era su impaciencia.

Enamorado cada vez más, tenia un triste presentimiento, del cual no le hubiera sido posible explicarse la causa.

¿No era feliz? ¿No iba á ser dueño de la mujer más hermosa de Sevilla? ¿No era amado por Rosa?...

Sí; y sin embargo, una sombra de tristeza, una inquietud que se escondia en el fondo de su corazon, acibaraba su dicha.

*
* *

Era de noche.

Sir James se dirigia á pié, solo, desde la casa de Rosa, al hotel en donde vivia.

Caminaba distraido y un tanto melancólico, y procuraba disipar su melancolía, con el dulce recuerdo de la que iba en breve á ser su esposa.

Era ya bastante tarde, y las calles por donde caminaba, se hallaban desiertas en aquel momento.

Hemos dicho desiertas, y hemos dicho mal, pues si sir James no hubiera estado tan distraido, hubiera podido ver que tres sombras sospechosas, tres hombres mejor dicho, seguian recatadamente sus pasos.

Los que se amparan de las sombras, es porque hacen ánimo de cometer alguna accion reprobada, algun crímen, algo que les avergüenza, ó que les hace temer al castigo.

*
* *

El recuerdo de Rosa, logró desvanecer las sombras que se habian amontonado sobre la frente del inglés.

Una dulce sonrisa se dibujó en sus lábios, y un suspiro de satisfaccion ensanchó su pecho.

—Verdaderamente.—pensó,—que soy caviloso por demás.

No sé por qué me aflijo, por qué estoy inquieto.

¿Quién más dichoso que yo?...

Fuera ingrato con la suerte, ó más bien con la Providencia, si en mi corazon no rebosase la alegría.

Bien dicen que los ingleses somos algo incomprensibles y esclavos de las sombrías nieblas que se estienden sobre el *Támesis*.

Yo, en honor de la verdad, jamás he sido esclavo de necias preocupaciones.

Ahora que estoy á punto de tocar la felicidad soñada, debo alzar la frente, sonreir con ale-

gría, y dar á cada momento gracias al cielo, por los favores sin igual que me dispensa:

¡Rosa mia, cuánto te amo!...

*
* *

Iba á proseguir en sus risueñas reflexiones, cuando fué interrumpido bruscamente en ellas por un fuerte golpe que sintió en el costado izquierdo. Al golpe, siguió un dolor muy agudo en el mismo sitio, dolor que le obligó á llevar la mano al costado.

Sintió tambien que su mano se humedecia con un líquido tibio y viscoso.

Conoció que acababa de ser herido traidoramente, herido quizá de muerte, y exclamó con tristeza:

—¡Ah! ¡Mis presentimientos!... ¡Infame mis Elena, tú me causas la muerte!...

*
* *

En el momento de recibir el golpe, un hombre pasó huyendo por su lado, con la precipitacion que presta el miedo.

Huia como alma que se lleva el diablo mismo.

Aquel hombre era su asesino.

A su espalda, y en direccion contraria, sintió

tambien ruido de pasos veloces que se alejaban.

Sir James, se habia detenido.

Las fuerzas empezaban á abandonarle.

Antes de caer en tierra quiso pedir socorro.

Sacó el pañuelo del bolsillo, y con ambas manos comprimió su herida, de la cual brotaba abundante la sangre.

Despues reuniendo todas sus fuerzas, gritó:

—¡Socorro!... ¡Al asesino!...

Copioso sudor brotaba de su frente, y sus ojos empezaban á nublarse.

—¡Dios mio!...—murmuró.—¡Morir cuando iba á ser tan dichoso!...

*
* *

Buscando un punto de apoyo, fué tambaleándose hasta llegar á la pared de una casa, y en ella apoyó una mano en tanto que con la otra continuaba comprimiendo su herida.

Conocia que iba á perder el conocimiento, y pidió socorro por segunda vez.

Una ventana de la misma casa en donde se habia apoyado, se abrió de par en par.

Al mismo tiempo se oyeron pasos en ambos extremos de la calle.

—¡Socorro!...—imploró una vez más el entonces desventurado sir James.

Luego no pudiendo sostenerse por más tiempo, resvaló á lo largo de la pared, y cayó pesadamente en tierra.

Acababa de perder el sentido.

Algunos hombres se aproximaron á él.

Entre aquellos hombres, figuraban dos serenos.

—¡Un muerto!...

—¡Los asesinos han huido!...—dijeron dos de los que se habian acercado á sir James.

—Este caballero,—añadió una tercera persona,—no está muerto: su corazon todavía late.

—Entonces, llevémosle inmediatamente á una casa de socorro. Quizá todavía sea tiempo de salvarle.

Así diciendo, dos hombres agarraron á sir James, uno por los piés y otro por la cabeza, y se encaminaron con él hácia la casa de socorro más próxima.

Al mismo tiempo en la calle inmediata á aquella en donde el inglés habia recibido la herida, un hombre que huia era detenido por dos oficiales de la guarnicion, que se retiraban á sus casas.

El hombre intentó hacer resistencia, pero los oficiales, desenvainando sus espadas, amenazaron traspasarle con ellas si no se entregaba inmediatamente.

Entonces el hombre se cruzó de brazos, y exclamó roncamente:

—¡Me entrego!...

Y pronunció entre dientes una horrible blasfemia.

Aquel hombre era el jefe de los terribles secuestradores; el infame *Mala-sangre.*

CAPÍTULO XXIII

Pendientes de un hilo:

Cuando á la mañana siguiente circuló por la poblacion la noticia de aquel nuevo crímen, los hombres honrados de Sevilla pusieron el grito en el cielo.

Era necesario hacer un terrible y ejemplár castigo; necesario de todo punto acabar de una vez con los malvados, que habian convertido á la risueña ciudad del Guadalquivir en un lugar de desolacion y de espanto.

Por fortuna, el temido *Mala-sangre*, el facineroso cruel que tantos daños habia causado, estaba en poder de la justicia. Terribles cargos

pesaban sobre él: millares de voces se alzaban airadas para pedir su castigo.

Circulaba la infausta nueva de que sir James se hallaba en la agonía.

El noble inglés se habia captado las simpatias de la hospitalaria Sevilla.

Traslademonos en compañía de nuestros complacientes lectores, al hotel en donde vivia el pobre caballero.

La consternacion y la pena, parecian haber sentado allí sus reales.

No se hallaba sir James en la agonía, pero su herida era de suma gravedad.

Un hábil cirujano le habia hecho la primera cura, y nada contestaba á las reiteradas preguntas que le hacian. El hombre de ciencia estaba preocupado, caviloso, y no queria aventurar un pronóstico que pudiera dar al traste con la fama de que gozaba.

En la curacion del inglés estaba interesada su reputacion. Sabia además que la recompensa seria espléndida, y todo esto era muy de tenerse en cuenta.

Por lo tanto, no se separaba de la cabecera del herido.

Tampoco se separaban Rosa *la Pálida* y Timoteo Robles.

La primera derramaba silenciosas lágrimas,

y no apartaba sus bellos ojos del cadavérico rostro de aquel que habia querido darle su nombre y su fortuna; de aquel á quien amaba ya con todo el fuego con que saben amar las apasionadas andaluzas.

Timoteo Robles demostraba un dolor tan vivo, que solo podria compararse al que experimenta un buen padre al ver en peligro mortal al hijo de su alma.

En algunos momentos se quedada inmóvil, mudo, cual inanimada estatua, y así se pasaba lago rato entregado á no sabemos que melancólicas reflexiones. Otras veces, cual si despertara de un profundo sueño, exhalaba profundos suspiros, se llevaba las manos al pecho, y le costaba sumo trabajo no prorumpir en desgarradores sollozos.

Desgraciado era sir James, pero al mismo tiempo hubiera sentido una íntima satisfaccion, si su estado le hubiera permitido ver aquellas muestras del cariñoso interés que inspiraba.

Pero le era imposible enterarse de nada de lo que pasaba en derredor suyo.

Sin su anhelante respiracion, cualquiera lo hubiera tomado por un cadáver.

Largas horas llevó en aquel estado; sin abrir los ojos, sin que una esperanza consoladora animase el impasible semblante del facultativo.

El tio Trifulcas entraba á cada momento en la habitacion del herido. Contemplaba sin pestañear á las tres personas que rodeaban su lecho, y como no viese en ellas nada tranquilizador, nada que pudiera inspirarle confianza, movia de un lado á otro la cabeza, clavaba en el cielo una mirada de desesperacion, y se retiraba sobre la punta de los piés. Despues volvia á sentarse á la puerta del aposento, que era el lugar que ocupaba desde el instante en que habia recibido la triste noticia.



La noche empezó á estender sobre Sevilla sus primeras sombras.

Entonces pareció agravarse el estado de sir James.

A pesar de su impasibilidad, el facultativo no podia disimular su inquietud.

Habia llegado el momento de perder toda esperanza, ó de dar gracias al Señor por haber obrado un verdadero milagro.

Llegaron dos ayudantes del facultativo, que éste habia enviado á llamar.

Los tres se dispusieron á levantar el apósito.

Rosa se alejó del herido, con el pecho enchido de sollozos.

El tio Trifulcas le salió al encuentro, y la encantadora jóven se arrojó en los brazos de su padre, hecha un mar de lágrimas.

—¡Padre! ¡Padre mio!—exclamó en voz baja. —¡Si él muere, yo ya no podré vivir!...

—¡Confiemos en Dios, Rosa!—dijo el tio Trifulcas sentenciosamente.

—¡Ay de mí!

—No está todo perdido, hija mia;—prosiguió el anciano contrabandista.—Tu marido, y le llamo así por que si bien se considera ya puede dársele este nombre, es un jóven y como tal está muy *agarrado* á la vida. Si á mí que soy un *carcamal* me hubieran dado *un pinchazo* por el estilo, á estas horas ya le habria visto las barbas al señor San Pedro. ¡Pero él, él que es tan vigoroso y tiene tan pocos años, es capaz de resistir eso y mucho más!... ¡Vamos, Rosilla, no llores de ese modo, porque me desgarras el corazon!... ¡Qué diantre! ¡No hay razon para llorar todavía, porque el herido no ha muerto, y mediante Dios no morirá de esta!...

¡Qué sabes tú, *chiquilla*, lo que son heridas!...

Muchas he visto yo mucho más graves que la que tiene *tu hombre*, y á pesar de esta circunstancia sacaron á salvo la pelleja los que las habian recibido.

Tranquilízate un poco, y préstame atencion.

Has de saber que tenia un amigo; un buen amigo al cual queria más que á las niñas de mis ojos.

Entonces era yo muy jóvon, y por consiguiente tú aun no habias venido al mundo.

Mi amigo y yo nos dedicábamos al contrabando *por mayor*.

¡Qué tiempos aquellos!...

Viviamos en Cádiz, y *la plata* corria que era una bendicion.

Tratóse de hacer *un alijo* de suma importancia.

A mi amigo y á mí nos habian prometido treinta onzas *por barba*, y todo estaba preparado.

Pero el demonio que descompone todo lo enredable hizo que no contáramos con un cabo de carabineros, hombre que parecia tonto, y que como vas á ver no tenia nada de ello.

Pues señor, sucedió que el tal cabito demostró en aquella ocasion que tenia más narices que un perro *perdiguero*.

Hízose el disimulado, aparentó que estaba ignorante de todo, y cuando llegó el momento del alijo se presentó armado hasta las muelas, y acompañado de seis carabineros que tenian cara de hereges.

¡Oh, malditos!...

Creo escusado decirte que se armó una de tiros, capaz de hacer temblar al mismo Poncio Pilatos.

Viendo el *asunto* perdido, dimos el grito de «¡sálvese el que pueda!» huyendo á la desbandada.

Nuestros enemigos saludaron nuestra huida con una descarga cerrada, y mi pobre amigo, que corria al lado mio, recibió una herida.

—¡Me han partido!..—gritó.

Al infeliz, le habia entrado una bala por una oreja, y le habia salido por... la boca.

¿Quién habia de decir que no era hombre muerto?...

Cualquiera lo hubiera dicho, ¿no es verdád que sí?... Sin embargo, no murió, y quince dias despues de haber sido herido, ya estaba curado radicalmente, y más robusto que un roble.

Lo único malo que le resultó de aquel endiablado percance, fué perder el paladar. Esto no dejaba de tener sus ventajas, pues lo mismo le importaba comer una perdiz, que un puñado de yerba.

Ya ves como puedes tener esperanzas de que el caballero cure de su herida, en vista de lo que acabo de contarte.

*
* *

De este modo procuraba entretener el tio Trifulcas, el profundo dolor de su hija.

Pero no conseguia su objeto: la jóven apenas prestaba atencion á sus palabras.

Toda su alma, toda su vida, estaban pendiente del resultado de la delicada operacion que entonces estaba afectuando el facultativo.

*
* *

Oyóse de repente un grito en el aposento de sir James.

Aquel eco del dolor (y séanos permitido darle este nombre), lo habia lanzado Timoteo Robles.

Estremecióse Rosa, y sin que su padre pudiera detenerla, se lanzó con la rapidez del rayo en el cuarto del herido.

Todos los que amaban á sir James estaban pendientes de un hilo (permítasenos tambien este nuevo símil). Quizá el hilo acababa de romperse, y todos iban á desplomarse en un abismo de dolor.

CAPITULO XXIV

Una boda triste.

No habia muerto sir James. Despues de haber recobrado el sentido durante unos breves instantes, acababa de caer de nuevo en un estado muy semejante á la muerte misma.

Cuando Rosa se separó de su padre, con la precipitacion que hemos dicho, el facultativo daba á oler al herido un frasquito de sales.

Un complicado vendaje cubria la herida del caballero, y este tenia la cabeza apoyada en la almohada, y los ojos fuertemente cerrados.

Rosa se vió precisada á apoyarse en el mismo lecho, para no caer en tierra. Entonces no lloraba; entonces no salia de sus labios ni un suspiro, ni el más débil gemido.

Creia que el estado de sir James era cada vez más alarmante.

Un momento despues, sir James abrió los ojos.

Paseó la vista por las personas que le rodeaban, y tuvo miradas de agradecimiento para su leal ayuda de cámara y para el tio Trifulcas, y una dulce sonrisa para Rosa.

Quiso hablar, pero el facultativo se lo impidió. Insistió, pronunciando débilmente estas palabras:

—Deseo que venga un sacerdote; deseo confesarme...

Mordióse Rosa los labios para no prorumpir en sollozos, y Timoteo Robles se torció las manos con muestras del más violento pesar.

*
* *

Pocos minutos despues, un ministro del Altísimo se hallaba al lado de sir James.

La confesion de éste, no fué de larga duracion.

Terminada ya, el sacerdote fué en busca de los amigos de sir James, y les rogó en nombre del caballero, que volviesen á entrar en su aposento.

Entraron, acompañados del médico.

El noble inglés parecia estar más reanimado. Sus mejillas se habian teñido de sonrosado color, y sus ojos no estaban tan apagados como momentos antes.

—Deseo tambien,—dijo con voz no tan débil como poco antes,—que inmediatamente se celebre mi boda... ¿Estás dispuesta á ser mi esposa, Rosa de mi alma?

Semejante pregunta sorprendió á todos, excepto á Rosa *la Pálida*, que se llevó la mano al corazon.

—Sí,—respondió la hermosa sin vacilar.

Prepararon todo lo necesario para verificar la sagrada ceremonia, no tardando Rosa en ser la mujer legítima de sir James.

Terminado el casamiento, el herido retuvo entre sus manos una de las manos blancas y suaves de la hija del tio Trifulcas.

—Ya eres mi esposa,—le dijo, contemplándola con inmensa ternura.—¡Mi esposa ante Dios y los hombres!... Solo la muerte puede desatar el lazo que nos une.

¡La muerte!

¡Quizá muy pronto!...

Pero, no; yo no moriré de resultas de mi herida.

Bueno es estar sin embargo prevenido, y pensar en el porvenir.

Si es la voluntad de Dios que yo deje este mundo, tú, Rosa mia, entrarás inmediatamente en el pleno goce de toda mi fortuna...

No me interrumpas.

En compañía de tu padre y de ese fiel servidor, de cuyo bienestar voy á ocuparme tambien en seguida, partirás para Inglaterra...

Pero, ¿qué tienes?... ¡Oh! no te aflijas. ¡Tu afliccion me llega al alma!

¡Serénate, esposa mia!

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó Rosa con un acento que parecia más bien un gemido.—¡Cuánto sufro!

En efecto, el sufrimiento de la jóven se echaba de ver en la agitacion de su pecho, que se alzaba y se deprimia con una violencia imponderable.

A pesar de su valor, á pesar del poder que tenia sobre sí misma, su corazon se oprimia de un modo extraordinario.

Veiase ya viuda de sir James, á quien queria con infinita ternura.

La prueba de amor que acababa de darle aquel hombre amado, aquel hombre que se hallaba en peligro de muerte, y que habia querido asegurarle un brillante porvenir, la enternecia, llenaba su alma de una ternura sin límites y de un dolor agudísimo.

¿Qué le importaba la fortuna de sir James, ni su apellido ilustre, si el generoso inglés bajaba á la tumba?...

*
* *

No pudo dominar por más tiempo su pena, y prorumpiendo en sollozos desgarradores, cayó de rodillas, cubriendo al mismo tiempo de lágrimas y besos las manos de sir James.

—Llevaos á esa señora,—ordenó con imperio el facultativo.

Tenia razon al dar semejante órden, porque tan conmovodora escena podia ser sumamente fatal al herido.

Fué preciso que el tio Trifulcas emplease todas sus fuerzas para llevar lejos de allí á su hija.

—¡No, no!—gritaba Rosa haciendo desesperados esfuerzos para desprenderse de las manos de su padre.—¡Yo no quiero separarme de mi esposo!... ¡Mi puesto está al lado suyo! ¡Dios mismo ordena que la mujer no abandoue á su marido! ¡Es el compañero de mi vida, es el que amo, y si él muere, quiero morir tambien! . .

. . . .

*
* *

Al escuchar las palabras de Rosa, la agitacion de sir James fué notable.

Agitó los brazos, tartamudeó algunas palabras ininteligibles, y de nuevo perdió el sentido.

—¡Muerto!—gritó Timoteo Robles, que no habia desplegado sus labios durante la escena que imperfectamente acabamos de referir.

—¡Muerto, no!—replicó el facultativo;—pero á este pobre señor le quedan pocos instantes de vida!...

*
* *

La boda que acababa de celebrarse, y que al parecer habia tenido por testigo á la misma muerte, no podia haber sido más triste ni más conmovedora.

El lecho nupcial, quizá iba á cambiarse pronto en lecho mortuorio.

CAPITULO XXV

Quien mal anda, mal acaba.

En tanto que sir James permanecia luchando entre la muerte y la vida, la causa que se instruyó á *Mala-sangre* adelantaba con pasmosa rapidez.

Urgíale á la justicia castigar al criminal endurecido, y aterrar á aquellos de sus secuaces que le habian secundado en sus tremendas fechorías.

Infinidad de personas resultaron complicadas en la causa.

Tambien resultó culpable *Mala-sangre*, de muchos más crímenes que aquellos que le achacaba la opinion pública.

Los que hasta entonces se habian llamado

amigos suyos, le volvieron la espalda, y no pocos declararon en contra suya, arrojando sobre él cargos gravísimos.

Por ellos resultaba que habia sido asesino, ladron é incendiario.

Desde que estaba encarcelado, ya no inspiraba el gran terror que habia inspirado hasta entonces. Nadie dudaba que la justicia tendria bien guardado al feroz criminal, y que éste no podria ya vengarse de los que depusieran en contra suya.

Todo el mundo creia que en la causa de *Mala-sangre*, recaeria una sentencia de muerte. Bien merecido tenia tan tremendo castigo.

En pocos dias, al revés de lo que se acostumbra en España, se sustanció el proceso: falló el juez de primera instancia, condenando al secuestrador á la pena de garrote vil.

Cuando le fué notificada la sentencia al reo, éste se encogió de hombros y dijo:

—Tentado estaba á no apelar de esa condena. De todo he gozado; de todo estoy hastiado ya. Llevaré para el otro mundo la satisfaccion de haber sido un rey mucho más poderoso y más temido que algunos que hay en el mundo. Yo he visto temblar en mi presencia á hombres que se tenian por valientes; yo hice siempre mi voluntad; yo impuse al mundo mis leyes de bandi-

do. Venga la muerte cuando quiera, que no me hará extremecer, porque la desprecio.

Mala-sangre se habia negado hasta entonces á confesar su último crímen, pero viéndose irremisiblemente perdido, declaró que por motivos *particulares* aborrecia á sir James, y que le habia herido como él sabia herir, es decir, de muerte.

*
* *

Dos dias despues de habérsele notificado la sentencia, dispuso el juez que *Mala-sangre* fuese trasladado á la cárcel de Córdoba, en donde habia encerrados cinco secuestradores más. Diez parejas de la guardia civil, mandados por un alférez del mismo cuerpo, fueron destinadas para custodiar al reo.

Partió éste, y otros dos dias más tarde, un diario sevillano sorprendió á sus lectores con la siguiente noticia:

«El bandido *Mala-sangre*, decia el periódico, »al ser trasladado á la cárcel de Córdoba quiso »fugarse, y lo hubiera conseguido, si los bene- »méritos guardias que estaban encargados de »su conducion, hubieran sido ménos cuidado- »sos del cumplimiento de su deber.

»Segun parece, *Mala-sangre* pretextó una

»indisposicion repentina, fingiendo tan perfec-»tamente, que logró engañar á sus conduc-»tores.

«Compadecidos éstos, hicieron alto en la »venta del *Vendimiador*, que dista seis leguas »escasas de Córdoba, y allí *Mala-sangre* se me-»tió en una cama que le habian mandado pre-»parar. El hombre más sagaz, el más predis-»puesto en contra del bandido, se hubiera enga-»ñado del mismo modo que se engañaron los »honrados y pundonorosos guardias que le cus-»todiaban. ¡Aparentaba tan bien, se quejaba »tanto, que nadie dudó de su enfermedad! Uno »de los guardias, que habia sido practicante en »Madrid, en el hospital de la Princesa, despues »de haber reconocido á *Mala-sangre* halló á éste »con una violenta calentura.

»Se ignoran los medios de que se valió el »bandido para producir el calor y violentos la-»tidos del pulso: quizá se habia provisto de algun »estimulante, para alterar la regular circulacion »de la sangre.

»Como durase mucho su indisposicion, uno »de los guardias montó á caballo y partió para »Córdoba en busca de un médico. Entre tanto, »cerró la noche, y *Mala-sangre* quedó, al pare-»cer, profundamente dormido.

»Habia sonado la hora en que el bandido

»creia posible su evasion. Esta se hubiera lleva»do á cabo, si ménos vigilantes los guardias »hubieran descuidado el cumplimienlo de su de»ber. Pero los guardias, esos beneméritos mili»tares que tanta confianza inspiran al hombre »honrado, y á cuya vista tiemblan los enemigos »de la sociedad, velaban como de costumbre.

»Dos de ellos se hallaban á espaldas de la »venta, sentados en una gran piedra que habia »arrimada á la pared. La noche era oscura y »tranquila, y nada turbaba el silencio de la cam»piña.

»De repente, los guardias sintieron que se »abria una ventana de la casa, ventana que caia »precisamente sobre sus cabezas. Sin hacerse »observacion alguna prepararon los fusiles, cual »si presintieran que pronto iban á tener que »servirse de ellos.

»No les engañaba su prevision. La ventana »que acababa de abrirse correspondia al apo»sento de *Mala-sangre*, y éste pretendia fugar»sè creyéndose mal guardado.

»El bandido habia atado fuertemente las sá»banas de su cama y se deslizaba por ellas, á lo »largo de la pared, silencioso cual un reptil.

»Ya iba á poner el pié en el suelo, cuando los »dos guardias, que se habian retirado algunos »pasos, hicieron fuego casi al mismo tiempo.

»*Mala-sangre* quedó herido mortalmente, y »antes de que brillase la luz del nuevo dia, ya »habia dado cuenta á Dios de las acciones de su »vida.

»Abrigamos en el corazon humanitarios sen- »timientos, y sin embargo somos los primeros »en lamentar que el hombre que fué el terror de »las campiñas de Sevilla, no haya espiado sus »maldades en el cadalso. ¡Dios haya tenido mi- »sericordia de su alma!

*
* *

Tal fué el fin de uno de los más atrevidos secuestradores de Andalucía, del feroz bandolero, de cuyas criminales aventuras solo hemos entresacado lo necesario para dar á conocer su alma perversa, y los sucesos que más se relacionaban con la historia que vamos á terminar.

Quien mal anda, mal acaba, como dice muy acertadamente uno de nuestros refranes.

CAPITULO XXVI

Cuatro meses despues.—¡Viva Sevilla!

Cuatro meses despues, sir James se hallaba completamente restablecido de su herida, y se creia el hombre más dichoso del mundo, y se daba á sí mismo el parabien por haberse enlazado con Rosa *la Pálida.*

Tambien ésta era feliz, y en compañía de su padre y de Timoteo Robles, habia seguido á su esposo á Inglaterra.

Rosa no tardó en amoldarse á las aristocráticas costumbres que le imponia su nuevo estado, é hizo en el idioma inglés rápidos progresos.

No así el tio Trifulcas, que aun cuando tenia

muy buena voluntad para aprender el idioma de la gran Bretaña, no le era posible pronunciar una sola frase.

El ex-contrabandista echaba de ménos en la nebulosa Albion el alegre sol de Andalucía, el azulado cielo de Sevilla y el género de vida que habia llevado hasta entonces.

Estaba muy apegado á las antiguas costumbres, y la gravedad británica se le hacia cada vez más insoportable.

—¡Preveo,—solia decirle á Timoteo Robles,— que no tardaré en perder el pellejo en este país! Tengo aquí mesa de príncipe; mi bolsillo está bien empedrado de *libras*; mi cama es más blanda que la del Papa, y me paseo en coche lo mismo que si fuera el arzobispo de Sevilla.

Nada me falta para ser feliz, porque estoy al lado de mi Rosilla, que cada dia está más guapa y más *jacarandosa*.

Y, ¡sin embargo! bien sabe Dios que echo de ménos los tiempos en que carecia de muchas de las buenas cosas de que ahora disfruto.

¡Más me agradaba una *tagarnina* del estanco, fumada al sol, en la venta *Eritaña*, que los *regueros* que ahora fumo á todo pasto!

¡Me gustaba infinitamente más la manzanilla conque remojaba antes el gaznate, que el vino de Jerez adulterado que aquí bebo!

¡Estaba más á mi gusto, vestido con *marsellés* y sombrero de mi tierra, que con esta *levosa* y con el *campanario* que ahora llevo en la cabeza!

La gravedad de esta gente, me entristece; el sol de este país brilla como lamparilla sin aceite; las hojas de los árboles y las flores de esta tierra parecen de papel pintado, y cada vez estoy más persuadido de que no hay mejor alegría, ni más bello sol, ni más hermosos campos, que los de mi bendecida España!...

—¡Estamos conformes!—añadia *el andaluz del poniente*, que participaba en parte de la opinion del tio Trifulcas.

*
* *

Trascurrieron algunos meses, y sir James, que vivia en una de sus posesiones del campo, determinó trasladarse á Lóndres: el invierno se aproximaba, y se aproximaba tambien el momento en que Rosa debia dar á luz el tierno fruto de su amor.

*
* *

Instalados ya nuestros amigos en la populosa capital de Inglaterra, el tio Trifulcas sintió

mayor pesadumbre aún que la que sentia en el campo. Las brumas que se extendian sobre Lóndres, pesaban tambien sobre él, y le entristecian cada vez más, haciéndole echar muy de ménos las tibias brisas y el espléndido sol de su patria.

Pero su pesadumbre se cambió en vivísimo contento, tan luego como Rosa hizo padre á su esposo, dando á luz un hermoso y robusto niño.

Lloraba y reia al mismo tiempo el buen hombre, y hablaba del porvenir de su nieto, como si éste se hallase ya en edad de poder seguir una carrera.

Cuando Rosa pudo abandonar el lecho, sir James, de acuerdo con su esposa, le dijo al tio Trifulcas que se dispusiese para emprender un viaje.

—Y, ¿á donde vamos á dirigir el rumbo?—preguntó con indiferencia el viejo andaluz.

—¡A España; á Sevilla!—respondió sir James recalcando mucho las palabras.

—¿A Sevilla?... ¿He oido bien?... ¡Oh! ¡no me engañe usted, porque eso seria una crueldad.

—Líbreme Dios de ser cruel. He dicho que partiremos á Sevilla, y si el cielo quiere, pronto daremos vista á la Giralda y á la Torre del Oro. ¿Está usted contento?

—¿Y cómo quiere usted que no lo esté?... No

me cambiaria en este instante por el marido de doña Vitoria..., quise decir de la reina Vitoria.

Lejos de Sevilla, soy otro hombre: se me arruga el corazon y se me entristece el ánimo.

Buena tierra es Lóndres, no lo niego, pero... ¡usted perdone! Mucho mejor es Sevilla.

Sonrióse sir James, y no quiso contradecir á su suegro.

—Vamos, pues, allá,—prosiguió éste,—y sentemos nuestros reales en aquel paraiso. Cuando mi nietecillo empiece á andar, yo le llevaré de la mano á la alameda de Hércules y al paseo de las Delicias, y dará gozo ver al angelito por aquellas arboledas. ¡Viva Sevilla!

*
* *

Parecia que le habian quitado diez años de encima al festivo andaluz, desde que supo que iba á volver á su tierra. Era una planta que moria lentamente lejos del suelo en donde habia nacido; uno de esos séres para quienes nada existe más allá de la patria.

Su alegría fué un verdadero delirio, cuando pisó tierra de Sevilla; cuando estrechó la mano de sus antiguos amigos; cuando remojó su garganta con la fresca y sabrosa manzanilla.

Rosa, sir James y Timoteo Robles, disfruta-

ban ámpliamente de la dulce satisfaccion que experimentan las almas sensibles, al ver el bienestar de las personas que les son más queridas: el gozo infantil del tio Trifulcas, les regocijaba el corazon.

Con las descripciones más ó ménos verosímiles que el andaluz hacia de su viaje á Lóndres, pudiera escribirse un grueso volúmen. Su auditorio, compuesto de gentes crédulas, lo escuchaba con la boca abierta y lanzando á cada momento exclamaciones de asombro. Siempre terminaba sus narraciones con estas palabras: ¡viva Sevilla!...

CONCLUSION

Excepto las pequeñas miserias de la vida, á las cuales vive esclavizado hasta el monarca más poderoso, nada turbó la dicha de Sir James y de su bella mitad: la luna de miel brilló para ambos límpida y serena, en el despejado cielo de sus amores, y se les citaba como modelos de buenos casados.

Haciendo con frecuencia algunos viajes á Inglaterra (á donde el tio Trifulcas no qniso volver), vivian, y todavía viven en Sevilla, bendiciendo diariamente al cielo por los beneficios de que disfrutan.

Timoteo Robles, segun las últimas noticias que hemos podido adquirir, tambien se ha

casado con una preciosa andaluza, cuyo nombre es María de la O.

El tio Trifulcas, á pesar de los muchos años que pesan sobre él, todavía continúa tan campechano, tan alegre, y tan robusto, diciendo que la muerte no se atreve á echarle la zarpa.

Mucho pudiéramos decir, pero no queremos manchar nuestro libro con embustes, respecto á Mis Elena Baltimore. La tremebunda mujer, cual gota de agua que se pierde en las inmensidades del Océano, no volvió á turbar con su presencia y criminales intentos, la paz dichosa del hombre que le habia inspirado tan ciego amor.

Quizá el arrepentimiento penetró en su alma; quizá la muerte cortó el hilo de su existencia; quizá, convencida de que jamás Sir James corresponderia á pasion, regresó á su patria.

¡Quién sabe cual de estas tres cosas habrá sucedido!

Lo cierto es que nada hemos sabido de ella, aun cuando por todos los medios imaginables hemos procurado adquirir noticias suyas.

Poco importa que mujeres criminales, monstruos abominables como Mis Elena, desaparezcan de la escena de la vida...

*
* *

Terminado el período poco venturoso para España, durante el cual tuvieron lugar los sucesos que llevamos referidos, los secuestradores de Andalucía, que tan tristemente célebres habian llegado á ser, fueron á perderse los unos en los presidios, los otros pagaron con la vida sus fechorías y el resto no se atrevió á lanzarse de nuevo en la senda del crímen.

A la sombra de los disturbios políticos, habian podido vivir hasta entonces, pero el imperio del órden daba al traste con sus infames maquinaciones.

Desde entonces, para viajar por Andalucía, no fué necesario ya que se reunieran caravanas casi tan numerosas como las que cruzan los desiertos arenales de Africa; los hombres adinerados no temblaron por sus vidas y por las de los individuos que les eran más queridos, y España no fué ya una inmensa *jaula de locos*, en la cual se agitaban á sus anchas, y cometian todo género de excesos, unos cuantos malvados del mismo jaez que *Mala-sangre.*

¡Quiera el cielo que los españoles continuémos teniendo juicio, para que los pícaros no levanten de nuevo la cabeza!

¡Quiera el cielo tambien, lector de mi vida, que haya tenido acierto para escribir este libro.

Entre tú y yo, carísimo lector, hace muchos años que existen amistosas relaciones.

¡Muy venturoso seré si estas no se entibian!...

FIN.

INDICE

Págs.

CAPÍTULO I.—El terror de Andalucía........... 7
II.—En la casa del Mengue........... 12
III.—Un tiro, que interrumpe la fiesta de la boda.................... 19
IV.—Consejo de guerra............... 28
V.—La triste suerte de Itálica.—Un almuerzo campestre, y una comida de fonda......................... 37
VI.—Los secuestradores y el secuestrado.......................... 45
VII.—Un pájaro que no quiere salir de su jaula.......................... 53
VIII.—Historia de un amor no correspondido.—Una cacería de tigres... 61
IX.—Continuacion del anterior capítulo. 70
X.—Contra el ódio, el desprecio...... 80
XI.—Los amigos de sir James Brigton.. 88
XII.—Pantera contra leona............. 97
XIII.—Continuacion de los sucesos que se relatan en las anteriores páginas 106
XIV.—Historia de un aprendiz de sastre, de un enamorado, de un licenciado de ejército y de una mujer ligera de cascos................ 115

Págs.

XV.—Un bribon de tomo y lomo....... 126
XVI.—Perdon que concedió sir James á su criado, gracias á haber intercedido por él una buena moza.—Un meteoro que desconsuela á Andrés *el Cortijero*............ 138
XVII.—Cuatro mil libras esterlinas.—Un diálogo interrumpido en su parte más interesante............. 146
XVIII.—El almuerzo..................... 158
XIX.—La ciudad del juego.—El número dos y el hombre de piedra...... 166
XX.—Suceso espeluznante, que refiere don Baltasar de Rocamonte..... 179
XXI.—Dos diálogos de sumo interés y necesarios para el desenlace de esta verdadera historia............. 189
XXII.—A las puertas de la felicidad, y á las puertas de la muerte....... 199
XXIII.—Pendientes de un hilo............ 209
XXIV.—Una boda triste................. 217
XXV.—Quien mal anda, mal acaba....... 223
XXVI.—Cuatro meses despues.—¡Viva Sevilla!.......................... 229
CONCLUSION............................ 235

a



